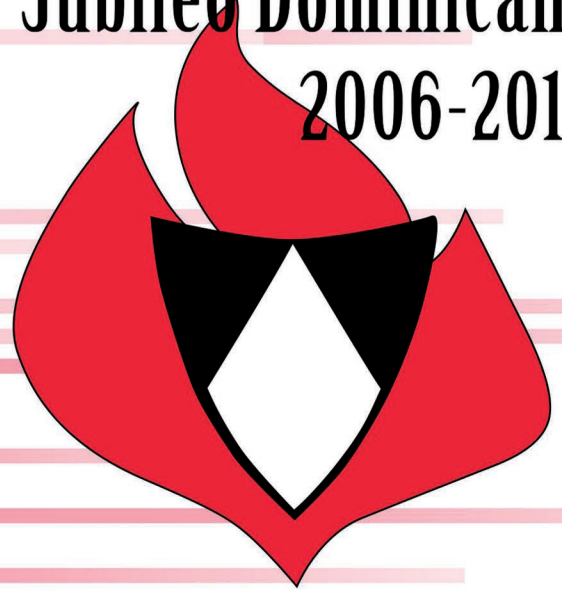


**Jubileo Dominicano
2006-2016**



1

**La misión
de la Predicación**



La vocación del predicador nace de la gracia. Una persona no se llama a sí misma para predicar, es llamada por Dios. Al mismo tiempo hay que reconocer que la predicación es una responsabilidad nuestra.

Tenemos que ser responsables, tomar en serio esta misión, para que Dios haga fructificar nuestras pobres palabras, haciendo de ellas un instrumento de la Palabra de Dios.

La Predicación es el anuncio de la presencia activa y salvadora de Dios en medio del mundo y de la historia. El predicador reconoce que las mismas huellas de Dios que se encuentran en la Biblia se encuentran también en el mundo de hoy, trazando un camino de salvación que pasa por el corazón de nuestros tiempos. La predicación anuncia esta presencia fiel de Dios, hecha realidad en la persona de Cristo... A ese anuncio del Dios-amor, estamos todos llamados a responder con acciones concretas.

Fr. Brian J. Pierce, O.P, *La vocación del predicador*

Con motivo de la celebración del Jubileo 2016, la Familia Dominicana de España pone a disposición de todos sus miembros, monjas, frailes, laicos y hermanas, estos materiales para la reflexión, que pueden ayudarnos a todos a profundizar y avivar esta vocación a la predicación que nos reúne.

Esta es la primera carpeta de materiales, sobre el tema de este año 2010: **la misión de la Predicación**. Hemos tratado de presentar esta colección de textos breves, de diversos autores, en un formato manejable, para poderlos leer “en camino”, o en momentos de reflexión comunitaria o personal, con nuestros hermanos y hermanas de la Familia o con aquellos con los que compartimos misión en diversos ámbitos pastorales. Algunos de los textos que os presentamos son resúmenes o partes de otros más amplios que puedes encontrar en la web de la Familia Dominicana de España [<http://jubileo.dominicos.org>].

La vocación del predicador nace de la gracia, de la llamada y del envío eclesial. Nos toca reavivarla constantemente, y de modo especial en estos años jubilares. Como afirma Brian Pierce, “tenemos que ser responsables, tomar en serio esta misión, para que Dios haga fructificar nuestras pobres palabras, haciendo de ellas un instrumento de la Palabra de Dios”. Ojalá estos materiales ayuden a ese fin.

*Equipo coordinador de la Familia Dominicana
para el Jubileo 2016*



ÍNDICE

- 1.- ¿Cómo predicar? *Humberto de Romanis*
- 2.- Predicación: atractivo, don y carisma *Guy Bedouelle*
- 3.- Luz para la Iglesia *Liam Walsh*
- 4.- El ministerio de la predicación *Damián Byrne*
- 5.- Características fundamentales de la predicación *Mary O'Driscoll*
- 6.- Características de la predicación y actitudes del predicador *Carlos Azpíroz*
- 7.- Características fundamentales de la predicación dominicana *Felicísimo Martínez*
- 8.- La espiritualidad del sembrador de la Palabra *Brian J. Pierce*
- 9.- Llevar la Sabiduría: la vocación del predicador *Mary Catherine Hilkert*
- 10.- El nuevo paisaje religioso en el nuevo milenio *Jean Vernet*
- 11.- La predicación como diálogo cultural *Javier Carballo*
- 12.- Desafíos actuales de la predicación dominicana *Felicísimo Martínez*
- 13.- La misión de la Familia Dominicana *Timothy Radcliffe*
- 14.- Los laicos y la misión de la Orden *Damian Byrne*
- 15.- Sacra Predicatio y espiritualidad dominicana *Liam Walsh*
- 16.- La predicación dominicana *Pilar del Barrio*
- 17.- Ser hoy fraternidades laicales predicadoras *Oscar Jesús Fernández*
- 18.- Los muchos rostros de la predicación (Entrevista a Terry Rickard)
- 19.- Textos breves sobre la predicación
- 20.- Documento de Bolonia sobre la Familia Dominicana (1983)
- 21.- Hermanas predicadoras
- 22.- Características de nuestra predicación *Capit. Gral. de Walberberg (1980)*
- 23.- Los lugares de evangelización *Capit. Gral. de Roma (1983)*
- 24.- Nuestra predicación *Capit. Gral. de Ávila (1986)*
- 25.- ¿Qué significa predicar hoy en día? *Capit. Gral. de Oakland (1989)*
- 26.- La predicación *Capit. Gral. de México (1992)*
- 27.- Respuesta dominicana a los retos contemporáneos *Capit. Gral. de Caleruega (1995)*
- 28.- La misión en la Orden *Capit. Gral. de Bolonia (1998)*
- 29.- Desafíos actuales para la misión de la Orden *Capit. Gral. de Providence (2001)*
- 30.- Ir a los cumanos *Capit. Gral. de Cracovia (2004)*
- 31.- Dimensiones fundamentales para nuestra misión *Capit. Gral. de Bogotá (2007)*



¿Cómo predicar?¹

Humberto de Romanis, O.P.

1.- ¿Qué dice la Palabra de Dios?

“¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿cómo creerán en aquel en quien no han oído? ¿cómo oirán sin que se les predique? y ¿cómo predicarán si no son enviados?” (Rom 10,14-15)

Bien parece que el Señor quiere de modo especial el ministerio de la predicación. Pues al momento de su partida postrera lo recomendó como cosa muy querida para sí: “Id al mundo entero y anunciad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15). [4.6.3]

2.- ¿Qué ayuda a predicar al predicador?

Lo que ayuda a predicar

- ◆ A bien predicar ayuda la tranquilidad, lejos de toda perturbación. La mente ofuscada no puede predicar.
- ◆ También ayuda el apropiarse de todo lo que en las ciencias seculares se ve que es útil para edificación de los oyentes, como hacen los que van a construir, que reúnen de distintos sitios lo que es útil para su edificio.
- ◆ Sirve de ayuda también el confirmar cuanto se dice por el testimonio de la Sagrada Escritura. Dice san Gregorio: “El que verdaderamente se dispone a predicar, ha de tomar de las Sagradas Letras la base de su argumentación”.
- ◆ Será de mucho provecho también orar por lo que se va a decir. En efecto, con la fuerza de la oración se hace más eficaz la predicación.
- ◆ Es importante de igual manera el pedir oraciones a otras personas.
- ◆ Para bien predicar ayuda el descanso. Pues así como la gente descansa de tanto en tanto de sus trabajos, para luego reemprenderlos con más vigor, así conviene que el predicador descansa alguna vez de su oficio, para que, recuperadas las fuerzas, pueda luego volver a él con empeño.
- ◆ Para este descanso es conveniente que el tiempo libre no se dedique sólo a no hacer nada; más bien es saludable que se ocupe en leer, estudiar, meditar, y cosas de esta clase, que luego sirven a la predicación.
- ◆ Ayuda a predicar bien el saber cuidarse del pecado que acecha la labor del predicador. “¿De qué sirve a un hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo?” (Mt 16, 26).
- ◆ También es útil para predicar la autoevaluación. El buen predicador, en efecto, debe volver a sí mismo después de hablar a otros, de la misma forma que el peregrino limpia y remienda sus sandalias cuando llega a la posada, para luego continuar mejor su camino.
- ◆ Para predicar es necesaria la santidad. Explica san Gregorio: “Más vale para predicar la constancia del amor santo que la mucha práctica en el hablar”.
- ◆ Saber callarse ayuda a predicar. [4.4]

3.- ¿Cómo es el predicador?

El predicador ha de serlo no sólo con la voz, sino con todo su ser.

El buen predicador sabe perseverar en su tarea. Pues así como la lluvia de un día de poco sirve para la tierra árida, si no continúa, así es de poca utilidad un solo sermón, o sólo unos pocos.

Es muy bueno que el predicador sea fervoroso en su oficio, como se dice de Apolo: “Llegó a Efeso un judío llamado Apolo... y hablaba con mucho entusiasmo, enseñando con gran exactitud la vida de Jesús” (Hch 18,24-25).

También conviene que diga siempre la verdad. Es bueno, sin embargo, que modere su tono al hablar, no sea que su rudeza llegue a ofender. [4.5.2]

4.- ¿Qué queremos predicar?

El predicador, cuando se dispone a predicar, primero debe ocuparse sobre lo que va a decir, para que sea útil, del mismo modo que aquel que invita a otros a su casa ha de pensar qué va a brindarles que sea bueno.

En segundo lugar, incluso lo útil ha de prepararlo con moderación, pues no suele ofrecerse a los invitados todo lo que hay en el mercado, aunque todo sea sabroso, sino sólo de lo mejor, y con moderación.

Tercero, tendrá que pensar el predicador en que lo que diga llegue a persuadir con eficacia, tal como suelen prepararse exquisitamente los alimentos para que se coman con más gusto y se asimilen mejor. [1.6.4]

5.- ¿Cómo hay que predicar?

Hay algunos que predicán muy de vez en cuando, y otros que están predicando siempre. Estos dos extremos son malos. Dice san Gregorio: “La predicación, si escasa, no es suficiente; si demasiada, poco se la aprecia”. Hay, pues, que predicar con mesura: la lluvia realmente útil no es ni escasa ni continua. [4.3.3]

Una familiar conversación es a menudo más fructuosa que un sermón general, esto por dos razones: primera, que en la conversación la persona se siente aludida en cuestiones que le atañen más de cerca, al modo como el médico habla al enfermo con más exactitud en la casa que lo haría en la Universidad.

La segunda causa es que las palabras de una conversación penetran con mayor facilidad, como flechas directamente disparadas a su objetivo. [7.3.1.3]

Muchas cosas habrán de tener en cuenta los predicadores que intentan edificar a otros en la conversación privada. Cuando toque hablar sobre Dios, atiéndase a no decir cualquier cosa en cualquier parte; sino sólo lo principal; lo que resulte claro, para ser bien entendidos; amable, para ser oídos con gusto; y útil, para también ser oportunos. [7.3.3.1]

De un modo, hay que hablar de los pecados de la gente, y de otro, de las cosas buenas que Dios les ha dado. De los pecados hay que hablar con compasión. De los dones divinos, en cambio, hablemos con gratitud. [4.3.4]

La predicación laudable consiste en esto: en que se prefiera predicar donde hay mayor necesidad. En efecto, ¿de qué sirve estar siempre predicando a los religiosos, a las religiosas y a la gente piadosa, que no necesita tanto, y dejar de lado a los que más necesitan? Por ello dice el Señor: “No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos” (Mt 9, 12). [4.5.1]

Es laudable también la predicación valiente, allí donde crece la maldad, pues dice san Gregorio en una de sus Homilias que “cuando crece la perversidad de los malvados, no sólo no hay que interrumpir la predicación: es menester fortalecerla”. [4.5.1]

6.- Conclusión

La mayor prueba de que alguien lleva verdaderamente a Dios en su corazón, es que habla de Él a menudo, y con gusto. Y es por esto por lo que quienes hablan con frecuencia del Señor suelen ser reconocidos como hombres buenos y santos. [7.3.1.4]



Predicación: atractivo, don y carisma¹

Fr. Guy Bedouelle, O.P.

Numerosos textos medievales, tanto de los dominicos como también de otros, especialmente de los valdenses, utilizan esa hermosa expresión de *gratia praedicationis*. La fórmula es difícil de precisar. ¿Se refiere al atractivo de la predicación? ¿a la convicción de ser llamado a ese ministerio? ¿a la manifestación de dotes oratorias especiales? ¿a todo ello a la vez? Más bien parece que se ha de entender ante todo como un carisma, una vocación sobrenatural de quien está seguro de que el Espíritu puede hablar en él y a través de él. «La *gratia praedicationis* hace de la predicación dominicana un verdadero ministerio en el Espíritu, el anuncio carismático de la palabra de Dios».

El *praedicator gratiosus* no será, pues, el predicador atractivo, ni siquiera el orador agradable de oír. Es más bien aquel a quien Dios ha «gratificado» con el don eficaz de la palabra, forma especial de la acción del Espíritu Santo que rodea al creyente desde la Buena Noticia que el ángel anunció a María: *Ave Maria, gratia plena*. Si el Predicador es digno de crédito, si habla con autoridad, si es *gratiosus*, es sólo por la fuerza sobrenatural que le invade, siempre que él consienta en darle cuerpo. Por eso se comprende que esta gracia se deduzca a partir del efecto de conversión o de santificación que produce: más bien diríamos que se la adivina o se la presiente.

“Aquel a quien Dios da la gracia de la predicación debe predicar”, afirma uno de los discípulos de Arnaldo de Brescia, cuyas doctrinas anuncian e inspiran las de los valdenses. La expresión se puede, pues, utilizar al margen de la referencia a la Iglesia jerárquica. Los textos dominicanos, por el contrario, empleando las mismas palabras, quieren afirmar que la predicación no puede separarse del envío por parte de la Iglesia.

El 12 de mayo de 1220 Honorio III dirige a seis religiosos de Italia el mandato de ir con Domingo a combatir la herejía en Lombardía. Se menciona en la carta al fundador de los Predicadores, y él es efectivamente quien les suplica no «guardar en el pañuelo el talento que les ha sido confiado por Dios según el designio de su providencia» -por emplear la sabrosa interpretación de la parábola que refiere san Lucas (19, 20). ¡Que hagan brillar la luz que tienen en sí y pongan al servicio de su prójimo la «gracia de la predicación» que han recibido! Es así como Domingo reconquistó para la Iglesia, en cierto modo, aquella magnífica expresión que circulaba entre los herejes, esgrimiéndola contra ellos.

El sucesor de Domingo, Jordán de Sajonia, usará en una carta «encíclica» exactamente las mismas fórmulas y las mismas imágenes, en especial la del talento bien conservado en el pañuelo, que no produce nada. Es significativo que el Maestro de la Orden recoja, en una exhortación oficial a la misión, lo que considera una «regla fijada por la misma caridad de Dios»: la «gracia de la predicación».

Su propio sucesor, Humberto de Romans, hará un análisis preciso, teológico y espiritual, de lo que es la gracia de predicar, en un tratado sobre la formación de los Predicadores. Señal de que con él estamos ya en la época de las síntesis, de las Sumas, en las que cada cosa se integra dentro de una construcción.

Para Humberto predicar es la vocación más excelente, porque los predicadores son en cierto modo la boca misma de Dios. La gracia de la predicación es un don de Dios para la edificación de su Iglesia. La predicación no es como un oficio que se podría aprender, o como una técnica, ni siquiera como un arte que se llega a dominar. Tratándose de anunciar la Palabra, «el éxito de un hombre está en manos del Señor» (Eclo 10, 5), con tal que el predicador se comprometa con sensatez y prudencia a hacer del mejor modo posible lo que conviene hacer. Y si se formula esta pregunta, tan vital y tan lancinante también: «¿cómo atreverse a predicar a los demás, si uno mismo se sabe y se siente tan pecador y tan débil?», hay que responder que la «gracia de la predicación» sobrepasará el pecado del hombre; gracias a ella, la Palabra podrá resonar con limpidez por encima de todas las torpezas.

Humberto de Romans reafirmaba con ello una doctrina comprobada. Deja oír la voz de la sabiduría entre la timidez del escrúpulo y el desbordamiento de cierto entusiasmo que pudo caracterizar a veces a algunos ensayos de los primeros frailes.

1.- Guy Bedouelle, *La fuerza de la Palabra. Domingo de Guzmán*, Editorial San Esteban, Salamanca, 1987, p. 143-146



Luz para la Iglesia¹

Fr. Liam Walsh, O.P.

Llama, fuego, antorcha, luz, son todas imágenes que usamos para describir lo que Domingo es para nosotros. Para nosotros. ¿Quién y qué es este "nosotros"? ¿Quiénes son los "nosotros", "para" quien Domingo es? ¿qué somos "nosotros"? Sin duda Dominicos. Pero solamente podemos ser Dominicos porque primero somos Iglesia. Es como *lumen ecclesiae*, no como *lumen ordinis* que nosotros saludamos a Domingo día tras día. Fue siendo "luz para la Iglesia" que se convirtió y es luz, antorcha, llama, fuego para nosotros por quienes él es hermano mayor y padre fundador. Su pasión fue traer luz a la Iglesia. Era hacer que la luz brillara y su brillo continuo fue lo que reunió a hermanas y hermanos a su alrededor y los hizo Predicadores. Y, desde luego, la Iglesia es luz, no para sí misma, sino para el mundo. La luz que Domingo crea para arder más brillantemente en la Iglesia es la luz que la hace ser *lumen gentium*.

La Iglesia *lumen gentium*. ¿Qué es, en dónde está, quién es? ¿Qué es lo que significa para nosotros que pertenecemos a ella, que estamos dentro de ella, que, sin duda, simplemente somos la Iglesia? Si esa pregunta está hoy en nuestros corazones y en nuestros labios, seguramente no estuvo menos presente en el corazón y labios de Domingo hace ochocientos años, pues él caminaba estas sendas de Languedoc donde hoy nosotros caminamos. ¿Qué fue lo que surgió de su contemplación mientras caminaba esas sendas, y qué fue lo que se transformó en la visión conductora y activa que alumbró todo lo que hizo en sus quince años de vida que le quedaban? Yo creo que fue una comprensión de la luz que debía arder en la Iglesia, una luz que la Iglesia debía ser si tenía que ser la luz del mundo. Fue esto lo que al principio hizo que Domingo se uniera a la *sacra praedicatio* que ya existía, después hacerse cargo de ella, más tarde remodelarla y hacerla el paradigma para una compleja red de instituciones que ahora forman la familia de hermanas y hermanos que servimos la "santa predicación" en la Iglesia de hoy y se llaman Orden de Predicadores, Dominicos. Domingo vivió él mismo esta visión y reunió a otros para vivirlo. Fue lo que le hizo *lumen ecclesiae*, y ser la llama de la cual nosotros queremos tomar el fuego, de tal manera que, colectivamente, hoy en día, podamos ser *lumen ecclesiae*.

Predicación y Prulla

Bárbara Beamont nos ha contado cómo la *sacra praedicatio* se desarrolló alrededor de Prulla. Permítanme recordarles algunas de sus características y sugerir cómo deben de tomarse para personificar lo que he estado diciéndoles acerca de la eclesiología de Domingo.

Sin abandonar su referencia al aún existente mandato papal que autorizó la *sacra praedicatio*, y con habitual referencia al Obispo Fulco de Toulouse, la predicación se volvió menos geopolítica y más dedicada a fortalecer iglesias locales en un área geográfica limitada. Se dirigió a las ciudades, los pueblos y al campo de Languedoc. Esto la hizo más genuinamente eclesial y la liberó de compromisos geopolíticos que hubieran atentado contra su inclusividad. La *sacra praedicatio* bajo la dirección de Domingo no tuvo que ver, por lo que sabemos, con la cruzada de Simón de Montfort.

La predicación encontró un centro que no estaba dictaminado por la geografía canónica del área. No fue en Carcasona, en donde alguna vez estuvo la vicaría *in spiritualibus* para la diócesis, ni en Fanjeaux donde Domingo era párroco, sino en Prulla. Este era un lugar sin gran peso eclesiástico. Ciertamente había ahí una capilla. Pero lo que lo hizo el centro de la *sacra praedicatio* fue que ese fue el sitio en donde Diego y Domingo habían reunido una comunidad de mujeres. Estas mujeres habían sido personas excluidas -herejes ellas mismas o de familias herejes- que habían sido traídas y se les había dado un hogar en la Iglesia de Dios. Ellas formaron una nueva comunidad de Iglesia. Ellas eran, en un sentido, fruto de la predicación, como toda comunidad cristiana lo es. Pero en otro sentido, ellas eran la predicación. Ellas vivían la *vita apostolica* en una forma determinada. Ellas proporcionaron un escenario y una atmósfera en los cuales otros podían vivirla. Los hombres que se fueron a pronunciar la palabra regresaron al hogar que esta comunidad de mujeres estaba creando en Prulla, y de ahí volvieron a salir. Aquellos predicadores ganaron efectividad por el hecho de que podían clamar identidad con esa comunidad de mujeres que formaron la base de su predicación. Ésta haría saber a los herejes que la vida de abstinencia y oración, que ellos habían apreciado en sus propios líderes,

estaba siendo vivida de manera estable por la gente de la Iglesia. Les haría saber también que, cuando se convirtieran, habría un hogar para ellos en la Iglesia.

Lo que estaba empezando a surgir en Prulla se institucionalizó, unido a las estructuras de la Iglesia. Era una institución que fue creada de distintos grupos. Había una comunidad de mujeres religiosas. Había hombres y mujeres laicos que vendieron lo que tenían y dieron a Prulla sus posesiones. Al hacer eso, se integraron en la *sacra praedicatio* y allí estaban los clérigos. Los clérigos eran hombres que habían hecho algún compromiso de servicio en la Iglesia, que habían adoptado una manera de vida y recibido una educación que podía hacerlos posibles candidatos para un ministerio ordenado. Cuando ya estaban ordenados, podían convertirse en párrocos o canónigos viviendo en alguna forma de vida comunitaria. Los clérigos que formaban parte de la comunidad se reunían en Prulla -tal vez no más de uno además de Domingo- ambos ejercían su ministerio para su propia comunidad, y salían de ella para predicar el Evangelio en las ciudades, pueblos y campo de los alrededores. Con este sistema se le daba una nueva faz a la *sacra praedicatio* y una nueva voz. Los clérigos, como los apóstoles en Jerusalén, fueron capaces de entregarse a "la palabra y a la oración". Su palabra pudo ser una palabra apostólica por numerosas razones: primero, porque eran parte de una comunidad apostólica que estaba, en todos sus miembros, viviendo la *vita apostolica*; en segundo lugar, porque ellos tenían la educación teológica que los ayudaba a conocer "la doctrina de los Apóstoles"; en tercer lugar, porque tenían un mandato canónico para predicar; y en cuarto lugar, porque como sacerdotes ordenados, eran capaces de reunir a los excluidos de regreso a la Iglesia mediante la palabra reconciliadora del sacramento de Penitencia y la celebración de la comunión eucarística. La originalidad -y en realidad no era originalidad, porque era mas bien la recuperación de lo que había vivido la primera comunidad en Jerusalén- era que la palabra hablada de predicación y la legitimidad canónica de la que gozaba, había sido realizada desde dentro de una comunidad completamente eclesial que estaba formada por hombres y mujeres, contemplativos y activos, ordenados y laicos, educados clericalmente y no educados. Porque había sido modelada en la comunidad de Jerusalén, albergaba dentro un poder para predicar el Evangelio, no sólo para Languedoc, sino eventualmente, para todo el mundo.

Eclesiológicamente hablando, Domingo estaba descubriendo lo que era la predicación. Domingo no inventó la predicación, él la descubrió. En Prulla estaba descubriendo una verdad que ponía en paralelo una verdad eclesiológica más familiar, una que está centrada en la Eucaristía. La tradición dice que la Eucaristía hace a la Iglesia y que la Iglesia hace a la Eucaristía. Domingo estaba descubriendo que la predicación hace a la Iglesia y la Iglesia hace la predicación. Estaba descubriendo que la predicación hecha de acuerdo al Evangelio reúne a los hijos dispersos de Dios en la Iglesia. Iba a ver el misterio que ya se había hecho presente en su encuentro en caridad y verdad con la mujer pobre de Palencia, en los sin nada de Toulouse, en los Cátaros de Montreal y de las otras ciudades y campo alrededor de Prulla. Domingo estaba descubriendo que la Iglesia que hace predicación es una Iglesia inclusiva. Estaba a punto de darse cuenta que la Iglesia que predica es la Iglesia completa, con todos sus miembros y con todos sus dones. Es la Iglesia que está hecha de todos esos que viven de acuerdo al Evangelio y se regocijan y oran juntos en la gracia del Espíritu Santo. Es la Iglesia que está unida en sus creencias en la doctrina de los Apóstoles. Es la Iglesia de mujeres y hombres, de los bautizados y ordenados, de los monasterios y del mundo. Es la Iglesia en la que algunos salen a predicar y otros se quedan en casa a servir la mesa. Es la Iglesia que, en la diversidad de sus miembros realiza milagros de sanación y multiplica obras de misericordia. Lo que Domingo llegó a ver fue una Iglesia que no sólo estaba haciendo la predicación del Evangelio, sino que realmente era la predicación del Evangelio. La Iglesia era la *sacra praedicatio* y la *sacra praedicatio* era la Iglesia.

Obviamente, aquellos que salieron a predicar la palabra y a comprometerse en debate con los herejes, tenían un papel especial en la Iglesia y habían sido llamados predicadores en un sentido particular. Aquellos que pronunciaban la palabra estaban cualificados para esta tarea por varios motivos. Primero, vivían la *vita apostolica*, y en esto no eran diferentes a sus hermanas y hermanos con quienes vivían en Prulla. Segundo, tenían cierta formación teológica, a la cual habían tenido acceso porque eran clérigos. Tercero, tenían un mandato de las autoridades de la Iglesia, específicamente proveniente del legado papal, pero también del obispo local, para hablar en nombre de la Iglesia. Cuarto, algunos de ellos por lo menos habían sido ordenados sacerdotes y por lo tanto eran capaces de absolver sacramentalmente a pecadores y reunirlos en la celebración eucarística. Estas cualidades los distinguían de otros que pertenecían a la *sacra praedicatio*. Pero no los separaba en distintas clases. Ellos pertenecían, junto con estos otros hombres y mujeres, a una hermandad apostólica. Su predicación podía ser inclusiva en el sentido de reunión con los hijos dispersos y alienados de Dios, porque la comunidad desde la cual ellos predicaban, era en sí misma inclusiva. Teológicamente hablando, fue la relación inclusiva entre los grupos que hacían la *sacra praedicatio* lo que hizo de su predicación ser completamente eclesial.

Fue también esa hermandad en *vita apostolica* lo que dio una cualidad particular al componente doctrinal de su predicación. La predicación de Domingo y de sus compañeros tenía que ser una enseñanza de doctrina porque una de las cosas que alejaba más a los herejes de la Iglesia era el pensamiento equivocado acerca de la fe. El pensamiento de la gente acerca del Evangelio era distorsionado por falsas presuposiciones filosóficas y religiosas del catarismo. Domingo era un teólogo. Él hizo que el debate teológico fuera un punto en su predicación. Sin embargo, su éxito como predicador no fue sólo una cuestión de ganar debates teológicos. Fue porque él y sus compañeros estaban realmente viviendo el Evangelio, que su pensamiento y su enseñanza del Evangelio convirtió a la gente. Era aceptado en esos días que hombres y mujeres laicas que vivían una vida apostólica pudiesen predicar "conversión". Pero supuestamente no debían predicar la doctrina de fe. La doctrina tenía que ser asunto de los clérigos. A mí me parece que Domingo aceptaba esa distinción de maneras de predicar pero se abrió paso: pasó por encima de la separación de los roles que estaba planteada en aquellos días. Sus predicadores de la doctrina vivirían la vida apostólica y darían el poder de conversión de esa manera de vida a sus palabras de enseñanza. Y tarde o temprano la predicación de conversión que todos los miembros de la *sacra praedicatio* estaban haciendo tomaría una cualidad teológica que podría hacerla también enseñable. Si tenía que haber diferencias en el balance entre llamar a la conversión y llamar al entendimiento en el trabajo de predicadores individuales, estaría basado en algo más que en el hecho de que ellos eran hombres o mujeres, clérigos o laicos. Estaría basado principalmente en su formación teológica.



El ministerio de la predicación¹

Fr. Damian Byrne, O.P.

Queremos ver a Jesús

En el Evangelio nuestro Señor dijo a los apóstoles: "Vosotros seréis mis testigos". La frase 'nosotros somos testigos' significa literalmente que se ofrece la experiencia de un Cristo que está vivo, de alguien a quien es posible encontrar y hablar. La petición de quienes se acercaron a Felipe y dijeron "Queremos ver a Jesús" es hoy el grito de muchos en el mundo. Pero, ¿cuántas veces lo descubren en la palabra que nosotros les distribuimos? Con una cierta angustia Pablo VI escribía: "Tácitamente o a grandes gritos, siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿vivís lo que creéis? ¿predicáis verdaderamente lo que vivís?" (EN 76).

Lo que el mundo busca es un testimonio digno de ser creído. La gente está cansada de ficciones. Quiere ver a Jesús, como la Madre Teresa de Calcuta nos ha recordado con claridad: "La gente tendría que poder ver a Jesús en nosotros".

Si somos predicadores debemos de ser hombres y mujeres que leen, ponderan y viven la palabra de la Escritura. Este encuentro ponderando y meditado con el Jesús de los Evangelios se convierte en resorte de vida para cada uno de nosotros. De la mesa de la Palabra y de la mesa de la Eucaristía recibe su alimento nuestra vida de predicadores. Necesitamos también renovar nuestra fe en el poder de la Palabra de Dios. "La Palabra de Dios está viva, es vida..." (Heb 4,12). Cuando se la predica, Cristo está presente (cf. *Mysterium Fidei*, nº 36). Pero la palabra debe ser meditada en este momento histórico.

Aplicación

Nuestra predicación no será completa mientras no relacione el Evangelio con la vida de la gente. Lo mismo que Jesús predicó su mensaje en forma adecuada a la gente de su tiempo, así nosotros debemos de presentar su mensaje en modo apto para la gente de nuestro tiempo. Conforme al Evangelio, nuestra predicación debe aplicarse a las preguntas que nos hacen. Esto nos impone la obligación de escuchar y de estar alerta a los movimientos que se suceden con rapidez en nuestra sociedad cambiante. ¿Cómo podemos hablar a las necesidades de la gente si no compartimos sus penas y alegrías? Como nos recuerda la *Gaudium et Spes*:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón".

Antes de hablar debemos escuchar no sólo la voz del pueblo, sino también sus ojos y sus corazones. Entonces, nuestra palabra pronunciada cada día desde el altar, en clase, en la sala del hospital..., será una palabra de esperanza: la cualidad de la predicación en que más insistía el Papa Pablo VI.

Profética y doctrinal

Se repite la mejor tradición de la Orden cuando nuestra predicación es profética. La predicación puramente teórica y abstracta no capta ni el espíritu de Santo Domingo ni los corazones de los fieles. La predicación profética no es puramente el compartir la ciencia, sino una proclamación alegre de la palabra de Dios viva y vivificante. Pero es necesario anunciar el mensaje completo del Evangelio.

En su Comentario a las Constituciones, Humberto de Romanis escribe: "El estudio no es la finalidad de la Orden, pero es de suprema necesidad para el fin que es la predicación y el trabajo por la salvación de las almas, porque sin el estudio no podemos hacer ni una cosa ni otra" (Opera II, p. 41). Si somos predicadores, somos también estudiantes. El día en que dejemos de leer y reflexionar, dejaremos de ser predicadores eficientes. Para seguir siendo buenos predicadores hay que ser siempre estudiantes. ¿Leemos? ¿Leemos suficientemente? La escucha real de las alegrías, penas, esperanzas y preocupaciones de la familia humana requiere estudio serio y análisis social. Requiere el aprendizaje de otras lenguas y el respeto delicado de las

diferencias culturales si el Evangelio tiene realmente que encarnarse en las nuevas culturas. Antes que nada, requiere tiempo y presencia entre aquellos a quienes debemos predicar, porque es cosa cierta que a partir de su experiencia escucharemos el Evangelio en formas nuevas.

Nosotros estamos llamados a recibir y abrazar la Palabra de Dios dondequiera que la oigamos. Domingo pasó la noche en diálogo con su hostelero, la atención de Las Casas a las diferencias culturales entre España y el "Nuevo Mundo" le exigió una nueva forma de predicación profética. La atención de Catalina a los signos de su tiempo le llevó a predicar una palabra de compasión a las víctimas de la peste negra, pero también a proclamar la verdad como ella la veía, no sólo a los políticos, sino también a cardenales y papas.

El Obispo Diego y Domingo vieron la incapacidad de la Iglesia de su tiempo para responder con eficacia al movimiento albigenso. Viviendo entre ellos, aprendiendo de ellos y escuchándoles desarrollaron una nueva catequesis. La Iglesia necesitaba admitir los valores auténticos que se encontraban en el movimiento albigenso, así como proclamar los valores auténticos que los albigenso preferían ignorar. Esto es lo que entendemos por predicación doctrinal, la predicación de la "verdad completa" del Evangelio. El reto de los albigenso hizo nacer en Domingo y Diego una respuesta creativa. ¿Cuáles son los retos que invitan a nuestra predicación de hoy a una respuesta creativa?

Para ser hijos e hijas de Santo Domingo tenemos que insertarnos en los campos de debate, especialmente en aquellos campos en que la Iglesia encuentra dificultad para responder. Nos insertamos primero en tales campos para escuchar y aprender. Luego nos comprometemos en una reflexión teológica y en el discernimiento de nuestra respuesta, tanto con nuestros hechos y dichos como con nuestra forma de vida. Si no estamos en medio de las necesidades de la gente nos exponemos a desorientarnos y corremos el riesgo de ser ineficaces. Seguir a Domingo significa ser para nuestro período de historia, de la Iglesia y sociedad, lo que Domingo fue para el suyo. Él es siempre nuestro punto de partida para examinarnos y renovar nuestras vidas.

Fieles a él y a nuestra tradición, nuestra propia identidad y espiritualidad debe tener sus raíces en nuestra misión de predicar. Ya en 1988, el P. Congar hacia esta sorprendente observación: "Yo podría citar toda una serie de textos antiguos, en los que se afirma -más o menos- que si en una nación se celebrara la misa durante treinta años sin predicación y en otra se predicara durante treinta años sin la celebración de la misa, la gente sería más cristiana en la nación donde hubiera habido la predicación" (Concilium, nº 33).

¿Qué significa para nosotros ser predicadores, no a principios del siglo XIII sino a finales del siglo XX? Algo que ha sido preocupación específicamente dominicana dentro de la misión de la Iglesia universal de predicar el Evangelio ha sido nuestro empeño en "proclamar la verdad". ¿Dónde está hoy la verdad no deseada o en peligro en nuestra nación, en nuestra vida personal y comunitaria e incluso en nuestra predicación?

Al igual que el mundo en que vivió Domingo, el nuestro tiene sus propias formas de dualismo a las que debemos dirigirnos: las divisiones profundas entre naciones ricas y pobres, entre razas, religiones y grupos étnicos, entre hombres y mujeres, entre naciones de ideologías políticas diferentes.

Catorce años después de la *Evangelii Nuntiandi*, podemos hacernos las mismas tres preguntas cruciales que Pablo VI hizo a toda la Iglesia:

1. ¿Qué ha sucedido hoy en día con la energía oculta de la Buena Nueva, capaz de influir poderosamente en la conciencia humana?
2. ¿En qué medida y en qué forma es capaz la fuerza evangélica de transformar realmente a la gente de este siglo?
3. ¿Qué métodos deberían seguirse para que el poder del Evangelio consiga sus efectos?

Conclusión

En mis visitas por las diferentes partes del mundo, he constatado que quienes se hallan en mayor dificultad son los que proclaman el Evangelio con mayor fuerza y los que viven la vida evangélica con mayor entrega. A causa de su situación, su predicación tiene una resonancia y un impacto mucho mayor que la de quienes predicán en ambientes de comodidad y seguridad. Tal vez será difícil que se den buenos predicadores en un pueblo que no sufre o no está oprimido. Debemos de hallarnos frente a problemas importantes para que el Evangelio sea proclamado con vigor.

El Primer Mundo tiene problemas graves con que luchar, pero la autocomplacencia y una falsa seguridad pueden cegar fácilmente al predicador para que no vea su urgencia. El Evangelio es la Buena Nueva a los pobres. Cuando echamos nuestra suerte con los pobres y oprimidos nos convertimos en destinatarios de su Evangelio; la predicación nace entonces de un profundo compromiso con el pueblo, un compromiso que inspira una palabra de respuesta a sus necesidades. Nuestra misión es proclamar la esperanza del Evangelio más frecuentemente y predicarlo hasta el límite de nuestra visión, incluso cuando nosotros no encarnamos completamente tal visión. Como Domingo, no somos profetas de perdición o desgracia. Domingo, como Jesús, no anunció malas noticias, sino la Buena Nueva, siendo un profeta de esperanza. Tampoco fue un moralista que amenazase castigos o crease sentimientos de culpa. Él fue -y es- el maestro espiritual que devuelve la esperanza a los que se hallan oprimidos por la pena o por el sentimiento de culpa.

Santo Domingo no tuvo dudas sobre su misión. Él sabía que era predicador. Nosotros tenemos que revocar este sentimiento de Domingo, reconociéndonos no tanto como "Dominicos", como cuanto "Predicadores".

Yo he propuesto al Capítulo de julio las siguientes interrogaciones:

1. ¿Se halla mi vida donde se hallan mis palabras?
2. ¿Son reconocidos los dominicos en todo el mundo como la Orden de Predicadores?
3. Como parte de nuestra renovación continua, ¿no tendríamos que vernos más como predicadores, título que nos dieron el Papa Honorio y Santo Domingo?
4. ¿Cuáles son las experiencias humanas que me forman a mí y a mis palabras? ¿En qué medida he permitido que el grito de los pobres, de los sin categoría social, educación o poder influya en mi comprensión del Evangelio y en mi anuncio del mismo?
5. ¿Cómo predico yo? ¿Se basa mi predicación en la oración y en el estudio? ¿He hecho de la Palabra de Dios algo familiar? ¿Me predico a mí mismo, -mis ideas-, o a Jesucristo? ¿Acepto lo que yo soy, permitiendo a los otros que me enseñen? ¿Cómo he continuado mi formación como predicador? ¿Busco la colaboración de mis hermanos, hermanas y del laicado en mi ministerio de predicación?
6. ¿De qué forma puede nuestra manera particular de vivir juntos promover directamente la oración, el estudio y el anuncio, -elementos integrantes de la predicación-, a fin de ser identificados públicamente como "los Predicadores"?

¡Somos Predicadores! Alegrémonos de nuestra vocación, hombres y mujeres a quienes ha sido confiada la Palabra y la visión de Dios para nuestro mundo.



Características fundamentales de la predicación

Mary O'Driscoll, O.P.

Una historia cuenta que cuando un famoso Rabbi Hasídico, de nombre Susya, estaba a punto de morir, dijo a los que estaban a su alrededor: "Cuando llegue al cielo no me preguntarán ¿por qué no fuiste Moisés? sino ¿por qué no fuiste Susya?" Hay algo en esta anécdota para todas nosotras, individualmente y colectivamente. A mí, por ejemplo, no se me preguntará ¿por qué no fuiste Catalina de Siena? sino ¿por qué no fuiste Mary? Y a todas nosotras, hermanas, se nos preguntará, no ¿por qué no fueron carmelitas o solitarias en el desierto egipcio, o madres de familia numerosa? sino ¿por qué no fueron mujeres dominicas?, porque eso es lo que hemos sido llamadas a ser.

La historia acerca de Rabbi Susya me recuerda que al final solo se nos pedirá que respondamos acerca de haber logrado o no, ser lo que fuimos llamadas a ser. Me gustaría reflexionar sobre lo que significa el llamado a ser y a convertirnos en mujeres dominicas en un mundo del siglo XX y en una Iglesia del siglo XX.

La llamada a la predicación

No hay ninguna duda de que la llamada a ser una dominica es una llamada a ser una predicadora. Las Constituciones Primitivas de la Orden nos dicen: "Esta Orden fue fundada para predicar el Evangelio", y el Documento de Bolonia redactado unos pocos años atrás para toda la Familia Dominicana nos recuerda que "Nuestra misión particular es la proclamación de la Palabra de Dios". Las recientes declaraciones sobre las Prioridades Apostólicas de la Orden nos llaman a estar atentas constantemente al hecho de que para nosotras las Dominicas la "prioridad de todas las prioridades" es predicar. Pertenecer a la Orden de Predicadores y no ser un predicador es por lo tanto una situación insostenible.

¿Qué es, entonces, una predicadora? Se pueden dar muchas respuestas a esta pregunta; la que prefiero es la que describe a una predicadora como alguien que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios para los demás: alguien que siente urgencia por decir la palabra de la verdad, el amor, la misericordia y la justicia que ella misma ha recibido de Dios en Cristo Jesús. Alguien que, como Pablo, sabe que no debe negarse a proclamarla, aún cuando ella se sienta incapaz o pecadora. Domingo fue un predicador, Catalina fue predicadora, como también Vicente Ferrer, Fray Angélico, Bartolomé de Las Casas, Savonarola, Rosa de Lima, Henri Lacordaire, Catherine Sanzo de China, Margaret Hallahan, Louis Joseph Lebreton y otros innumerables en nuestra historia dominicana. ¿Somos nosotras predicadoras? ¿Tenemos nosotras el mismo ardor y deseo compulsivo que tuvieron ellos para compartir con los demás la Buena Noticia que nos ha sido confiada? Si no lo tenemos, las letras "O.P." detrás de nuestro nombre no responden a la realidad, son una burla.

Por supuesto, necesitamos recordar que la Palabra de Dios puede ser predicada de mil maneras distintas. A menudo cuando ustedes mencionan la palabra predicación, algunas personas inmediatamente piensan en un púlpito u otro lugar formal. Pero la Palabra de Dios puede proclamarse en cualquier parte donde la gente se reúna y aún hasta donde haya una sola persona. El capellán del hospital puede ser un predicador. También el maestro y el profesor secundario, el director de retiros, el animador en la comunidad, el que trabaja en la pastoral, el cocinero, el que visita las cárceles, el escritor, el artista, el jubilado y la hermana enferma. Vicente de Couesnongle, que fue Maestro de la Orden, nos recuerda que frecuentemente el púlpito no es el mejor lugar para predicar el Evangelio. Siempre estaba diciendo a sus hermanos dominicos que ellos necesitaban buscar nuevos lugares de predicación porque no pueden estar contentos al "predicar solamente desde un púlpito dentro de una Iglesia".

Aunque podamos entristecernos de que como mujeres, pertenecientes a los no-ordenados en la iglesia, se nos niegue jurídicamente el derecho a predicar en el contexto de la celebración Eucarística y haber tenido consecuentemente que encontrar nuestros lugares de predicación fuera del edificio de una Iglesia, podemos estar felices al saber que a causa de esto hemos aprendido a ser flexibles y creativas en nuestra predicación. Este siempre ha sido el caso de las mujeres en la Orden. Piensen, por ejemplo, en Catalina de Siena. Si alguna vez hubo alguien que experimentó la urgencia de predicar el Evangelio, ésta fue Catalina. Si alguna vez hubo una mujer que estaba atenta a los nuevos lugares de predicación, fue ella. Un escritor la describe como

siempre de "alcance máximo".

Sabiendo que la Palabra de Dios, de amor y verdad, le había sido confiada a ella para los demás, la predicaba en cualquier parte y en todos los lugares que podía: a Nicholas en su celda de la prisión esperando ser ejecutado; al Papa Gregorio XI en Avignon, demasiado tímido para volver a Roma; a Palmira en su lecho de muerte rechazando todos los ofrecimientos de reconciliación; a John Hawkwood, soldado mercenario inglés que buscaba otra batalla para pelear.

Pero Catalina no fue la única mujer dominica en nuestra historia con el carisma de predicar de nuevas maneras y en nuevos lugares, más bien, esto ha sido característico de muchas de nuestras mujeres. A través de nuestra historia me ha deleitado descubrir nombre tras nombre de mujeres entusiastas en cada siglo desde el comienzo de la Orden quienes, en respuesta a las necesidades concretas de sus contemporáneos, particularmente los pobres y los marginados, fueron movidas a salir para compartir con ellos la Buena Noticia del amor de Dios. Y me parece a mí que debido a que estas mujeres estaban libres de status clerical en la Iglesia, podían a menudo expresar más libre y creativamente que sus hermanos, la misión de la Orden de predicar el Evangelio. Como ellas, también nosotras nos encontramos en mejor situación para responder a la llamada de la Orden a estar siempre alertas a los nuevos y relevantes lugares de predicación.

Hoy, cuando buscamos lugares relevantes de predicación hacemos lo que siempre se ha hecho en los mejores momentos de predicación en la Orden, a saber: buscarlos en el contexto del mundo real en el cual vivimos. El mundo de hoy es un mundo en el que hay una creciente explotación del pobre por parte del rico, en el que el hambre se incrementa en forma alarmante, en el cual la crisis del exilio está afectando a millones, en el que hay un resurgimiento vicioso del racismo y una amplia erosión de los derechos humanos. Es un mundo en el cual somos testigos de un abuso rapaz de los recursos de la tierra y un crecimiento global en el fanatismo religioso; un mundo en que gran número de gente joven en todos los países son drogadictos, sin empleo y sin esperanza. Este mundo angustiado de la última parte del siglo veinte es el mundo que provee el contexto y la agenda para nuestra predicación dominicana.

Mujeres predicadoras

¿Se nota alguna diferencia en la tarea de predicar el Evangelio cuando lo hace una mujer y no un hombre? Pienso que sí. Al hacer esta afirmación por supuesto reconozco que mucho de lo que denominamos experiencia femenina, mucho de lo que involucra "ser-mujer" en nuestra sociedad no es intrínseco sino que ha sido adquirido a través de un largo proceso de acondicionamiento. Se sabe generalmente que aparte de diferencias puramente biológicas entre los sexos, la mayoría, si no todas, de las otras diferencias son relativas a una cultura dada. No obstante, sin entrar en la materia, pienso que todas estaríamos de acuerdo que, la cualidad de "ser-mujer" le da un color especial a la existencia de una persona, y que consecuentemente el "ser-mujer" le da un color especial al ser Dominica, como obviamente, "ser varón" le da un color especial al ser Dominicano. Sé que es difícil señalar con exactitud qué es este color especial, aunque pienso que todas somos conscientes de que hay una diferencia entre la manera en que una mujer proclama y revela la Palabra de Dios y el modo en que un varón lo hace, no necesariamente mejor, ni peor, sino diferente. Piensen por ejemplo en la diferencia entre la predicación de Domingo y Catalina. Cuando una mujer Dominica proclama la Palabra, si es fiel y verdadera, debe hacerlo desde su propia experiencia de cómo ilumina la condición humana y desde su experiencia femenina de la condición humana.

Tendremos esto presente cuando pensamos en lo que significa para nosotras ser predicadoras dominicas en el mundo de hoy.

No obstante, no es suficiente con pertenecer a la Orden de Santo Domingo para ser auténticos predicadores. Hay dos criterios que son esenciales si queremos proclamar válidamente el Evangelio hoy. Estos dos criterios que se encarnaban en la propia vida de Domingo y en la vida de sus primeros compañeros predicadores, varones y mujeres son: un estilo de vida evangélico y una conciencia teológica.

Recuerdan que cuando Domingo, en respuesta a las apremiantes necesidades de su época, decidió no volver a España para continuar su vida como canónigo Agustino, optó por permanecer en el sur de Francia y convertirse en predicador de la Verdad y el Amor de Dios. Con su Obispo Diego se dio cuenta de que la condición más importante para una predicación efectiva en esa región deprimida y sumergida en la herejía era un estilo de vida Evangélico. Sabía que, solamente tendría derecho a predicar el Evangelio si primeramente lo vivía. Por eso hizo una elección muy consciente en favor de una vida evangélica sencilla. Esa elección clave y la consecuente vivencia de ella por parte de Domingo y de quienes lo seguían, ha dado forma

para siempre a la comprensión dominicana de la predicación. A través de esto, Domingo ha demostrado que el contexto esencial para la predicación Evangélica es la vivencia evangélica a imitación de Cristo, el predicador por excelencia. Edward Schillebeeckx, de acuerdo con esto, ha señalado muy bien que "la fidelidad a la praxis de vida de Jesús mismo" es precisamente "fundamento de una proclamación del Evangelio llena del Espíritu" pues es sólo a la luz de la experiencia evangélica que cualquier cristiano tiene derecho a proclamar la Buena Noticia.

Como Domingo bien sabía que esto era verdad, también nosotras reconocemos, desde muy adentro, lo mismo, aunque la Ley Canónica establezca otros criterios más externos para la predicación oficial en la Iglesia. Yo sugeriría, por lo tanto, ya que como mujeres estamos siendo llamadas de una nueva manera en nuestro tiempo a ser predicadoras dominicas, que no debemos titubear en hacemos la pregunta desafiante: ¿cumplimos el criterio más importante para una válida predicación llena del Espíritu en la Iglesia? ¿Nuestro estilo de vida es evangélico?

Tomando a Jesús como modelo según se presenta en los Evangelios descubrimos que un estilo de vida evangélica tiene tres dimensiones esenciales. Es una vida de simplicidad, de compasión y de disponibilidad. Reflexionemos sobre estas tres dimensiones en la medida en que se relacionan con nuestra vocación dominicana.



Características de la predicación y actitudes del predicador¹

Fr. Carlos Azpíroz, O.P.

La evangelización tiene ciertas características y exige algunas actitudes personales y comunitarias:

1. Predicación teológica

Implica una total **apertura a la verdad total**, dondequiera que se encuentre. Esto exige una profunda reflexión y disponibilidad para el **diálogo** (ecuménico, interreligioso, cultural). Nuestra predicación siempre se ha cimentado en un profundo y científico **estudio** de la teología. “Nuestro estudio debe dirigirse principal, ardiente y diligentemente a esto: que podamos ser útiles a las almas de nuestros prójimos”. Desde entonces el estudio ha estado íntimamente relacionado con la misión apostólica y la predicación de la Orden. Dedicarse al estudio es responder a una llamada a “cultivar la búsqueda humana de la verdad”. Santo Domingo ha alentado a sus frailes a ser útiles a las almas por la compasión intelectual, al compartir con ellos la *miserericordia veritatis*, la misericordia de la verdad. Las crisis del mundo actual, el escándalo de la creciente pobreza e injusticia, la confrontación de las distintas culturas, el contacto con pueblos descristianizados, todo esto es un desafío para nosotros. Nuestra práctica de la reflexión teológica debe prepararnos para penetrar profundamente en el significado de estos hechos en el misterio de la Divina Providencia. La contemplación y la reflexión teológica nos capacitan para buscar modos más aptos en la predicación actual del Evangelio. Este es el verdadero camino para que nuestra predicación sea de verdad doctrinal, y no exposición abstracta e intelectual de algún sistema.

2. Predicación compasiva

Exige una actitud de **profunda compasión** hacia la gente, especialmente hacia aquellos que se encuentran “lejos”. Sólo la compasión puede remediar nuestra ceguera y hacer posible que veamos los signos de los tiempos. La compasión nos lleva a la humildad en nuestra predicación, humildad por la cual estamos dispuestos a escuchar y a hablar, a recibir y a dar, a dejarnos influir e influenciar, a ser evangelizados y evangelizar. Esta compasión y humildad proviene únicamente de una profunda unión con Dios en Cristo. Estamos unidos con Dios cuando imitamos la compasión y el humilde servicio de Cristo. La compasión y la humildad son fuentes de las que emana el conocimiento de los signos de los tiempos, impregnado de oración y contemplación. Contemplamos así a Dios, que se nos ha revelado a través de la Sagrada Escritura y que manifiesta su voluntad en los signos de los tiempos.

3. Predicación inculturada y encarnada

Exige una profunda **sensibilidad** para con las diversas visiones de la realidad que tienen otras religiones, otras culturas, otras filosofías (encarnación e inculturación). Implica una educación para saber esperar, para aprender, para convertirse, para formar parte, asumir y ayudar a purificar y elevar lo que encontramos en esas religiones, culturas y filosofías.

4. Predicación profética

Es **proclamación** no del propio conocimiento, sino **de la Palabra de Dios** vivo y vivificante, anuncio íntegro del Evangelio revelado que contiene palabras de vida eterna. No es posible omitir el **análisis serio de los “signos de los tiempos”**, que procede de principios sobrenaturales y es iluminado por la oración. Para discernir los signos de los tiempos debemos atender diligentemente al clamor de los pobres, los oprimidos, los marginados y los torturados, y de todos aquellos que, por motivos de raza, religión y denuncia contra la injusticia, sufren persecución. Dios nos habla a través de estos clamores y también a través del silencio de los que no tienen voz y viven en apatía, soledad y desesperación.

5. Predicación en la pobreza

La pobreza no es sólo una especie de abnegación de sí mismo, sino también testimonio y medio apropiado para que nuestra predicación sea digna de crédito; **es signo de su autenticidad y sinceridad**. Vivimos en un mundo en el que aumenta la división entre ricos y pobres -tanto en naciones pobres y ricas como entre personas y grupos. Más aún, el pobre tiene hoy mejor conocimiento de las estructuras nacionales e internacionales que son causa de este estado de servilismo y pobreza. Si en un mundo como este nos presentásemos conviviendo más con los ricos que con los pobres, nuestra predicación no sería digna de crédito.

6. Predicación itinerante

Somos **hombres y mujeres en marcha**. La itinerancia es, en primer lugar, un concepto espacial que implica una disposición para ir en camino, para viajar, pero nuestra predicación pide una itinerancia social, cultural, ideológica, económica. Es un aspecto de la espiritualidad dominicana que debe informar toda nuestra vida y que se nutre de diversas experiencias bíblicas del Antiguo Testamento y del mismo Jesús, "Camino" a quien Domingo ha querido seguir como verdadero varón evangélico.

7. Predicación comunitaria

Nuestra predicación no es un esfuerzo solitario de individuos aislados. Por eso exige una **disposición para la colaboración**, para el trabajo en equipo, para apoyar el esfuerzo de los demás mediante el interés mostrado, la animación y la ayuda efectiva. Estas actitudes tienen sus raíces en los elementos esenciales de nuestra vida dominicana: la vida común, la vida de oración contemplativa, el estudio asiduo, una comunidad fraterna, la consagración por los votos. La comunión y universalidad de la Orden informan también su gobierno en el cual sobresale la participación orgánica y proporcionada de todas las partes para realizar el fin propio de la Orden. Es un gobierno comunitario a su manera y es por cierto apropiado para la promoción de la Orden y para su frecuente revisión.

8. Predicación compartida: La Familia Dominicana

La Orden nació como Familia. Frailes, monjas contemplativas, religiosas, miembros de institutos seculares y de fraternidades laicales y sacerdotales, otros grupos asociados de alguna manera a la Orden (entre ellos: Movimiento Juvenil Dominicano -IDYM-; Voluntarios Dominicanos Internacionales -DVI-) nos inspiramos en el carisma de Domingo. Ese carisma es uno e indiviso: la gracia de la predicación. Es una predicación compartida con nuestros hermanos y hermanas de la Orden que por su bautismo viven el mismo sacerdocio común y que están consagrados por la profesión religiosa y por su compromiso a una misma misión. Como mejor se manifiesta nuestra identidad global es a través de nuestra **colaboración conjunta**. Esta colaboración incluye: rezar juntos, planificar, tomar decisiones y llevar a cabo proyectos desde una complementariedad mutua que respete la igualdad. Estos proyectos incluyen campos tan diversos como los ministerios de oración, enseñanza, predicación, animación pastoral, justicia y paz, medios de comunicación social, investigaciones y publicaciones, así como la promoción de vocaciones y formación.

Conclusión

Estas características de nuestro anuncio del Evangelio no son "nuevas tareas" que se suman a otras como una suerte de "imperativo categórico" o "nueva moda" que excluye otras de ayer. Al contrario, expresan un camino de alegría y libertad, expresan la vocación de tantos hombres y mujeres que han dado y dan sus vidas haciendo suyas las palabras del Apóstol: "¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Cor 9,16).



Características fundamentales de la predicación dominicana¹

Fr. Felicísimo Martínez, O.P.

La novedad de la predicación dominicana se concreta en algunas características específicas de la misma. Los testimonios sobre la vida de la primera generación dominicana permiten descubrirlas. Estas nuevas características inauguran una nueva etapa de la evangelización cristiana, que se revela especialmente significativa en nuestros días. Dichas características han sido ampliamente analizadas por los estudiosos del proyecto dominicano original². Una referencia sumaria a las mismas nos permitirá comprender mejor la naturaleza de la predicación dominicana.

Predicación doctrinal o kerigmática

En primer lugar, la predicación dominicana es una predicación doctrinal o kerygmática. Doctrinal no significa teórica o abstracta, sino kerigmática, cristocéntrica, positiva... El kerygma es el núcleo de la predicación apostólica en la Iglesia primitiva, y el núcleo de cualquier predicación verdaderamente cristiana. La exhortación moral o la invitación a la penitencia y a la conversión vienen después, como consecuencia de la fe, e incluso a veces pueden resultar innecesarias. Cuando se invierten los términos, la vida cristiana pierde sus raíces y su dinámica; los mandamientos de la moral resultan una carga insoportable; la penitencia y la conversión se reducen a simple tarea ascética y voluntarista. Una predicación cristiana que pretenda arrancar desde la moral acarrea su propio fracaso, al intentar construir la vida cristiana sobre la arena del voluntarismo, de la amenaza o del miedo. La vida cristiana no tiene otro fundamento más que la experiencia de fe en Cristo Jesús. Se construye sobre el anuncio de la Buena Nueva de la salvación y sobre la experiencia de fe en Cristo.

La predicación dominicana no está basada en la amenaza apocalíptica o en la mera exhortación moral. Es más que una parénesis e incluso más que una catequesis. Es el anuncio directo del Kerygma y la explicitación del mismo. Es una predicación positiva en cuyo centro está el anuncio de la bondad de Dios que se ha manifestado en Cristo. La primera generación dominicana es especialmente sensible a este tema de la bondad divina. El anuncio de Cristo Salvador está en el centro de la predicación y de la espiritualidad dominicanas. Este carácter kerigmático y doctrinal hace que la predicación dominicana esté íntimamente asociada a la oración, a la experiencia contemplativa y al estudio constante de la verdad sagrada.

Objeto preferido de la meditación y del estudio dominicano es la Sagrada Escritura, la Palabra de Dios que revela el proyecto salvífico de Dios sobre la historia humana. Las primeras comunidades dominicanas son lugares de oración contemplativa, de estudio asiduo, de reflexión teológica. Y así se convierten en lugares de una predicación doctrinal, kerygmática, cristocéntrica, positiva.

Predicación carismática

En segundo lugar, la predicación dominicana es una predicación carismática. No está ligada a ninguna investidura jerárquica y mucho menos a cualquier medio de poder político o coerción. Lo único que la respalda es el Espíritu, la eficacia o el poder de la Palabra de Dios y la vida evangélica del predicador o de la comunidad evangelizadora. El predicador es un carismático, un maestro espiritual, no una autoridad jerárquica. Está libre del gobierno y de la administración para dedicarse exclusivamente al ministerio de la Palabra.

La legislación dominicana primitiva habla de la *gratia praedicationis* como un don conferido por Dios (Lib. de las Cost. II,3). Aparte de la humildad, la razón más profunda que motivó las reiteradas renunciadas de Domingo al episcopado fue ésta: su propósito de separar el ministerio de la predicación de cualquier otra actividad de gobierno o administración, tanto material como espiritual, propia de los obispos³. Domingo quiere la libertad necesaria para ser simplemente predicador, sin verse envuelto en la enojosa tarea de corregir a los clérigos, de entrar en anuncios judiciales, de administrar bienes materiales.

Antes de la fundación de la nueva Orden de Predicadores el predicador de oficio era el obispo o, con delegación, los prelados y los párrocos, es decir: una persona investida de autoridad y de poder coercitivo,

espiritual y hasta temporal. La innovación de Domingo es grande. La verdad evangélica debe ser predicada por un hombre evangélico y con medios evangélicos. La autoridad le viene al predicador simplemente de la misión de la Iglesia, de su ciencia y de su experiencia del Evangelio, de la práctica de la vida apostólica y del fiel seguimiento de Cristo⁴. La predicación es una gracia, un carisma, una vocación sobrenatural, un ministerio dado y respaldado por el Espíritu⁵.

Predicación profética

En tercer lugar, la predicación dominicana es una predicación profética. No mira sólo al pasado como un mero recordatorio de lo que sucedió en otro tiempo. Tampoco los frailes predicadores son visionarios del futuro, versión ésta demasiado superficial del profetismo y demasiado en boga en la época medieval. Su mira está puesta sobre todo en el presente desde la profundidad de la contemplación y a la luz de la Palabra de Dios actualizada. Actualizar la palabra de Dios: ésta es la misión fundamental del profeta.

La predicación profética nace desde las entrañas del presente, desde las circunstancias históricas del presente, para iluminarlo desde la fe. Toma en cuenta las circunstancias históricas, las condiciones existenciales de los oyentes, los signos de los tiempos, para anunciar el plan salvífico de Dios y sus implicaciones concretas. La atenta consideración de la historia humana es necesaria para discernir y anunciar la salvación. La predicación profética discierne, desde la perspectiva salvífica, lo que está muerto o a punto de morir, y lo que está naciendo o ha nacido ya. Domingo y los primeros dominicos saben que un mundo feudal está muriendo y un nuevo mundo comunal está emergiendo. Su proyecto fundacional y su predicación se decantan de parte de la sociedad emergente. Tienen una profunda significación profética. El profeta está abierto al futuro y es generador de esperanza. En el centro de su predicación están la fidelidad a Dios y la fidelidad a los hombres.

Al anuncio profético acompaña la denuncia de aquellas situaciones y actuaciones en las que se revela aún la ausencia de la salvación. Pero no es una denuncia catastrófica o apocalíptica que niega todo futuro de la historia humana. Es una denuncia que cree en el poder de Dios para transformar la historia. Así genera esperanza y conversión, a la vez que abre caminos al Evangelio. Es una denuncia que no oculta la realidad del pecado ni el poder de la gracia. Es una denuncia que procura la reconciliación y la comunión.

La legislación dominicana primitiva pide a los predicadores que, en su predicación, “no pongan el grito en el cielo”, es decir: que no la emprendan contra la Iglesia y sus instituciones, contra la jerarquía y los representantes de la comunidad, como hacían los herejes. Es preciso armonizar la denuncia profética y la comunión, aunque resulte a veces tarea difícil y delicada. La misma fuerza de la Palabra denunciará todo lo que haya de pecado en la Iglesia y sus instituciones. La mejor denuncia es un buen anuncio. El propósito de Domingo no era renovar la Iglesia mediante la reforma disciplinar del clero. Él quiere la renovación de la Iglesia mediante una predicación profética, mediante un anuncio directo de la Palabra de Dios. Esta Palabra se encargará de renovar al mismo clero.

Predicación itinerante y multiforme

En cuarto lugar, la predicación dominicana es una predicación itinerante y multiforme. Es una predicación itinerante, con la libertad y movilidad propias de quien profesa la pobreza evangélica radical, y puede hacerse presente fácilmente allí donde lo requiere el ministerio de la predicación. La itinerancia es más que una estrategia apostólica; es toda una espiritualidad del predicador. La pobreza que la sustenta no sólo proporciona la movilidad necesaria para predicar en todas partes y a cualquier sector de la sociedad; proporciona, sobre todo, la libertad necesaria para decir la verdad, para proclamar el Evangelio desnudo. El mayor enemigo de una predicación profética es la esclavitud del predicador; las ataduras a intereses personales ajenos al Evangelio. La itinerancia permitió a la primera generación dominicana mantenerse y progresar en la misión y en la predicación de fronteras.

La predicación dominicana es, al mismo tiempo, una predicación multiforme: en sermones solemnes o coloquio comunitarios, en disputas públicas con los herejes o en el anuncio primero a los paganos, en concentraciones masivas o en encuentros personales... La palabra escrita es también canal fecundo de predicación, aunque le falte la fuerza y la vitalidad del anuncio oral. La Orden destacó pronto en el ministerio de la enseñanza y de la escritura. La misma celebración de la liturgia fue también para la primera generación dominicana un anuncio vivo de la Palabra de Dios, un lugar de predicación. Domingo apeló a Roma para defender el derecho de sus frailes a tener templos abiertos al culto público, ante la oposición de los canónigos

de París, Bolonia...

La predicación dominicana es, sobre todo, una predicación mediante el testimonio de una vida evangélica y apostólica propia de la comunidad dominicana y del fraile predicador. Este testimonio es la forma más fecunda y eficaz de anunciar la Palabra de Dios. Por eso, acertadamente, las primeras comunidades dominicanas fueron llamadas *casas de predicación*, aún las comunidades femeninas de clausura. La misma comunidad es el primer predicador mediante el testimonio de la vida fraterna.

Predicación de fronteras

Finalmente, la predicación dominicana es una *predicación de fronteras*. Aunque todo tipo de personas son destinatarios de la predicación dominicana, ésta es concebida inicialmente por Domingo como una predicación de fronteras. El ideal misionero que Domingo nunca pudo realizar personalmente entre los "cumanos", prendió pronto en la primera generación dominicana. Los primeros predicadores tuvieron su mira puesta en aquellos sectores de la humanidad a los que aún no había sido anunciado el Evangelio y en los que aún no estaba establecida la Iglesia. Urgido por las demandas del Papa, Domingo ejerce el ministerio de la predicación particularmente entre los herejes. Urgidos por el carácter fronterizo de la misión dominicana, los primeros frailes predicadores se proyectan pronto hacia la evangelización de los no cristianos.

Como predicación de fronteras, se sitúa en el corazón de la nueva sociedad y de la nueva cultura que emergen: la sociedad urbana y la cultural comunal. No se trata, pues, de fronteras meramente geográficas, pues éstas apenas sirven para definir los límites entre la fe y la incredulidad, entre la Iglesia y el paganismo.

Se trata de fronteras teológicas y culturales. La línea divisoria entre la fe y la incredulidad pasa a través de los mismos fieles, de la misma comunidad cristiana, de la misma cultura cristiana. El concepto de misión no es un mero concepto geográfico; es, sobre todo, un concepto teológico. Domingo tiene muy en cuenta este concepto teológico de la misión.

La predicación dominicana primitiva se coloca en la frontera de la nueva cultura. Esta cultura emergente es la cultura urbana -"el aire de la ciudad hace libres", decía el adagio del siglo XIII; es la cultura de las universidades nacies, la cultura asociacional de los nuevos gremios y asociaciones que se distancian de los viejos modelos feudales y buscan nuevos modelos de democracia y participación. Por eso, Domingo no coloca las comunidades dominicanas en lugares recoletos y aislados, sino en los principales centros urbanos, en los principales centros universitarios, allí donde se gesta la nueva cultura. Ésta es una exigencia de toda predicación profética: estar atenta a los signos de los tiempos, a las nuevas circunstancias históricas, a las nuevas fronteras de la humanidad. La primitiva predicación dominicana destaca precisamente por esta capacidad de insertarse en medio de la sociedad y de la cultura nacies. No sólo es un nuevo modelo de predicación; es una predicación para un nuevo modelo de sociedad.

1.- Felicísimo Martínez, *El Ministerio de la Predicación y la Orden de Predicadores*, Revista STUDIUM, vol. XXXII, nº 2, 1992, p.283-321

2.- H. de Romanis, *Liber de eruditione praedicatorum*, en: H. de Romanis, *Opera de Vita Regulari*, Roma, 1889, t. II, 373-484; M. H. Vicaire, *Historia de Santo Domingo*, 351s.; id, *Saint Dominique et ses Prêcheurs*, 102s.; G. Bedouelle, *La fuerza de la palabra. Domingo de Guzmán*, San Esteban, Salamanca, 1987,139s.; S. Tugwell, *Early Dominicans. Selected Writings*, Paulist Press, New York, 1982,181s.; Id-, *The Way of the Preacher*, London, 1979; F. Martínez Díez, *Domingo de Guzmán, Evangelio viviente*, CIDAL, Bogotá, 1987, vol. II, 74-85

3.- M.H. Vicaire, *Historia de Santo Domingo*, 249s.

4.- S. Tugwell, *Early Dominicans...*, 17

5.- H. De Romanis, o.c., t. II, 394; G. Bedouelle, o.c., 139s.



La espiritualidad del sembrador de la Palabra¹

Fr. Brian J. Pierce, O.P.

Ser predicador no es solamente preparar predicaciones. Es también una invitación a una manera de vivir nuestra vida cristiana, un camino de espiritualidad.

Aquí trataremos de dar algunas ideas de cómo un predicador puede estructurar su vida espiritual alrededor de la Palabra de Dios.

¿Cómo hacer de nuestras vidas un encuentro continuo con el Verbo-hecho-carne? ¿Cómo hacer para que el proceso de preparación de una homilía sea, también, un camino hacia Dios?

Si predicar fuera simplemente un trabajo o una obligación más que cumplir, como fregar el suelo o trabajar en una fábrica, estaríamos mal. Sin la mística la fe se hace oficio y pierde su sabor. Se trata de encontrar la mística espiritual de la predicación, para que la gracia de Dios llegue, no solamente a aquellos a quienes debemos predicar, sino también a nosotros mismos, los predicadores.

Los 12 pasos del predicador

- 1) El predicador y la comunidad están siempre en un proceso de preparación espiritual. No podemos entender “preparación” solamente como el trabajo que se hace para crear una predicación. Hay que “trabajar la tierra” continuamente, para que la semilla de la Palabra caiga en tierra fértil. Esto significa vivir una vida comunitaria, servir a los demás, promover la reconciliación y celebrar la fe a través de la oración personal y litúrgica.
- 2) Escuchar y meditar la Palabra de Dios todos los días, especialmente cuando estamos preparando una prédica. Es bueno, a veces, leer la Palabra en voz alta para escucharla como “algo nuevo”. Queremos que la semilla de la Palabra llegue a bendecir la tierra de nuestras vidas.
- 3) Nosotros sembramos la semilla, pero Dios es el que la fecunda con el rocío del Espíritu. Las lluvias nos recuerdan que la germinación de la Palabra en nosotros es obra de Dios. Tenemos que abandonarnos a los movimientos y al tiempo de Dios, aprendiendo a abrirnos a lo nuevo, lo inesperado, lo que viene de la gratuidad del Creador.
- 4) Ser predicador es saber vivir a diario con la Palabra. Ella se hace compañera, amiga nuestra de todos los días. Como cualquier amistad o relación, nuestro “amor por la Palabra” tomará su tiempo. Tenemos que saber esperar, como cuando uno espera que el maíz crezca y llegue a su punto. Hay que aprender a confiar en la Biblia, hacerle preguntas cuando no entendemos algo, reírnos con ella y llorar con ella. Podríamos llevar un pequeño Nuevo Testamento o una copia del Evangelio del domingo, con nosotros, todos los días para que juntos crezcamos.
- 5) La maduración de la siembra simboliza cómo la Palabra de Dios se va haciendo más madura, más profunda en nosotros. Esto ocurre cuando tomamos en serio el estudio de la Biblia, cuando dedicamos tiempo a formarnos en sus riquezas. Hablar con otras personas sobre la Biblia, apuntar en un cuaderno ideas que van surgiendo de nuestro estudio bíblico, leer folletos y libros sobre los Evangelios y otros libros bíblicos, asistir a cursos de formación y retiros espirituales son maneras de profundizar nuestro entendimiento de la Palabra de Dios.
- 6) Nuestro “vivir con la Palabra” tiene que llevarnos a algo concreto. Igual que en la preparación de una predicación, tenemos que llegar a un tema central, así con la vida espiritual también. Es importante aterrizar, concretar nuestra espiritualidad. ¿Qué vida voy a vivir? ¿Cómo la voy a vivir? Hay personas que pasan toda la vida buscando y nunca encuentran algo concreto a qué comprometerse. Son como los predicadores que hablan mucho sin decir nada. Este es el paso de recoger el maíz, recoger lo esencial y dejar lo demás. ¿Qué es lo esencial para esta homilía? ¿Y para mi vida?
- 7) Después de concretar el tema central en el proceso de preparación de una predicación, es bueno hacer una lluvia de posibles ideas, de cosas que podrían formar parte del cuerpo de la prédica. ¿Qué ejemplos nos vienen a la mente? Alguna historia o experiencia personal que ayudaría a alumbrar el

tema central. Así es lo que ocurre con la vida espiritual. ¿Qué necesitamos para vivir nuestro compromiso cristiano? ¿Quién nos puede ayudar a vivirlo bien y con alegría?

- 8) Cuando preparamos una predicación, tenemos que “cocinar” todas las ideas e ir aclarando exactamente lo que queremos decir. Este paso es difícil, porque nos cuesta pasar por el fuego de la purificación. Pero una predicación complicada y llena de ideas innecesarias no prepara el camino del Señor. Lo mismo ocurre con nosotros. El fuego de la purificación no nos gusta, pero es necesario. La oración, el ayuno, el entregarnos a los más necesitados: todo esto nos purifica y crea un espacio en el corazón para que la Palabra de Dios entre y nos transforme.
- 9) La vida es como la masa para hacer pan. Hay que amasarla, trabajarla, para que se haga más suave a través de la práctica. Si uno quiere ser guitarrista pero nunca agarra la guitarra, nunca se arriesga a aprender; pues Dios no le puede ayudar. Lo mismo pasa con un predicador. La vida se vive viviéndola. ¿Queremos ser buenos cristianos, buenos predicadores? ¡Tenemos que arriesgarnos! Tenemos que practicar la vida, descubrir la vida, gozar la vida, y cuando ya lo hayamos hecho todo, sólo faltará una cosa: dar la vida.
- 10) Llega el momento cuando uno tiene que tomar la masa con las manos y hacer el pan. Ya termina todo lo que es la preparación. Una prédica que nunca pasa de la mente a las manos, es decir, a la vida práctica, solo queda en ideas bonitas. Así ocurre con nuestras vidas como discípulos de Jesús. Hay que meter las manos en la masa de la vida y descubrir a Dios en la acción.
- 11) Para hornear el pan hay que dejar por un momento de tener el control sobre esta masa. Ahora el fuego hace su trabajo. Hay momentos en nuestras vidas en que tenemos que dejar de controlar y permitir que el Espíritu Santo nos guíe. El predicador que no sabe entregar su predicación y su vida al Espíritu no logra dar de comer al pueblo. El Espíritu convierte la masa de nuestras palabras en el pan de la Palabra de Dios.
- 12) Después de todo este proceso es importante predicar la homilía con gozo, compartir el PAN DE DIOS con el pueblo. Todos nuestros esfuerzos por crecer espiritualmente, por preparar bien la predicación culminan en este momento. Dar de comer a los demás, aún cuando somos pobres, es una experiencia eucarística. “Tomad y comed”. Ver al pueblo que está gozando de nuestro pan sencillo, de nuestra predicación sencilla, nos da esperanza para seguir dando. Predicar es dar gracias a Dios por su Palabra y por el pan de vida.



Llevar la Sabiduría - La vocación del predicador¹

Mary Catherine Hilkert, O.P.

En un sentido amplio, podríamos emplear el término predicador para referirnos a todos aquellos que perciben su vocación como el “anuncio del Evangelio”, la misión que Jesús reclamó cuando se puso de pie en la sinagoga, abrió el rollo de las Escrituras y proclamó:

*“El Espíritu del Señor está sobre Mí,
Porque Él [Dios] me ungió.
Me... envió a dar la Buena Nueva a los pobres,
a anunciar a los cautivos la liberación,
y la recuperación de la vista a los ciegos,
a poner en libertad a los oprimidos,
a publicar el año de gracia del Señor.” (Lc. 4,18-19)*

.....

Sin embargo, esa muy amplia comprensión del ministerio de la predicación de Jesús suscita nuevas preguntas. ¿A quién se ha encomendado el ministerio de Jesús? ¿Quién ha sido llamado a ser testigo del Evangelio? ¿Dónde ha de oírse la Palabra de Dios en nuestro medio? La vocación de todos los cristianos bautizados incluye la responsabilidad de anunciar el Evangelio, hablando explícitamente de nuestra fe, aunque sea en un comedor para pobres, o junto al lecho de un moribundo, o luego de una reunión de directorio donde alguien ha adoptado una postura profética, en un aula o en una sesión de consejo, mientras se visita a los enfermos y a los que han regresado a casa; alrededor de la mesa familiar o en una reunión para compartir la fe en una congregación local; aunque no sea desde un púlpito, si bien también podría hacerse alguna vez desde allí. Son todas formas relacionadas entre sí para anunciar la buena noticia, para anunciar la salvación. Muchas veces una de estas cosas lleva a la otra. Quizá hemos sido demasiado intolerantes en la comprensión del significado de la predicación y de la forma como debemos predicar, cuando cada cristiano y cada comunidad cristiana son convocados para compartir el Evangelio con los demás.

La vocación de predicador está relacionada con el llamado a la misión que siempre incluye el llamado a un conocimiento más profundo de la propia identidad, que descansa en Dios. No se trata de la experiencia de una sola vez, aunque puede haber momentos significativos en nuestra historia que podamos señalar como cruciales en el discernimiento de nuestra vocación. Igual que los profetas, los predicadores han sido formados para hablar de un único aspecto del Evangelio a través de sus propias experiencias de conversión. Oseas tenía que tener la experiencia vital del amor ilimitado ante la traición para prepararse a predicar auténticamente la ilimitada alianza de amor y fidelidad de Dios. El mensaje de Dios al pueblo de Israel le fue revelado en el caos completo de su vida. María Magdalena debió aprender por experiencia que se debe mantener la esperanza y el coraje en medio de la aflicción, antes de poder proclamar la Resurrección a los que todavía estaban envueltos en la experiencia de la tragedia, de la muerte y de la pérdida, producidos por la crucifixión.

.....

La espiritualidad o la vocación del predicador se describe frecuentemente en términos de teología bíblica de la Palabra, el *dabar* creativo de Dios. Se alienta a los predicadores para que reflexionen sobre la Palabra que ha estado con Dios desde el principio de la creación, la Palabra de Dios que tenía el poder capaz de poner orden y belleza allí donde había estado el caos, y de separar la luz de las tinieblas. Así reflexiona el salmista:

*“Por la palabra del Señor se consolidaron los cielos;
Y por el espíritu de su boca toda belleza.
Porque Él habló y todo quedó hecho,
Lo mandó [Dios] y fue todo creado”. (Sal 33,6-9)*

El Deuteronomio exhorta a los que van a abrazar la vida de predicadores para que busquen la Palabra de Dios en lo profundo de sus corazones y de su experiencia. El Deuteronomio asegura que la Palabra de Dios no es misteriosa ni lejana, no se encuentra en lo alto del cielo ni a través del mar: "Sino que la palabra está muy cerca de ti. En tu boca está y en tu corazón, para que la cumplas". (Dt 30,14).

El Libro del Profeta Isaías urge a los predicadores para que confíen en la fidelidad y en el poder eficaz de la Palabra de Dios:

*"Yal modo que la lluvia y la nieve
descienden del cielo,
y no vuelven allá,
sino que empapan la tierra
y la penetran y la fecundan
a fin de que dé simiente que sembrar,
y pan que comer;
así será mi palabra
salida de mi boca;
no volverá a mí vacía,
sino que obrará todo aquello que Yo quiero,
y ejecutará felizmente aquellas cosas a que Yo la envíe."* (Is 55,10-11)

Se recuerda a los predicadores que la Palabra de Dios es una espada de doble filo "y penetra hasta dividir alma de espíritu, coyunturas de tuétanos, y discierne entre los afectos del corazón y los pensamientos." (Heb. 4,12)

Esta profunda teología bíblica de la Palabra nos hace entender a Jesús, la Palabra de Dios que estaba en Dios y que era Dios, y que *acampó entre nosotros*. Jesús, la Palabra hecha carne, fue predicada por Lucas con tal autoridad que la "multitud se agolpaba sobre Él para oír la palabra de Dios" (Lc 5,1). De modo parecido, los Hechos de los Apóstoles describen el crecimiento de la Iglesia y el éxito de la primitiva actividad misionera con declaraciones breves como *la Palabra de Dios se expandió en esa región* o *la Palabra de Dios creció*. La teología de la Palabra de Dios llega ciertamente al centro de la espiritualidad de cualquier predicador.

.....

Lo que Walter Brueggemann ha llamado "imaginación profética" tiene profundas afinidades no sólo con los profetas, sino también con la descripción de la Sabiduría hecha por las Escrituras judaicas. La *Sofía* se aferra a la verdad, decide con justicia y ordena correctamente. Estas frases aparecen una y otra vez en la descripción del papel de la Sabiduría en las Escrituras judaicas, especialmente en el Libro de los Proverbios: "Abre su mano para socorrer al mendigo y extiende sus brazos para amparar al necesitado". (Prov. 31,20). Johnson describe su apariencia de la siguiente manera:

Sofía aparece en el Libro de los Proverbios (1,20-33) de forma pública y ruidosa. Es una predicadora pública, una profetisa que clama en voz alta en el mercado y a las puertas de la ciudad un mensaje de reproche, castigo y promesa. Con su propia autoridad, proclama que cualquiera que rehuse escuchar será golpeado por la calamidad y destrozado, mientras que aquel que sí escucha vivirá seguro sin temor al mal.

De manera parecida, Jesús, que es la Sabiduría Encarnada, anuncia el Reino de Dios con lo que Schillebeeckx ha llamado su "estilo de vida liberador", tanto en palabras como en beatitudes. Su ministerio sanador, su cercanía con los marginados, su preocupación constante por "los pequeños", son todas maneras de introducirlos en el Reino de Dios. Jesús, el Profeta de la Sabiduría, ha sido enviado para proclamar el amor de Dios que todo lo abarca y que desea que todos sus hijos tengan vida plena. Especialmente a aquellos que "están cansados y llevan cargas pesadas", les ofrece descanso y paz (Mt 11,28-30). Esto se nos vuelve a recordar, lo mismo que existe una conexión estrecha entre la pasión por la justicia y la predicación. En 1971, el Sínodo de Obispos Católicos declaró en su apartado sobre la justicia en el mundo, "la acción en beneficio de la justicia es una parte constitutiva de la predicación del Evangelio".

No podemos omitir la predicación de Jesús sobre el Reino de Dios, un nuevo orden mundial gobernado por el Evangelio, sin tomar en serio, sin embargo, que su predicación en palabras y hechos conduciría a su ejecución. Desde el martirio de Esteban hasta el asesinato del Arzobispo Romero, y hasta los incontables otros creyentes anónimos en América Central y en todo el mundo, eso ha resultado cierto para sus seguidores. Llevar la sabiduría de la justicia de Dios querrá decir también llevar la cruz. Por eso, en último término, Pablo

nos recuerda que no es la justicia del mundo la que predicamos, sino a Cristo crucificado que para los otros es obstáculo y locura, pero para aquellos que creen es “el poder de Dios y la sabiduría de Dios”. (1 Cor 1,24).

.....

La tarea del predicador es ver y expresar las conexiones entre la historia de la comunidad y la del Evangelio tan bien como para permitir que la comunidad cuente sus propias historias de fe. Si se descubre la sabiduría en la vida cotidiana y en las relaciones, se nos llama a preguntarnos si podríamos formar una comunidad de predicadores, no un misticismo sacado de la política o las luchas diarias, sino la búsqueda contemplativa de Dios en todas las cosas. En la oración y el estudio contemplativos debemos “buscar la Sabiduría” antes de poder hablar de sabiduría.

Mientras que la espiritualidad cristiana ha hecho a menudo hincapié en la unicidad de la relación de Jesús con Dios y que Jesús fue a un lugar solitario a orar, hay otro aspecto de la representación evangélica de la relación de Jesús con su “*abba*”. Las descripciones de Jesús en oración no pueden ser sacadas de contexto en este ministerio muy activo, sus decisiones difíciles, sus múltiples relaciones. Los predicadores del Evangelio están claramente llamados a “lugares solitarios” de oración y contemplación de las Escrituras, pero fuera de momentos de comunicación profunda o “noches oscuras”, esas experiencias de intimidad con Dios nunca pueden ser separadas del resto de la vida de los predicadores.

.....

En un artículo titulado “Dando Origen a la Homilía Dominical”, Joan Delaplane, antigua presidente de la Academia Americana de Homilías, ha comparado la preparación y entrega del sermón con el proceso de dar a luz. Quisiera sugerir una metáfora relacionada con estas reflexiones sobre la vocación del predicador: el predicador como una comadrona. Aquí el énfasis se vuelve hacia la comunidad como lugar de sabiduría y al predicador como el que juega un papel específico al alentar el proceso, que está presente durante los dolores, compartiendo la alegría del descubrimiento de una nueva vida, y maravillándose del milagro de la vida que nace del sufrimiento. Otra imagen que viene a la mente es la de la película danesa ganadora de un premio, *El Festín de Babette*. Babette, una famosa chef, llega a Dinamarca en medio de una tormenta violenta como refugiada política sin hogar. Dos hermanas calvinistas que intentan mantener una comunidad religiosa estricta y a punto de desintegrarse, comenzada por su padre, la contratan como cocinera. La película alcanza su clímax cuando Babette gana la lotería francesa y gasta toda su fortuna en preparar una fiesta lujosa para toda la comunidad austera. Entre las conversiones y reconciliaciones graduales que ocasiona la comida, se la ve a Babette en la cocina con los sirvientes, ni siquiera se sienta a la mesa, aunque inicia y crea la fiesta, encantada con sus efectos sobre la comunidad.

No puede decirse que la imagen de Babette esté tan lejos de la simple imagen más rica de *Sofía* en las Escrituras judaicas y de Jesús, *Sofía Encarnada*, en las Escrituras cristianas, representada como reuniendo a amigos y enemigos, los cansados y los marginados, hermanos y hermanas, extranjeros y aquellos que conocemos bien, en una familia única, y en último término, en la amistad de Dios:

“La Sabiduría se ha edificado una casa;
ha preparado la mesa,
ha traído el vino;
y llama a sus hijos:
*Venid y comed de mi pan
y bebed de mi vino.
Venid a la mesa que he preparado para vosotros*”.



El nuevo paisaje religioso en el nuevo milenio¹

Jean Vernet

A partir de un interesante análisis de la realidad religiosa de Europa en los albores del siglo XXI, Jean Vernet apunta una serie de prioridades en la respuesta que los predicadores y predicadoras hemos de dar ante esta realidad, según la mejor tradición de la Orden.

Interpelación a la Iglesia para una evangelización

Discernimos entonces hoy, en medio de los grandes desafíos mundiales concerniendo al hombre y a su futuro, una espera religiosa, espiritual -¿y también mística?- que forma parte de la realidad social y de la vida de la Iglesia. Esta espera es bastante novedosa si se tienen en cuenta las previsiones comunmente hechas y recibidas hace algunos años. Es una situación nueva, pues el hombre que se aguardaba para el fin del siglo debía ser un hombre increyente y secularizado, mientras que en realidad ha surgido otro, que casi no se esperaba: un hombre religioso pero no cristiano. Y es a este hombre a quien, a causa de nuestra misión, tenemos que anunciar el Evangelio. Y en su propia lengua. Porque si el Espíritu Santo nos habla a veces a través de la increencia (Pablo VI), Él también nos habla indudablemente a través de estas búsquedas, aunque estén marcadas por el paganismo o la gnosis, formando una especie de "nueva religiosidad". Podemos descubrir a veces en estos nuevos Areópagos (Juan Pablo II) algo así como "*pierres d'attente*": piedras salientes de un edificio que está a la espera de ser completado, piedras a la espera del Evangelio, semillas del Verbo. Pero sólo podremos hacerlo si escuchamos a sus miembros, de cara a un discernimiento. Y a veces de cara a un "exorcismo".

Se trataría entonces de realizar una tarea pastoral urgente:

Tener en cuenta este fenómeno "espiritual";
evangelizarlo en lo que pudiese tener de evangelizable; y
responder, desde el interior de la Iglesia, a las esperas que se expresan.

A partir de lo observado podemos proponer unas orientaciones que parecen necesarias:

Promover una religión basada sobre una experiencia personal, que hable tanto al corazón como a la inteligencia. Volver a encontrar el sentido de una experiencia espiritual personal. Hay que ayudar a los hombres a darse cuenta de que son únicos, decía un Informe de Roma sobre las sectas como desafío pastoral (1986).

Los hombres son amados por un Dios personal, con una historia que les es única y que va desde el nacimiento a la resurrección pasando por la muerte. La vieja verdad debe llegar a ser continuamente para ellos una verdad nueva. Y para volver a dar ese gusto de novedad al viejo cristianismo tendremos que estar atentos a la dimensión de la experiencia, es decir, del descubrimiento personal de Cristo: ¡muchos cristianos viven como si nunca hubiesen nacido! Las experiencias de los catecúmenos y de aquellos que vuelven a la fe de su bautismo (los "recomenzantes") nos abren un camino. Y también la experiencia de las personas que se encuentran beneficiadas por un acompañamiento espiritual en múltiples lugares.

Una religión que hable al corazón

Las nuevas formas de experiencia religiosa nos sugieren nuevos caminos para promover una iniciación cristiana que llegue al corazón. Pues el corazón es el lugar preferencial de la conversión. Ahora bien, la experiencia religiosa tal como es vivida por nuestros contemporáneos conoce ciertos desplazamientos significativos que hay que tener en cuenta para responder desde el interior del cristianismo a esta nueva sensibilidad:

- De la religión a la sabiduría

Muchos están en búsqueda mas bien de una paz interior, de espiritualidad y de mística, que de dogmas y de instituciones religiosas. Habrá entonces que poner el acento sobre un cristianismo como sabiduría:

sabiduría del cuerpo, paz del corazón, armonía con la creación. Un cristianismo como camino, que avale todas las gnosias iniciáticas y orientales, volviendo a nuestro seguro patrimonio espiritual, especialmente a las escuelas de espiritualidad que han enriquecido nuestra tradición cristiana.

- De la adhesión a la búsqueda, en una especie de nomadismo espiritual

No podemos avalar una búsqueda errática. Ni podemos presentar al cristianismo como un sistema rígido y cerrado donde todo estaría controlado desde un principio. Pues Dios, en vez de ser un enunciado encerrado dentro de una definición, es Alguien que viene a nuestro encuentro a la hora señalada, Alguien que buscamos, Alguien que se revela. Y la iniciación cristiana es un "ponerse en camino" bajo la moción de la gracia.

- De lo nocional a lo espiritual

Muchos quieren tener una experiencia de Dios en directo, siendo empujados como por una especie de apetito salvaje hacia grupos donde se canta, se baila, se ama, donde estando juntos "uno se siente bien". De hecho, en el cristianismo se está empezando a redescubrir el sentido del cuerpo en la oración, el sentido de la fiesta en la liturgia, del calor humano en la celebración. Sin caer en el emotivismo deberíamos a veces interrogarnos sobre el clima gélido y pesado y sobre el lenguaje cerebral de algunas de nuestras liturgias.

- Del dogma a la experiencia personal

Esto explica el éxito de las religiones de India, donde la religión es asunto de experiencia y no de doctrina. Entre las jóvenes generaciones la palabra que se recibe es aquella de quien habla en nombre de su experiencia personal de creyente o de orante. Se rechaza la palabra charlatana y se reclama aquella que es fruto de un camino hecho o de una búsqueda personal. Lo que se pide son "despertadores", gurús cristianos.

- De la petición de salvación a la petición de curación

Muchos esperan hoy de la espiritualidad (que se ocupa más bien de la salvación del alma) que ésta ofrezca también la salud del cuerpo y del espíritu. E inversamente, el valor de una religión se juzga sobre su capacidad de ayudar a alguien a sentirse bien, bien en su cabeza, en su cuerpo, en su sexualidad. Estamos ante una invitación clara hecha al cristianismo para redescubrir la antropología bíblica tradicional, ternaria, así como el lugar de los carismas y del trabajo de curación que debe llevarse a cabo en todo itinerario espiritual.

- Una experiencia personal en el seno de una comunidad

Crear comunidades diversificadas, fraternales, misioneras, abiertas a los que se sientan excluidos a causa de su estatuto o de su cultura. Vasto programa... Y también se trataría de incentivar la participación del cristiano a la animación y dirección de comunidades



La predicación como diálogo cultural

Fr. Javier Carballo, O.P.

Los últimos capítulos generales de la Orden subrayan que el diálogo es la principal actitud vital y espiritual del predicador del siglo XXI, es decir, es la forma de predicación de este tiempo. Así, el Capítulo de Bogotá (2007) afirma: “El predicador es en primer lugar el hombre del encuentro y del diálogo” (nº 47).

Predicar y dialogar no son disyuntivas, como si el diálogo fuera una alternativa a la predicación. Porque la predicación en diálogo es continuación de aquellas conversaciones que Jesús tenía con sus discípulos y con quienes se encontraba. Dios nos ha modelado para el diálogo: para el diálogo con Él, presencia cercana y misteriosa, elusiva y próxima, y para el diálogo que construye fraternidad. Hablar de Jesús es necesariamente una actividad dialógica, porque él fue un hombre de conversación. Jesús ofrece su mensaje abriendo un espacio al diálogo. En el Evangelio de Juan, por ejemplo, desde el inicio en la discusión de Juan Bautista con los sacerdotes y levitas, hasta el intercambio final en la playa de Jesús con Pedro, asistimos a conversaciones hondas, continuas, explicativas y largas. Recordemos que el término “homilía” viene de un vocablo griego que significa conversar. Timothy Radcliffe insiste: “la predicación está al servicio de la conversación, eso es la Iglesia... El diálogo es la nueva manera de hacer la Iglesia. El diálogo no es una alternativa a la predicación; es la predicación” (IDI 472, Mayo 2009, p. 127).

Uno de los principales **retos** del Cristianismo es cómo presentar a Jesús y el mensaje del Evangelio en la cultura/s contemporánea/s, con lo que tiene de una cultura fuertemente pluralista. A esta cultura nuestra nos solemos referir como una cultura secularizada, postsecularizada, postcristiana, multicultural e intercultural, en busca de identidad, con una presencia activa de la mujer, de la racionalidad científica y técnica... Son algunos de los rasgos de la cultura occidental. No olvidemos que, desde hace ya tiempo, se ha abandonado el concepto elitista de cultura para asumir un concepto antropológico: el modo de vivir, relacionarse y significar de un determinado grupo.

A la base de la preocupación por hallar estrategias culturales de evangelización o predicación está la convicción de que **la distancia entre la fe cristiana y la forma de vida de nuestra sociedad tiene mucho de “cultural”**. Pero atendemos muy poco a ello. No estudiamos los códigos de significación por los que se guía nuestra interacción en la vida diaria. Ni vemos la necesidad de dar forma a nuevos estilos bien inculturados de testimoniar y hacer presente el Evangelio. La **descristianización** en Europa tiene mucho de distancia cultural, no menos que en Asia o África.

La evangelización de la cultura no es una mera adaptación a las formas o gustos culturales de una época. El Evangelio desafía a todas las culturas. Procede de una cultura, pero por el Espíritu, que es principio de trascendencia, las cuestiona a todas. Tampoco es una expresión lograda del todo hablar de un “diálogo fe-cultura”, porque la fe está impregnada de elementos culturales y porque hablamos como creyentes formando parte de una cultura determinada. Dialogar con la cultura no es colocarse fuera de la cultura. Sería como pretender analizar el cerebro propio... utilizando -¡qué otro modo habría!- el propio cerebro.

La **evangelización de la cultura** pretende analizar lo cultural para mejor presentar el Evangelio, en correlación con la experiencia cultural contemporánea. Al mismo tiempo, busca incidir en la evangelización en las dimensiones culturales, en esas dimensiones en las que se configura la sustancia de una forma de vida. Sin duda que las instancias de mayor incidencia en una forma de vida son la economía, los medios de comunicación y la educación. Pero podemos pensar en algunos **ámbitos** más cercanos a nuestras posibilidades de incidencia para desarrollar estrategias de predicación cultural, como son los siguientes:

1. La educación de las nuevas generaciones.
2. Los medios de comunicación, especialmente Internet.
3. La predicación correlacionada con las artes, letras y música.
4. Los vínculos con personal e instituciones de la cultura “cualificada”.
5. Los espacios para el diálogo de la teología con la filosofía y la ciencia.
6. Los ámbitos para el acompañamiento espiritual en el ámbito de lo cotidiano.

7. Las plataformas donde lo cultural se orienta a la promoción social, a superar la exclusión y erradicar la pobreza, en conexión con la solidaridad internacional.

La predicación en perspectiva cultural demanda unas **actitudes y capacitaciones**:

1. Esfuerzo por hacer lúcidamente un análisis cultural continuo y compartido de nuestros ambientes, para detectar preocupaciones y necesidades y evaluar las formas como proponemos la fe.
2. Volver a los temas últimos y esforzarnos por correlacionar las necesidades humanas en el ámbito de lo cotidiano con el mensaje evangélico de sentido de la vida.
3. Una predicación de claro tronco bíblico y centrada en el hecho Jesucristo, fuente permanente de sentido.
4. Mayor profesionalidad comunicativa y la renovación de un lenguaje más emotivo y narrativo en la predicación, sobre todo en la homilética.
5. Reconocimiento más explícito de los aspectos positivos de la cultura contemporánea, y una irrenunciable actitud de diálogo y empatía hacia ella.
6. Poner en práctica en este diálogo la capacidad de suscitar preguntas antes de dar respuestas y ejercer con paciencia el “arte de proponer”.
7. Capacidad de participar y desarrollar proyectos de evangelización de la cultura en la Familia Dominicana, especialmente con el laicado.
8. Una gran sabiduría que nos capacite para entrar en diálogo con el mundo de la cultura contemporánea, la habitual-cotidiana y la “cualificada”, y afrontar las objeciones y críticas a la fe cristiana desde el pensamiento y desde la experiencia vital.
9. Y, por último, no olvidar que la palabra del predicador es una palabra con vocación de silencio. Si queremos *aprender a hablar y predicar en la cultura contemporánea*, debemos tener muy presente que no hay aprendizaje de habla que no exija un largo periodo de escucha y silencio. De la escucha podrá brotar la palabra eficaz.

El Capítulo General de Bogotá (2007) habla del **diálogo** como una opción de la predicación de la Orden y a la vez como una actitud que requiere de nosotros conversión. Dialogar exige **conversión**: *La predicación de la Orden está marcada por claras convicciones: promoción de la libertad, búsqueda de la verdad, actitud de diálogo, confianza en la inteligencia, atención a la humanidad de cada persona, esperanza en la comunión, respeto a cada uno en su búsqueda de la verdad. Nosotros mismos vamos buscando la verdad, estamos llenos de incertidumbres, y a veces somos poco hábiles para establecer el diálogo entre nosotros y con otros. Creemos sin embargo que esas convicciones confieren al predicador la misión de propiciar, a través del diálogo, un mundo de esperanza y de compasión, de promover los valores del Evangelio y de contribuir a revelar la presencia de Dios a los hombres.* (nº 78) Necesitamos conversión para saber dialogar y, al mismo tiempo, asumir que uno de los objetivos del diálogo es la conversión: ante todo no la de aquel con quien dialogo, sino la de uno mismo: *mi/nuestra* conversión. Es conversión a la verdad que siempre es mayor que mi comprensión. El diálogo verdadero lleva a la conversión de todos los interlocutores. No se suele ver esta relación de diálogo y conversión. Parece que la finalidad del diálogo es sólo la mutua comprensión: dialogamos para comprendernos. Pero el diálogo busca también nuestra conversión: busca una fe más auténtica y purificada y un testimonio más coherente. Busca una mayor purificación para poder acercarnos a la Verdad, que es Jesucristo.



Desafíos actuales de la predicación dominicana¹

Fr. Felicísimo Martínez, O.P.

Me voy a centrar en los desafíos que yo creo que hay que priorizar hoy en la Orden y en la Familia Dominicana en general.

a) La experiencia de fe o la experiencia de Dios como presupuesto de toda predicación cristiana

Humberto de Romanis decía que “no es lo mismo echar sermones que predicar”. Un sermón lo puede echar cualquiera, aunque no sea creyente, porque lo tomó de otro autor, porque lo preparó a base de estudio, porque lo lee o lo recita de memoria. Por el contrario, predicar, predicar sólo puede hacerlo la persona creyente, aquella cuya vida está tocada por la fe, aquella que ha creído y por eso habla desde su experiencia de fe, desde su lectura creyente de la realidad.

Si falta esta experiencia de fe y de la humanidad no hay predicación dominicana ni predicación cristiana. Puede haber bellos discursos pero no hay predicación cristiana. Este es el desafío primero de la predicación en la Orden hoy.

Sólo añadiré a estas afirmaciones algunas observaciones.

Pertenezco a esa generación posconciliar que ha asistido o ha participado en el proceso de “secularización” de nuestro estilo de vida (vestido, horarios, vida comunitaria, trabajos, vacaciones...). No es momento de hacer análisis mayores. Pero sí hemos de hacer evaluación crítica del camino recorrido. No se pueden desconocer todas las hermosas conquistas de la vida religiosa en ese período (conciencia de la dignidad de la persona, autonomía y responsabilidad, hábitos más democráticos, obediencia dialogada, derechos humanos, diálogo y proximidad al mundo...). Pero hay un par de aspectos relacionados con el asunto de la experiencia de Dios y la predicación que merecen especial evaluación crítica.

El primero es el asunto de la secularización. El nuestro ha sido, efectivamente, un período de secularización, con luces y sombras. Se ha afirmado la autonomía de las realidades terrenas y se han desacralizado convenientemente muchos aspectos de la vida. Pero también ha tenido lugar una especie de debilitamiento de la mirada creyente y de la experiencia de fe. La secularización es compatible con todo menos con el abandono de la oración, de la contemplación, de la celebración de la fe, de la lectura creyente de las realidades más seculares. Si la secularización de nuestra vida debilita esta lectura creyente de la vida y de la historia, esta experiencia de Dios, quedamos incapacitados para una predicación genuina

El segundo es el asunto de la contaminación ideológica. Es indudable que la nuestra ha sido una generación generosa en el trabajo y la militancia, en el compromiso por causas muy nobles. Pero también es cierto que en ese fragor de la lucha se nos han pegado a la piel muchas contaminaciones ideológicas, unas de derechas y otras de izquierdas, unas integristas y otras liberadoras, pero todas, al fin y al cabo, contaminaciones ideológicas. Estas contaminaciones han debilitado con frecuencia la fuerza y vigor de las motivaciones evangélicas en esas militancias y han vaciado a veces de contenido evangélico nuestra propia predicación.

Un problema fundamental de la vida dominicana hoy es si hay suficiente experiencia de fe para sustentar y fecundar nuestra predicación. No es un problema moral para culpabilizarnos. Es un problema teológico, porque se trata de buscar en la fe el sentido de nuestra vida y la motivación de nuestra misión evangelizadora, y también el contenido último de nuestra predicación.

b) Reconstruir el tejido comunitario y recuperar la dimensión comunitaria de la predicación dominicana.

Entramos en este período posconciliar de la mano del legítimo ideal de la modernidad y luego de la posmodernidad: la autonomía de la persona y el valor sagrado de la libertad. Es un ideal absolutamente

legítimo y compatible con el Evangelio de Jesús. Pero cuando nos dimos cuenta, la autonomía y la libertad de las personas se habían deslizado hacia el individualismo. Es un rasgo cultural que se nos ha pegado al vivir envueltos en la modernidad y la posmodernidad.

El resultado de ese deslizamiento hacia el individualismo ha sido doble. En primer lugar, ha arrojado a muchos hermanos y hermanas hacia la soledad, el aislamiento, el trabajo por libre, y hasta la acedia monástica (una especie de tristeza enquistada en el alma). Porque el camino del individualismo suele ser dulce al comienzo y amargo al final. En segundo lugar, ha debilitado el tejido comunitario de la vida dominicana. Con ello ha quedado también debilitada nuestra capacidad para sostener el carácter comunitario de la predicación dominicana.

No sé cómo tienen que ser las comunidades dominicanas, si pequeñas o grandes; no sé cómo van a ser en el futuro, si más monásticas o más insertas. Sólo sé que un desafío fundamental para la Familia Dominicana hoy es la reconstrucción de nuestras comunidades.

En primer lugar, cada comunidad dominicana sería un faro de luz para estas sociedades en las que están avanzando a grandes pasos el individualismo y la soledad. Si las comunidades fueran un lugar de acogida para las personas que se sienten solas y buscan un poco de comunicación y calor humano, habríamos conseguido ya ejercitar lo que J. B. Metz llamó la dimensión política del voto de castidad: opción por quienes se sienten solos por exclusión.

En segundo lugar, es necesario reconstruir la comunidad dominicana para revitalizar la predicación dominicana. La relación entre la primera comunidad de “La Española” y la predicación de aquellos dominicos es una auténtica parábola y un desafío para nosotros hoy. Están en juego varios aspectos de nuestra predicación:

Primero, la permanencia y consistencia de nuestros proyectos apostólicos. Si todo se reduce a proyectos individuales, los proyectos apostólicos durarán hasta que el individuo muera, se cansa o sea asignado por el Provincial a otro lugar.

Segundo, la preparación comunitaria de la predicación. La remota mediante el cultivo del estudio, los diálogos comunitarios, la formación permanente sobre temas y problemas de interés para el ministerio de la predicación. La formación próxima mediante una preparación comunitaria de las homilias, las catequesis, las prácticas evangelizadoras. Es una excelente oportunidad para compartir la Palabra de Dios y las propias experiencias de fe y de vida.

Tercero, el apoyo a los hermanos y hermanas en el ministerio de la predicación. Hay momentos de desánimo y desaliento, de desorientación y quizá de pérdida del juicio, de tentación de abandono. En esos momentos es decisivo el apoyo comunitario y la ayuda de la comunidad en el discernimiento.

Y cuarto, es fundamental el testimonio evangélico de la comunidad para acreditar la predicación de todos y cada uno de los hermanos o hermanas. Pero esto merece capítulo aparte.

Por todo esto y mucho más, pero sobre todo por exigencias de la predicación dominicana, es desafío urgente hoy reconstruir el tejido comunitario.

c) El testimonio evangélico de la comunidad (y de sus miembros) para acreditar la predicación

Esta fue quizá la clave de Domingo para conseguir éxito y eficacia en la predicación: acreditarla con una vida evangélica, con la *vita vere apostolica*, tan necesitada y buscada en el siglo XIII.

Por lo general los dominicos somos demócratas, liberales, autónomos, autárquicos, individualistas... y no sé cuántas cosas más. Esto nos hace muy libres pero escasamente eficaces, y hace que en nuestras comunidades cada vez más el fuerte es el individuo y la débil es la comunidad.

Pero hay un aspecto de este asunto que toca directamente a la credibilidad de nuestra predicación. Cualquiera es libre para hacer lo que le plazca en cada tiempo y lugar, pero nadie tiene derecho a desacreditar la predicación de la comunidad y de sus miembros. Así que, aunque no fuera más que por esta razón, nadie tiene derecho a una conducta antievangélica.

Aquí el problema deja de ser un problema de moral personal, para convertirse en un problema comunitario, un problema que toca directamente al Evangelio. Por eso en las cartas de Pablo y en las cartas pastorales aparece con frecuencia esta advertencia: “para no desacreditar nuestro ministerio”. Por eso, la comunidad de Pedro de Córdoba ponía tanto esmero en acreditar su predicación con una vida evangélica. Es

cierto que con frecuencia lo que hay por medio en muchos casos es una ceguera, nuestra ceguera. Por eso nos es tan urgente la corrección fraterna, el discernimiento comunitario de nuestra conducta y de nuestros planes personales.

Pero lo más definitivo es el testimonio de toda la comunidad. Y aquí son de nuevo varios los asuntos en juego.

Está, en primer lugar, la calidad evangélica de la convivencia entre los hermanos y hermanas. La caridad es la virtud reina, aunque, poniéndole un poco de realismo, hay que decir que una versión fundamental de la caridad es el perdón permanente y la reconciliación constante. Si hemos fallado en la fraternidad, nuestra predicación puede resultar estéril de raíz.

Está, en segundo lugar, el problema de la pobreza. Tiene éste dos dimensiones fundamentales. La primera se refiere a nuestro estilo de vida, nuestros hábitos de consumo, de confort, etc., muy superior con frecuencia a los niveles de vida de la gente. La segunda dimensión se refiere a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son nuestras opciones fundamentales en nuestro ministerio? ¿Con quiénes nos relacionamos más espontáneamente? ¿En función de quién o a quién sirven nuestro patrimonio material, nuestro patrimonio cultural, nuestro patrimonio espiritual?

Y esto nos introduce ya, en tercer lugar, en la urgencia evangélica de la opción por los pobres, problema tan candente y debatido desde hace tanto tiempo. Yo sólo afirmaré que Evangelio en mano, es una obligación y una necesidad para todo seguidor de Jesús. Y, sobre todo, afirmaré que, si algo acredita hoy a la Iglesia, es precisamente su opción afectiva y efectiva, su presencia y su militancia de parte de los pobres y los excluidos de la cultura del mercado.

d) El desafío de la justicia, la paz, los derechos humanos... y la predicación dominicana

Este asunto de la justicia y los derechos humanos está esencialmente relacionado con la opción por los pobres. Creo en la importancia de la misericordia y las ayudas de emergencia. Pero si la opción por los pobres no desemboca en la defensa y la lucha por la justicia, quizá hasta acabe volviéndose contra la causa de los pobres.

Y en esto, la comunidad de Fray Pedro de Córdoba, hizo una denuncia suficiente para haber cambiado el signo de la colonización y la evangelización del continente. Pero los intereses del imperio la volvieron insuficiente.

Hoy, para que la predicación sea dominicana de veras, es desafío urgente para la Orden y para la Familia Dominicana entera incorporar en nuestros ministerios la causa de la justicia, la paz, los derechos humanos de todas las mayorías y minorías que padecen la violación de los mismos. Andar en esas causas no es hacer política; es hacer Evangelio, es sacar las consecuencias públicas y políticas del mensaje evangélico que predicamos.

Creo que el coraje y la resistencia en estas causas de la justicia y de los derechos humanos, a pesar de todos los riesgos y amenazas, sólo están garantizados cuando hay motivaciones evangélicas genuinas, experiencia de fe suficiente, y recursos teológicos en abundancia. En todo caso, hemos de saber que si nuestra predicación no está respaldada por una opción comprometida por la justicia y los derechos humanos, ella misma queda desacreditada. Y, para estar seguros de que la opción es por la justicia y la paz, una buena señal es colocarse de parte de las víctimas.

e) El desafío del estudio y la predicación dominicana

A veces se oyen lamentos en la Orden que ya no hay maestros famosos como Chenu, Congar, Duquoc... He escuchado en algunas partes que éste no es el tiempo de los grandes genios individuales sino el tiempo de los equipos. ¿Pero hay verdaderos equipos de reflexión y estudio en la Orden Dominicana?

En la reforma de la Orden en España antes de que Fray Pedro de Córdoba y compañeros vinieran a América los dos grandes frentes de la reforma fueron el cultivo de la mística y la dedicación intensa al estudio. Por eso los hermanos de la comunidad de la Española eran letrados y vinieron pertrechados de buena biblioteca, para ejercer competentemente el ministerio de la evangelización. Por eso la comunidad de Pedro de Córdoba deliberó tan exhaustivamente sobre la situación, sobre los signos de los tiempos, y sobre el mensaje evangélico y sus implicaciones, antes de que Montesinos pronunciara su sermón.

Humberto dice que aunque la predicación es un don de Dios, el predicador prudente debe prepararse con estudio asiduo y oración, pero no para decir sutilezas sino para transmitir el verdadero mensaje.

Para dominicos y dominicas el estudio no es una simple observancia regular, es una obligación moral adosada a la profesión en la Orden de Predicadores, en la Familia Dominicana. Y lo es precisamente porque el ministerio de la predicación o de la evangelización es demasiado serio y exigente para encomendárselo a la arbitrariedad o a las ocurrencias del momento.

No sé cuáles son las razones de las horas bajas del estudio en la Familia Dominicana. Si son las muchas actividades y la mucha administración habrá que revisar obras y ministerios para dar espacio a la contemplación dominicana, de la cual forma parte el estudio. Si es por falta de estímulos o por miedo al esfuerzo habrá que superarse y corregirse. Si es por miedo a la verdad o por miedo a entrar en diálogo con el mundo actual, cada vez más complejo y menos confesional y familiar con nuestros hábitos de pensamiento y de vida, habrá que armarse de valor y ayudarnos mutuamente a hincarle el diente al asunto de la verdad en un mundo tan plural. Si es porque la misión es tan light o está tan muerta que no nos exige ni estudio ni reflexión, mejor cerrar la misión...

Sea cual sea la situación del estudio en la Orden y en la Familia Dominicana, y sean cuales sean las razones de estas horas bajas del estudio, lo decisivo es que, si creemos que la predicación es el ministerio esencial de la Familia Dominicana, el estudio es desafío prioritario a nivel personal y a nivel comunitario. Y, como dice Humberto, habrá que conocer las Escrituras y las criaturas, y también la historia y la sociedad, y los signos de los tiempos y las ideologías reinantes, y las causas estructurales de la pobreza, de la injusticia, de la violencia... y los enormes problemas que nos plantea hoy la bioética y la ecología y la economía... y tantas y tantas áreas más que no deben estar ajenas a nuestra predicación.

1.- Felicísimo Martínez, Extracto de la conferencia pronunciada en Sao Paulo (Brasil) en la XVI Asamblea de CIDALC, titulada *La comunidad de Pedro de Córdoba, la predicación dominicana y la misión actual de la Orden*, Febrero de 2010



La misión de la Familia Dominicana¹

Fr. Timothy Radcliffe, O.P.

Jesús envía a sus discípulos fuera de la seguridad de la habitación cerrada. Este envío es el comienzo de la predicación.

Ser predicador es ser enviado por Dios, pero no todos somos enviados de la misma manera. Para las religiosas y los frailes significará con frecuencia ser enviados literalmente a otro lugar.

...

Para muchos miembros de la Familia Dominicana ser enviados no significa viajar. Las monjas son miembros de un monasterio y es ahí donde normalmente pasarán toda su vida. Muchos laicos están casados o tienen empleos que no pueden abandonar e irse. Ser enviado significa más que una física movilidad. Significa ser desde Dios. Es nuestro ser. Jesús es “el enviado” (Heb.3,1). Es enviado desde el Padre, lo que no significa que dejó los cielos y vino a otro lugar llamado tierra. Su verdadera existencia es ser desde el Padre. Un enviado, he ahí lo que es, ahora y siempre.

Ser predicador significa que cada uno de nosotros es alguien enviado desde Dios a aquellos con quienes nos encontramos.

...

Pero Jesús no sólo envía a sus discípulos fuera de la estancia cerrada, sino que también les reúne en comunidad. Los envía a los confines de la tierra y les manda ser uno como él y el Padre son uno. Son congregados en comunidad y enviados en misión. Juzgo que es central a la vida dominicana esta paradoja.

...

La Familia Dominicana tiene distintos modos de ser enviada... debemos empezar buscando la unidad en la misión. Nosotros nos sentimos enviados juntos a predicar un Reino en el que toda la humanidad está reconciliada.

...

Jesús dice a los discípulos: “os envío”; da a los discípulos autoridad para hablar. El predicador no comunica simplemente información. Hablamos con autoridad. Si queremos proclamar nuestra identidad de predicadores, debemos reconocer que cada uno de nosotros tiene autoridad para predicar el Evangelio.

En primer lugar, todos nosotros tenemos autoridad para predicar porque estamos bautizados. Esta es una enseñanza clara de la Iglesia en *Evangelii Nuntiandi*, *Redemptoris Missio*, y *Christifideles Laici*. Hemos sido bautizados en la muerte y resurrección de Cristo y por eso debemos proclamarlo. Cada uno de nosotros tiene una autoridad única por quién es y por los dones recibidos. Cada uno de nosotros tiene una palabra que proclamar que no se ha dado a ningún otro. Dios está en nuestras vidas como casados y célibes, como padres y como hijos. Desde estas experiencias humanas del amor, de sus triunfos o fracasos, tenemos una palabra que decir sobre Dios que es amor. También tenemos autoridad por nuestros dones y conocimientos.

...

Por último, la autoridad de nuestra predicación es la de la verdad, *Veritas*. Esta es la verdad para la que los seres humanos han sido creados y que reconocen instintivamente.

Cuando fr. Munio de Zamora, compuso la primera regla para las fraternidades dominicanas en el siglo XIII no les invitó a ser penitentes, según la tradición de entonces.

Quiso que fueran hombres y mujeres de la verdad, “verdaderos hijos de Domingo en el Señor, rebosantes de un celo fuerte y ardiente por la verdad católica, manteniendo su propio estilo de vida”.

...

[La Familia Dominicana] Predicamos la Palabra que se ha hecho carne, y esta Palabra de Dios puede hacerse carne en todo lo que somos, no solo en lo que decimos... Deberíamos ser comadronas unos para otros, ayudando a nuestras hermanas y hermanos a decir la palabra que se les ha dado. Tenemos que ayudarnos

mutuamente a encontrar la autoridad dada a cada uno. Juntos somos una palabra viva que no podemos ser por separado.

...

No puede haber competencia entre nosotros. Si así fuera no encarnaría el Evangelio.

Un lema de la Orden es "Laudare, benedicere, praedicare", Ser un predicador es más que aprender a hablar sobre Dios. Es descubrir el arte de alabar y bendecir todo lo bueno. No hay predicación sin celebración. No podemos predicar a no ser que celebremos y ensalcemos la bondad de lo que Dios ha creado. A veces el predicador debe, como Las Casas, confrontar y denunciar la injusticia, pero solamente para que la vida pueda salir victoriosa sobre la muerte, y la resurrección sobre la tumba, y la alabanza sobre la denuncia.

Por tanto, floreceremos como familia de predicadores sólo si nos fortalecemos unos a otros y nos damos mutuamente vida.



Los laicos y la misión de la Orden¹

Fr. Damián Byrne, O.P.

El despertar de los laicos a la ministerialidad y corresponsabilidad eclesial es un signo de los tiempos con profundo significado teológico. Las declaraciones conciliares o sinodales son sólo el reflejo de un hecho histórico que se está produciendo a lo largo y ancho de todas las iglesias locales y, por tanto, de la Iglesia universal.

...

Ser dominico es ser predicador. Esto es lo más importante del proyecto dominicano. Sin embargo, este anuncio es más que un mero discurso verbal que pasa a través de la catequesis, la homilía o la enseñanza religiosa. Se manifiesta en cualquier palabra o cualquier práctica histórica que proclama el acontecimiento salvífico en medio de la historia humana.

El lugar de encuentro entre los dominicos y los laicos es exactamente el carisma y el ministerio de la predicación. La Familia Dominicana está llamada a ser una comunidad de predicación en la que son miembros activos y corresponsables frailes, religiosas, laicos, con carismas y ministerios diferenciados.

La Orden nació en un momento histórico de crisis eclesial pero también de extraordinaria vitalidad. Fue un momento del despertar de los movimientos laicales, lo que influyó grandemente en el nacimiento y en el proyecto fundacional de las Ordenes Mendicantes y creó una nueva concepción de Iglesia por encima de los límites parroquiales o diocesanos. A lo largo de la historia la Orden tiene experiencias significativas que nos pueden ayudar a comprender y a asumir los nuevos tiempos del laicado: la incorporación de la Tercera Orden al proyecto dominicano, la evolución de las funciones y ministerios de los hermanos cooperadores, la incorporación de numerosas congregaciones femeninas a la misión de la Orden. El recuerdo de estos hechos es un reto para los nuevos tiempos.

...

Nuestro trabajo apostólico debe ser revisado y reorientado desde la perspectiva de los nuevos ministerios laicales para responder adecuadamente a la nueva relación eclesial con los laicos. Estos trabajos están llamados a potenciar una nueva forma más colegial. Debemos encontrar nuevas formas de compartir los proyectos apostólicos, nuevas maneras de llevarlos a cabo en corresponsabilidad, de diversificar las funciones y ministerios en nuestra actividad apostólica.

...

Una comunidad dominicana en estado de misión y de itinerancia es una comunidad abierta al presente y al futuro de la Iglesia y de la sociedad.

1.- Damian Byrne, Extracto de la carta "*Los laicos y la misión de la Orden*", en *Alabar, bendecir, predicar*, Ed. San Esteban, Salamanca, 2004, p. 188-195



Sacra Predicatio y espiritualidad dominicana¹

Fr. Liam Walsh, O.P.

Acercándonos de nuevo a la historia de la Sacra Praedicatio

Lo que santo Domingo descubrió en Fanjeaux fue que el Evangelio es predicado solamente cuando es la Iglesia en su totalidad la que predica y que la Iglesia en su totalidad predica el evangelio únicamente cuando vive el Evangelio. Allí vio los límites de la predicación meramente clerical: los clérigos predicando en solitario no estarían haciendo predicación evangélica. Pero también vio que tampoco habría predicación del Evangelio sin clérigos. Domingo había conocido los movimientos de predicadores laicos que florecían en su tiempo. Ellos estaban poniendo de manifiesto que lo que hacía creíble la predicación no era el mandato canónico, sino la vida evangélica, y Domingo aprendió esto de ellos. También lo aprendió, hay que decirlo, de los predicadores albigenses, que frecuentemente eran personas de vida austera y sencilla. Pero por su propia experiencia, y por varias desviaciones que ya se estaban dando en la predicación laical independiente, Domingo también sabía que el mandato canónico y la ordenación tenían también su lugar en la predicación. La predicación del Evangelio convoca a la gente a la reconciliación y la unidad en la eucaristía, y de esa forma los hace parte de la construcción en la comunión eclesial. Los ordenados hacen posible que la predicación del Evangelio alcance esta plenitud eclesial. Domingo aceptaba que ellos no sólo tenían un espacio en la predicación, sino que tenían un cierto rol de liderazgo en la *Sacra Praedicatio*. Pero su intuición más original fue que el mandato canónico de predicar dado a los ordenados solamente sería efectivo si éstos eran primero, y por encima de todo, personas evangélicas; y para ser personas verdaderamente evangélicas, no una élite clerical, necesitaban vivir en comunión con y compartir la predicación con todas las personas dotadas de dones en la Iglesia, mujeres y hombres, clérigos y laicos, religiosos y seglares, formados y menos formados. Esto era algo de lo que Domingo descubrió en Fanjeaux, al establecer la *Sacra Praedicatio*.

El sentido eclesial de Domingo le hizo reconocer el papel de los obispos. Siempre estaba dispuesto a trabajar con ellos, cuando veía que eran hombres de Evangelio. Así pues, cuando el obispo Fulco, que era el obispo de Fanjeaux, le invitó a ir a Toulouse para establecer la *Sacra Praedicatio* allí, fue diligentemente. No tomó consigo la *Sacra Praedicatio* completa, que por entonces estaba asentada en torno al monasterio de monjas de Prulla (las monjas tenían compromiso de estabilidad, los laicos sus casas y familias). Se llevó consigo lo que podía llevar. En Toulouse estableció pronto contacto con algunos laicos (Pedro Seila) que le dieron una casa donde vivir con sus hermanos predicadores. Una de las primeras cosas que intentó hacer - aunque sin éxito - fue establecer un monasterio de monjas. Domingo no hizo muchas cosas en las que no hubiera mujeres involucradas. Más tarde, cuando el administrador del convento de Bolonia quiso construir una casa adecuada para los hermanos, Domingo le dijo que lo dejara de momento y que construyera primero una casa para las hermanas; cuando eso estuviera hecho, podría ocuparse de los frailes. ¡Los cínicos dirían que quería que se construyera una casa para las mujeres, para encerrarlas en ella! Una explicación más humana sería que sabía que siempre se podría contar con las hermanas para dar alojamiento y un poco de amoroso cuidado a los frailes, mientras que era bastante improbable que éstos hicieran lo mismo por las hermanas. Pero la verdadera razón es, creo yo, mucho más profunda, Domingo estaba convencido de que no habría predicación del Evangelio allá donde no hubiera mujeres implicadas en la predicación.

Muy pronto Domingo se puso en camino hacia Roma con el obispo Fulco. A menudo se dice que fue para conseguir la confirmación de "la Orden". Simon Tugwell tiene una interesante relectura de esto, que merece la pena ser tenida en cuenta. Sugiere que Domingo quería confirmación, no de una orden religiosa, sino de la *Sacra Praedicatio*. Pero Roma no tenía una fórmula canónica para una comunidad tal, ni estaba dispuesta a crear una. Así pues, lo que le dijeron fue que hiciera que los hermanos que querían formar parte de la *Sacra Praedicatio* eligieran una regla ya establecida, y se organizaran como una orden religiosa de hombres. Y como saben, eso es lo que hizo Domingo. Pero continuó su cuidado de los otros grupos que formaban la *Sacra Praedicatio*. Los estatutos de una Congregación Laica de Santo Domingo (1244) y nuevos estatutos de una Congregación de Nuestra Señora de Arezzo (1262), se encuentran en *Dominican Spirituality* (editado por S. Tugwell). El estatuto de Arezzo es explícito sobre la admisión de mujeres, diciendo de modo un poco paternalista -según el lenguaje de la época- "no hay diferencia a los ojos de Dios entre hombres y mujeres en el desempeño de las obras de salvación". En 1285 llegó la primera regla de lo que entonces se llamaba la Orden de Penitencia y más tarde sería la Orden Tercera. Entre aquellos laicos que vivían en el mundo hubo desde los

primeros tiempos mujeres que vivieron una vida evangélica consagrada por votos, asociadas a la Orden de los Frailes. No eran monjas, pero tampoco eran mujeres seglares con responsabilidad activa sobre una familia; algunas eran viudas cuya familia ya estaba criada. Vivían vidas de oración e imitaban el ministerio sanador, que era parte esencial de la predicación de Jesús mismo. Daban su vida a la *Sacra Praedicatio* en forma de cuidado sanitario, educación y todos los otros ministerios de servicio a los demás. Aprovecharon lo mejor posible las formas canónicas de vida que les permitía la dirección clerical de la Iglesia.

Algunas consecuencias para la vida dominicana de hoy

Hay algunas consecuencias importantes de esta lectura de nuestros orígenes dominicanos. Vosotras y yo hemos nacido como dominicos de la *Sacra Praedicatio*. La roca original de la que hemos sido tallados es la predicación, no una forma de vida ideada por santo Domingo. Ahora bien, Domingo no inventó la predicación: la predicación pertenece a la Iglesia; no habría Iglesia sin ella. La Iglesia estaba predicando en el tiempo de santo Domingo, pero la predicación era intelectual. Lo que Domingo reconoció fue que la predicación puede volverse efectiva si las personas que la realizan estuvieran viviendo de verdad el Evangelio que predicaban. Llamó a sus seguidores a la vida evangélica por el bien de la predicación del Evangelio. Por tanto, no somos hombres y mujeres que adoptaron formas diversas de vida evangélica, y después asumieron el ministerio de la predicación como misión específica. Más bien somos predicadores que, para ser auténticos predicadores del Evangelio, asumimos varias formas de vida evangélica. Como hombres y mujeres, seglares y clérigos, hemos adoptado diversas formas de vida evangélica. Pero, porque nuestro origen común está en la *Sacra Praedicatio*, hemos permanecido en relación unos con otros dentro de esas formas diferentes, convencidos de que el Evangelio será predicado con más eficacia a través de este modo nuestro de estar juntos.

Por tanto, todo lo que decimos sobre nosotros mismos, todas las características que destacamos de nuestra espiritualidad dominicana, tiene necesariamente que empezar con la *praedicatio*, compuesta por todas las diversas ramas de lo que hoy llamamos Familia Dominicana, que vive la espiritualidad y mantiene la unidad. Ningún grupo puede decir “nosotros lo tenemos, y el resto de la familia ha de recibirlo de nosotros”.

Una dificultad para las hermanas

Al decir que la predicación es lo que hace que seamos lo que somos, nos encontramos con una dificultad en la espiritualidad dominicana que vosotras debéis sentir de modo especial como hermanas dominicas.

Sé que respondéis a esta dificultad diciendo que predicáis a través de vuestro apostolado de atención a los enfermos y educación, y por el testimonio de vuestras vidas. Y estáis perfectamente en lo cierto al decirlo. Pero creo que hay que sacarle un poco más de punta a esa respuesta para poder poner de relieve toda la significación que tiene dentro de la espiritualidad dominicana. Cuando hablamos de predicación como dominicos, estamos hablando de predicación del Evangelio, de *praedicatio Jesu Christi*. No estamos hablando, de entrada, de lo que yo llamo predicación canónica, que es lo que entiendo como el acto de predicación verbal que es mandado por la Iglesia y hoy en día generalmente, aunque no exclusivamente, reservado a los ordenados. La predicación canónica tiene su lugar en la predicación del Evangelio. Ciertamente sin ella la predicación del Evangelio no sería plena predicación del Evangelio. Pero la predicación canónica no podría ser predicación del Evangelio si no hay otras muchas cosas. En primer lugar, y por encima de todo, no podría ser predicación el Evangelio a menos que sea hecha en una Iglesia que da un fuerte testimonio de vivir el Evangelio. Pero tampoco podría ser predicación evangélica si no se hace en una Iglesia en la que haya una práctica fuerte de las obras sanadoras de la misericordia. La predicación evangélica es la predicación de Jesús. Jesús habló mucho, pero dedicó un montón de su tiempo a curar a los enfermos; y lo que decía estaba muy relacionado con lo que hacía. Su Iglesia sólo puede hacer su predicación cuando hace sus obras tanto como pronunciando sus palabras. No tienen que ser las mismas personas las que dicen y las que hacen. Pero lo que se dice es sólo palabras si le faltan las obras, sin la sanación de los cuerpos; sin la sanación de las mentes, a través de la educación; sin la sanación del espíritu a través del acompañamiento personal; sin la sanación de las injusticias que producen muerte, a través de la acción social y política. He de decir que fue esa predicación total la que Domingo quería para reavivar la Iglesia, una predicación que fuera acontecimiento de salvación tanto como palabra de salvación, que fuera llegada del Reino en el anuncio del Reino. Y vio que esta predicación solamente la podría hacer un grupo eclesial completo, hecho de hombres y mujeres, clérigos y laicos, religiosos y seglares.



La predicación dominicana¹

Pilar del Barrio, D.M.S.F.

“El centro del carisma dominicano ha de buscarse en la predicación, en el anuncio kerigmático de la Palabra de Dios. Ser dominico es ser predicador. Esto es lo más importante del proyecto dominicano. Sin embargo, este anuncio es más que un mero discurso verbal que pasa a través de la catequesis, la homilía o la enseñanza religiosa. Se manifiesta en cualquier palabra o cualquier práctica histórica que proclama el acontecimiento salvífico en medio de la historia humana.

El lugar específico de encuentro entre los dominicos (se refiere a los frailes) y los laicos (entre todos los dominicos) es exactamente el carisma y el ministerio de la predicación. La Familia Dominicana está llamada a ser una comunidad de predicación en la que son miembros activos y corresponsables frailes, religiosas, laicos con carismas y ministerios diferenciados.”

Damián Byrne, en su carta a la Orden sobre el laicado dominicano.

1.- “Ser dominico es ser predicador”

Hace unos años los jóvenes del MJD de Ecuador escribían a Timothy Radcliffe, entonces Maestro de la Orden, pidiéndole que enviara más frailes a la comunidad de Guayaquil, poniéndole de manifiesto las necesidades de predicadores que allá había. Timothy les respondió diciendo que haría lo posible, pero que no olvidaran que la Orden de Predicadores ya estaba presente en Guayaquil a través de ellos y que ellos ya eran los predicadores que la Orden tenía allá.

Esta es la primera pregunta que hoy lanzaría a los laicos dominicos. ¿De verdad creéis que sois predicadores? Esa, y no otra, es la identidad del laico dominico.

A quién enviaré.... Estamos llamados a dar un paso al frente: heme aquí, porque esa llamada se nos dirige a cada uno de una forma particular, precisamente porque ese es el don que hemos recibido.

La predicación es el oficio del Verbo, Jesús, que viene a anunciar la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, el año de gracia del Señor. Y ese es el oficio que se nos ha dado. Encuentros informales, nos preguntamos unos a otro qué hacemos, a qué nos dedicamos... y si nos gusta nuestro oficio. Preguntémonos por un momento: ¿me gusta este oficio del Verbo, esta responsabilidad que nos ha sido dada de anunciar, con obras y palabras, la salvación, el año de gracia del Señor, la llegada del Reino, el consuelo a los tristes y la liberación a los oprimidos?

Aquí queda la segunda pregunta para los laicos en el día de hoy: ¿cómo está vuestra pasión? ¿Os apasiona realmente la idea de predicar? ¿Se ha apagado con los años? O, quizás, ¿es una pequeña llama que empieza a tomar cuerpo dentro de vosotros y queremos soplar para avivarla?

2.- Anunciamos con obras y palabras...

Domingo entendió que la predicación del Evangelio debería ir acompañada del testimonio de una vida evangélica. Mary O'Driscoll destaca algunas dimensiones esenciales del estilo de vida evangélica que quiso Domingo, que deberíamos tener muy en cuenta los dominicos y dominicas de cualquiera de las ramas, también los laicos: **simplicidad, compasión y disponibilidad.**

Cuando hablamos de una **vida sencilla** tenemos en mente una vida libre de cosas superfluas. Cuando las cosas nos atan más de la cuenta nos impiden, en la práctica, estar libres para predicar.

La segunda característica de la praxis de vida de Jesús que se nos pide incorporar a nuestras vidas como predicadores del Evangelio es la **compasión** por todo el que sufre. Domingo tuvo esa compasión. La predicación nace siempre de la escucha y la compasión. Sólo si escuchamos, si miramos y vemos, si nos atrevemos a dejarnos tocar por lo que nos rodea, podremos predicar.

La predicación nace de la **escucha**. De la escucha que nos debemos unos a otros. De la escucha atenta a los acontecimientos. De la escucha de la Palabra. A veces, muchas veces, es la propia escucha la mejor forma de predicar.

Damian Byrne dice que antes de hablar debemos escuchar no sólo la voz del pueblo, sino también sus ojos y sus corazones. Entonces, nuestra palabra pronunciada cada día desde el altar, en clase, en la sala del hospital..., será una palabra de esperanza: la cualidad de la predicación en que más insistía el papa Pablo VI.

La tercera dimensión, la **disponibilidad**, no es menos esencial: es estar dispuestos a que se nos altere la vida, nuestros planes, nuestro tiempo libre... estar abiertos a ponernos en camino para hacer camino con nuestros hermanos y hermanas, en su necesidad concreta, estar abiertos a...

Aquí queda la tercera pregunta: ¿Es nuestra vida sencilla, abierta y disponible?

3.- Predicamos con "autoridad". Casas de predicación.

Hablamos de lo que hemos visto y oído como predicadores somos, ante todo testigos, personas que han experimentado la gracia y se lo cuentan a otros... con sus gestos y sus palabras. De ahí nos viene la "autoridad": Nos ha sido dado el regalo de experimentar a un Dios que nos revela su rostro de Padre y Madre, su rostro de hermano, su amor siempre sobreabundante, y no lo podemos callar; nos urge comunicarlo para que esta noticia pueda transformar la vida de nuestros hermanos y hermanas y la vida de nuestro mundo, haciéndolo más humano, más fraterno.

Mary O'Driscoll habla de "estilo de vida evangélico (sencillez, compasión, disponibilidad) y **conciencia teológica**", como dos requisitos para una auténtica vida de predicadores.

La conciencia teológica no viene sólo de estudiar libros. En realidad, ningún teólogo dominicano puede válidamente definir la teología meramente como un ejercicio intelectual y científico. Por el contrario, también implica una actitud hacia la vida a la vez reflexiva y llena de fe.

Si queremos predicar una palabra relevante a nuestros contemporáneos, necesitamos por lo tanto, hacer de las situaciones de vida, las propias y las de los demás, una fuente de nuestra teología. Se trata de vivir buscando siempre "la huella de Dios" en los acontecimientos, el susurro de su voz que se dirige a nosotros y nuestros contemporáneos en cada situación, en cada encrucijada de la vida, que interpreta y da sentido a los acontecimientos, a las alegrías y las penas.

Aquí queda otra pregunta: ¿nos damos el tiempo para "vivir los acontecimientos" desde esta "conciencia teológica"?

La autoridad nos viene también del hecho de ser **predicadores en Familia**. No creo posible seguir pensando en predicadores aislados, o de sólo una rama. La predicación, en cuanto que, al menos, se gesta en comunidad, en términos dominicanos es siempre en Familia. En el famoso ejemplo de la primera comunidad de La Española, sólo un fraile habló, pero la predicación se gesta en comunidad. En aquel caso la comunidad era de frailes, en muchos otros casos esa preparación ha incluido en la historia de la Orden, miembros de diversas ramas de la Familia. La predicación nacerá siempre de la atención que la comunidad de predicadores presta a los acontecimientos de la vida, a orarlos, buscar la verdad en ellos y decidir cuál es la palabra de gracia a proclamar.

4.- ¿Qué predicamos?

Somos **predicadores de la gracia**, ya lo hemos oído estos días. Predicamos palabras de vida. No hemos sido llamados a condenar, porque Cristo mismo "vino a salvar, no a condenar el mundo". Nuestra predicación, nuestros actos y palabras, o está llamada a ser para los débiles, pecadores, alejados,.... palabra y gesto de misericordia, de acogida, de esperanza. No somos predicadores de catástrofes.

Crear que Dios habita este mundo nuestro, que su Espíritu lo transforma, que a pesar de todas las apariencias Dios no ha renegado de nuestro mundo, ni renegará. Tampoco nosotros podemos hacerlo.

Somos **predicadores de la Verdad**: hacer la verdad, buscándola y proclamándola, defendiéndola cuando sea necesario, desenmascarando las mentiras y falsedades que se puedan dar, es nuestro oficio. Eso se construye en las relaciones humanas, en la honestidad en el trabajo, en la búsqueda científica, en los medios, en la educación...

5.- ¿Dónde, a quién predicamos?

El Encuentro de las Comisiones de la Orden en Fanjeaux, declaraba:

- ♦ Nos comprometemos a encontrar espacios de predicación conjunta como miembros de la familia de Domingo. Esto es lo que hacemos hoy aquí.
- ♦ Nos comprometemos a alcanzar modos nuevos e innovadores de predicación que hablen especialmente a los pobres, a los jóvenes y ancianos.

Y nos llamaba a todos a **involucrarnos en la misión, asumiendo juntos proyectos locales, elaborados e implementados por todas las ramas de la Orden.**

Esto no significa que esa involucración haya de ser igual por parte de todos. En un proyecto común de predicación habrá quienes se impliquen hablando, otros orando, otros participando en el estudio o la reflexión teológica... Otros apoyarán con fuerza la debilidad del predicador o predicadora...

En mi experiencia hay muchas situaciones en las que sólo pueden predicar los laicos, proclamando una palabra en sus lugares de trabajo, en el aula o el hogar, y los demás, frailes, monjas o hermanas, hemos de saber acompañar esa predicación participando en su gestación desde la retaguardia.

La Orden nos viene llamando a todos a ir a las “fronteras”, a los lugares donde la Palabra no ha llegado todavía: vida/muerte; creencia/increencia; justicia; ecumenismo; familia... ¿Cuáles son las fronteras a las que nos sentimos llamados aquí y ahora? ¿Cuáles nuestros cumanos?

De un modo especial creo que hemos de preguntarnos: ¿Cuáles son los lugares y personas donde la predicación solamente podrá llegar a través de los laicos? ¿Cómo podemos apoyar entre todos esa predicación, que ellos harán en primera línea?... porque ¿quién hablará si tú callas?

Esos lugares no siempre están lejos. A veces están en casa, en el mercado, en la oficina, en el encuentro con los amigos... Últimamente me han invitado a participar en un espacio de encuentro para el debate sobre cuestiones de fe, que se realiza en una casa común, en torno a una comida, “*Theology on tap*” (teología de barril), lo llaman, siguiendo a una iniciativa surgida hace años en USA, que trata de llevar el debate sobre Dios a la calle, a los lugares donde la gente se encuentra.

Olvidémonos por un momento de los púlpitos, las salas de catequesis de las parroquias, las escuelas de Teología... y pensemos dónde hay alguien que necesita nuestra presencia, nuestra escucha... dónde alguien que no encuentra consuelo para su vida y necesita una palabra que le ayude a encontrarlo, dónde hay un joven que necesita descubrir caminos para su vida que le lleven a experimentar plenitud, dónde un anciano o anciana que necesitan descubrir a Dios alumbrando al atardecer de su vida... cuáles son las “mentiras” con las que me encuentro cada día en la prensa, la radio, la TV, la investigación científica, el ejercicio de mi profesión... cuáles son las “caretas”, las “defensas” que enmascaran la verdad de las personas y que hacen imposibles las relaciones sanas y fraternas, el amor auténtico... y rompen familias. Ahí es dónde estamos llamados a predicar.



Ser hoy fraternidades laicales predicadoras¹

Fr. Óscar Jesús Fernández, O.P.

Fr. Edward Schillebeeckx insiste mucho en que no se puede definir lo dominicano mientras haya dominicos y dominicas vivos, pues sigue siendo algo abierto a reformulaciones en cada tiempo y lugar. Esto es el recuerdo de algo que ha estado presente desde los orígenes: la necesidad de dar respuesta a las necesidades que toca vivir en cada momento y lugar.

Y esto es real incluso en las leyes: la primera Regla de la Orden Seglar, redactada por fr. Munio de Zamora, VII Maestro General de la OP (1285) y confirmada por los papas Inocencio VII (1405) y Eugenio IV (1439), incluye en sus dos últimos capítulos *“la capacidad de los superiores de la Tercera Orden de dispensar todos los capítulos y Ordenaciones que por razón de las personas o de las circunstancias de lugares o tiempos, no pudieran ponerse en práctica”* (Cap. XXI) y *“que el incumplimiento de cualquiera de las Constituciones u Ordenaciones no obliga a culpa”* (Cap. XXII). (Declaración General de la Regla, n° 3).

En definitiva, las estructuras dominicanas están al servicio de lo que es la razón de ser de la Orden de Predicadores. Nos toca combinar la historia, la tradición, con la vida real de “hoy y aquí”. Acudamos a la historia, a santo Domingo, para ver qué nos dice hoy.

a.- Fieles a la historia y a la actualidad

Domingo de Guzmán vivió dos grandes fidelidades: al Evangelio de Jesucristo y a los hombres y mujeres de su tiempo.

Somos fieles al Evangelio de Jesucristo en la medida en que somos capaces de actualizarlo, de ponerlo por obra, de hacerlo vivo. Hay que recordar aquella frase de fr. Vicent de Couesnongle en la que definía como debía ser la vida del dominico/a: “con la Biblia en una mano y el periódico en otra”.

Se trata de un asunto de responsabilidad: ¿qué capacidad -y qué voluntad- tenemos para hacer realidad hoy el carisma de Domingo? ¿qué capacidad -y qué voluntad- tenemos para que nuestras vidas reflejen la pasión por Dios y por los hombres?

b.- La contemplación de ayer y de hoy

Una dimensión esencial de la vida dominicana es la dimensión contemplativa. Ésta fue una dimensión dominante en la vida de Domingo: hombre de silencio, de interioridad, de estudio, orante en el camino y en el convento, en el día y en la noche...

En esto consiste ser contemplativo, mirar la vida, la realidad... desde los ojos de la fe, con los ojos de Dios. Y esto exige entrenamiento: el silencio, la oración personal, la celebración litúrgica, el estudio de la Palabra, el diálogo en busca de la verdad... Todos estos ejercicios servían para cultivar la dimensión contemplativa del dominico/a, verdadero alimento para la fe y la predicación.

En definitiva, el objetivo fundamental de la contemplación dominicana es doble:

- Alimentar la propia experiencia de fe. Dejar a Dios que ocupe el centro de mi vida y vea el mundo a través de sus ojos de padre misericordioso. Es la experiencia personal de Dios la que sustenta la vida y misión dominicana, la que llena de sentido y sabor la vida fraterna.

- Sustentar la predicación, fecundar la misión evangelizadora. Si el predicador no es un contemplativo podrá ser un funcionario de la palabra, pero nunca un anunciador creíble del Evangelio. Ya lo decía Humberto de Romanis: “no es lo mismo predicar que echar sermones”.

Elemento fundamental en la contemplación dominicana es el estudio. No es otra cosa distinta o añadida sino esencial. El estudio de la Palabra, la búsqueda de la verdad, el diálogo compartido, los saberes de nuestra sociedad... son el humus de nuestra predicación. ¿Cómo vamos a anunciar algo que no entendemos? ¿Cómo vamos a predicar si no tenemos palabras que expresen lo que sentimos y vivimos?

Sobre la vida dominicana no se puede hacer ninguna reflexión que no incluya nuestra formación, nuestro

estudio. Todos tenemos asumida la necesidad de una formación inicial que nos ayude a conocer lo fundamental, que nos prepare a realizar tal o cual tarea... También hemos de asumir la necesidad permanente de estudio, de formación, de aprendizaje, de preparación... para la vida y para la tarea de predicar.

¿Cómo podemos ser contemplativos allá donde estamos? ¿Cómo ser contemplativos en medio de la vida, del trabajo, del ajetreo familiar? ¿Cómo introducir la formación y el estudio en mi vida diaria, en la vida de las fraternidades?

c.- El don de la fraternidad en un mundo de incomunicación.

Domingo fundó una “comunidad de predicadores”. La vida comunitaria fraterna es base para la predicación dominicana.

Desde el origen de la Orden la vida comunitaria fraterna tuvo dos propósitos fundamentales:

- Garantizar la permanencia y continuidad de la misión evangelizadora. La predicación es demasiado importante para dejarla al arbitrio de los individuos, por eso Domingo la pone bajo la responsabilidad de la comunidad, de la fraternidad.

- Poner en práctica la vida evangélica, la vida apostólica. Imitar a aquel primer grupo de discípulos que en común escuchaban la Palabra, oraban, celebraban la fracción del pan, vivían la misión...

El núcleo de la experiencia cristiana es el amor, y la fraternidad, la comunidad, es un ejercicio de las diversas dimensiones del amor: la acogida, el perdón, la comunión de bienes, la misión compartida...

Esta es la base de las “casas de predicación”, pues así se llamaban las primeras comunidades, y no porque fuesen la base para salir a predicar, sino porque en sí mismas eran predicación. La vida fraterna es un signo de vida del Evangelio, y por tanto, su anuncio.

Si fuésemos fieles a nuestro origen haciendo de la vida fraterna nuestro modelo de vida, estaríamos dando la mejor respuesta a las necesidades de nuestro mundo. Estamos en la cultura de la comunicación; nunca ha habido tanta comunicación, tanta interconexión, tantos medios para saber unos de otros... sin embargo nunca se ha sentido tanta soledad como ahora.

La demanda de una relación cercana, fraterna, que acoja, apoye, perdone, acompañe, contraste... es cada vez más urgente. Muchas personas buscan hoy desesperadamente experiencia y prácticas comunitarias que les permitan resolver sus soledades, pues incluso las comunidades más básicas, amistad y familia, se han debilitado.

He aquí una forma de ser fieles y de actualizar el proyecto de Domingo: ofrecer a nuestros contemporáneos un espacio de fraternidad, donde la acogida, la escucha, la búsqueda de la verdad, el diálogo, la apertura al otro, las relaciones sanas, la colaboración mutua, el ambiente de oración, de celebración festiva, la experiencia de fe compartida... sean la forma de vida.

Aunque para esto hace falta que la misma comunidad/fraternidad dominicana no se vea afectada por los mismos virus de individualismo y soledad. Es necesario buscar la vitalidad primera que hacía de las comunidades y fraternidades, auténticos talleres de vida evangélica y testimonios vivos del Evangelio que predicaban.

d.- La Predicación: la misión evangelizadora.

Esta es la finalidad del proyecto de Domingo. Seguro que meditó y oró muchas veces las palabras de san Pablo en su carta a los Romanos:

“¿Cómo van a invocar a Aquel en quien no creen,
y, cómo van a creer en Él, si no han oído su mensaje,
y, cómo van a oír un mensaje que no ha sido proclamado,
y, cómo va a proclamarse ese mensaje, si no hay mensajeros?”

(Rom 10, 14-15)

Todos conocemos el entorno histórico que dio lugar al comienzo de la Orden de Predicadores. Salvando las distancias y diferencias, encontramos hoy algunos elementos que empujaron a Domingo: la progresiva pérdida de la fe en el Dios de Jesucristo, la desafección cada vez mayor hacia la Iglesia, la búsqueda de otras creencias que satisficieran la necesidad espiritual...

Domingo quiso dar respuesta a esa realidad, servir a la causa de la salvación de la humanidad, mediante el ministerio de la Predicación. Pero quiso que la Predicación estuviera respaldada por toda una vida, la vida

dominicana (en sus elementos):

- el silencio, la oración, la celebración y la experiencia contemplativa;
- el estudio, el diálogo y la búsqueda constante de la verdad sagrada;
- la experiencia y la práctica comunitaria;
- la práctica de la pobreza evangélica.

Todos estos elementos son por y para la predicación, verdadero fin y razón de ser de las comunidades y fraternidades dominicanas.

El ministerio de la predicación tiene dos aspectos complementarios: la proclamación de la Palabra de Dios (el anuncio explícito del Evangelio) y la realización, la puesta en práctica del Evangelio.

Pero ¿cómo predicar en un mundo saturado de palabras? ¿cómo anunciar la verdad en un mundo en que se sospecha de todo?

Es una situación crítica para los predicadores. Pues necesitan, en primer lugar, acreditar la Palabra, hacerla creíble. Y eso sólo puede suceder si está respaldada por el testimonio de la vida; si la palabra que se anuncia se manifiesta como palabra coherente; si el predicador no dice más de lo que cree y lo dice desde la experiencia creyente; si su palabra es palabra de iluminación y de animación, aunque tenga que ser a veces palabra de denuncia..., si es palabra evangélica, buena noticia para la humanidad. En un mundo en el que la palabra se ha desacreditado y en el que la verdad es vista por muchas personas como un ideal imposible, es preciso acreditar de nuevo el ministerio de la predicación. Este es un desafío fundamental para cada dominico y cada fraternidad hoy, para mantenerse fieles a los orígenes y a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Tal vez la forma más eficaz de acreditar la palabra sea el hacerla vida, hacerla realidad. La práctica de la compasión, de la justicia, de la fraternidad... o simplemente de la bondad; la denuncia de la injusticia, la opción por los más pobres, el situarse al lado de las víctimas es evangelizar con el testimonio de vida.

Ser dominicos hoy significa estar muy atentos a los signos de los tiempos y responder con la palabra y con la vida a las demandas más urgentes del mundo actual.

d.- En colaboración con toda la Familia Dominicana y con otros

El Capítulo General de los frailes celebrado este verano (Julio-Agosto 2007) en Bogotá ha insistido a los frailes de la importancia de colaborar.

El predicador es miembro de la Familia Dominicana. Con determinación tenemos que desarrollar las colaboraciones apostólicas entre los frailes, las monjas, las hermanas de vida apostólica, los laicos y otros movimientos dominicanos. La complementariedad de cada uno dará una fuerza mayor al testimonio de esperanza (Bogotá, 50).

El enfoque no es nuevo, pero quiere subsanar un error en el que caemos frecuentemente: no somos nosotros los que colaboramos con Familia Dominicana, no es la Familia Dominicana algo distinto a nosotros... yo, mi fraternidad, mi comunidad, somos Familia Dominicana.

Esta es mi fraternidad, esta es mi Orden, pero también esta es mi Familia. La Familia Dominicana es el ámbito más natural de colaboración en la tarea concreta de predicar, de anunciar la Buena Nueva. Tal vez en mi ciudad no haya otra fraternidad (y no somos muchos), pero seguro que sí hay una comunidad de hermanas o de frailes, un monasterio de monjas, un grupo del MJD u otro grupo dominicano (aunque no sea oficial).

Sentarnos junto con otros y preguntarnos cómo podemos "aquí y ahora" vivir nuestra vocación dominicana de predicar, debería ser un ejercicio natural y frecuente.

Pero también hay que recordar que somos Iglesia y hay muchos otros grupos, no dominicanos, que tienen el mismo objetivo, hacer realidad el Reino de Dios. La colaboración con ellos también es fundamental y necesaria.

No podemos hacer nuestra pequeña burbuja de "identidad dominicana" y vivir de espaldas a todo lo que nos rodea. Precisamente nuestra identidad es justo la contraria, espalda con espalda, salir hacia fuera rompiendo la burbuja.

1.- Óscar Jesús Fernández, Extracto de la conferencia pronunciada en La Virgen del Camino en el Encuentro de la Orden Seglar de la Provincia de España, titulada *La identidad de los miembros de la Orden Seglar de Santo Domingo*, Septiembre de 2007



Los muchos rostros de la predicación¹

“Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias” (Rm 10,15)

La hermana Terry Rickard afronta su misión, su llamada a proclamar la Buena Noticia con una reverencia, amor, apertura, entusiasmo y alegría que vienen de una fe profunda en la presencia revelada de Dios, nacida de una de oración y contemplación. Por la gracia de Dios y con la bendición de sus hermanas dominicas de Blauvelt, la hermana Terry ha sido enviada a llevar a otros la Palabra de Dios como mujer predicadora.

¿Quién es el predicador? ¿Qué es predicar? Un predicador es alguien que articula la presencia revelada de Dios en la creación, la Sagrada Escritura, en la interacción con los otros y en las situaciones humanas que conforman la realidad de la vida cotidiana. La presencia revelada de Dios no está terminada ni limitada, y continúa en nuestro tiempo. De la misma forma que la revelación no tiene límites tampoco la predicación. “La predicación tiene gran variedad de formas”, afirma Terry, “de la homilía litúrgica a la catequesis, la formación en la fe, retiros, atención pastoral, trabajo por la justicia y el diálogo dentro de una comunidad de creyentes”.

Aunque la hermana Terry es una brillante predicadora desde el púlpito, su visión de la predicación es mucho más amplia. La perspectiva fundamental de Terry es ver la predicación como una “conversación”. Este tipo de predicación se da en cualquier lugar donde la Palabra y la vida entran en “conversación” auténtica. Este es en realidad el “estilo de Jesús” de predicar, pues no podemos dejar de ver que Jesús ofreció la mayor parte de su enseñanza en el contexto informal de la vida diaria, utilizando situaciones y símbolos que eran comunes y corrientes para la gente”.

En su tesis doctoral, titulada *La dimensión homilética de las comunidades cristianas*, Terry dice que “la conversación auténtica se da cuando personas con mentes y corazones abiertos comparten la verdad de sus vidas a la luz de la Palabra y asumen el riesgo de ser convertidos por esa experiencia. Para Terry, estas conversaciones auténticas, esta forma de predicar, se da en las pequeñas comunidades cristianas. La finalidad de estas comunidades, dice Terry, “es traer a la memoria la fe, sembrar nuevas intuiciones y mover a los participantes a la acción evangélica”. Y añade, “las pequeñas comunidades cristianas son espacios privilegiados de animada conversación en torno a la fe y la vida, y ofrecen a la Iglesia otro lugar donde la gente puede escuchar y dar respuesta a la predicación de la Buena Noticia.”

Con su fe en la predicación como conversación, Terry utiliza sus dones y talentos, su conocimiento teológico, y su comprensión del dinamismo humano de la comunicación, no solamente para predicar de una forma conversacional, sino también para promover pequeñas comunidades como una forma de predicación comunitaria. Como directora ejecutiva de *RENEW International*, cuya finalidad primera es revitalizar la vida parroquial a través de la formación de pequeñas comunidades, ha sido un gran instrumento en el desarrollo de programas para promover este tipo de predicación. Terry comentaba que “yo elijo llevar a cabo mi servicio en *RENEW International* precisamente porque puedo llevar a cabo la misión dominicana de ofrecer la Palabra de Dios en la Iglesia y el mundo de hoy a través de muchas y variadas oportunidades de predicación formal, pero más importante aún, a través de la formación y promoción de comunidades de *Sacra Praedicatio*”.

Para Terry la predicación comienza poniendo nombre a la acción gratuita de Dios en lo profundo de la experiencia humana, no sólo en el pasado, sino también en el momento presente. Terry afirma, también “los buenos predicadores están llamados también a poner nombre a la verdad de la desgracia presente en nuestro mundo de violencia y sufrimiento. La misericordia de Dios y la llamada a la justicia debe resonar a través de toda la predicación, en cualquiera de sus formas”. La vida de Terry está animada por su entusiasmo por la misión de predicar y su generosidad no sólo al compartir los frutos de su contemplación sino también su vida.

1.- Entrevista tomada del Boletín *Praedicare* editado por Sisters of St. Dominic of Blauvelt, Vol IX, verano de 2009



Textos sobre la predicación

Desde la Orden

He pasado mucho tiempo, y aún lo paso, preparando mis predicaciones; pero mi lengua no hubiera podido proferir nada útil y asimilable por los otros si mis oídos no se hubieran abierto antes. Los oradores no pueden descuidar su talento. Pero, estoy persuadido de que el menos dotado de ellos llegará a vencer sus deficiencias, si se queja de su sordera espiritual, si acude a la gracia de Jesús, y si escucha a los hermanos lo bastante para que cada uno se reconozca en lo que dice.

A.M. Carré, *No me pesa haber creído*, Narcea, Madrid, 1977, p. 69

Domingo era consciente de que la Palabra de Dios tenía que leerse con humildad, con el corazón abierto y con vívida fe que buscara penetrar el corazón del misterio del amor de Dios. Así como el profeta, la primera pregunta que un predicador plantea no es: ¿Qué voy a decirle a la gente?, sino más bien: ¿Qué es lo que está diciendo Dios? Y ésta es seguida inmediatamente de otra: ¿Qué es lo que Dios quiere que diga? Sólo de esta manera podemos predicar y enseñar de manera efectiva.

Joseph Ellu, *Maestro Domingo y la gracia de la predicación*, IDI 477, dic. 2009, p. 286-287

Habrà de ser también la nuestra una predicación ecológica, una palabra clara que aluda a la felicidad de la vida y al amor por la vida. Estos contenidos de nuestra predicación se convertirán en una hermosa e imperiosa expresión de nuestro amor al mundo y a la humanidad, realidades tan estrechamente unidas y hoy particular reclamo de verdadera compasión.

César Valero Bajo, *Predicación dominicana hoy*, Encuentro formación permanente, 2008

Desde el pensamiento cristiano

A la manera mundana, preguntamos: ¿Quién predica hoy? En rigor, no deberíamos hacer esta pregunta. Pues, aquí, en la casa de Dios, tanto si predica el pastor como el sacristán, el predicador más famoso o el estudiante de teología más desconocido, siempre es uno solo quien predica, y siempre es el mismo: Dios en los cielos. El hecho de que Dios esté presente, esto es la predicación, y el hecho de que estés ante Dios, esto es el contenido de la predicación.

Kierkegaard, citado por N. Viallaneix, *Kierkegaard: el único ante Dios*, Herder, Barcelona, 1977, p. 122

No lleses a los demás el mensaje de tu fuerza, de tu virtud, de tus méritos, pues eso les deprimiría, insultaría su miseria. Llévalos el mensaje de tu redención. Si eres un ser débil a quien Dios fortifica, un avaro a quien Dios desprende de sus posesiones, un impuro a quien purifica, un rencoroso a quien enseña a perdonar, entonces tienes un mensaje de salvación que llevar al mundo. Y, puesto que tu miseria les es fraternal, cualquiera podrá creer que tu curación le atañe también a él. Se reconocerá en ti y deseará este mismo amor que tú encuentres. El apóstol circula por el mundo, abierto, vulnerable, desarmado, y a su paso, todos sospechan que no existe otra fuerza mayor que la de atreverse a ser débil, natural, así de sencillo. Entonces da testimonio de otro: ha debido encontrar a alguien muy grande para poder ser feliz siendo tan pequeño.

Louis Evely, citado por J. Bouchard, *Cristo mañana*, Atenas, Madrid, 1976, p. 105-106

Desde la literatura actual

Cada palabra es una semilla. Y como tal, cuando es fecunda, contiene en sí su alimento.

De noche las plantas, a través de la linfa, conducen las proteínas sintetizadas durante el día por las hojas hasta las partes que tienen mayor necesidad de alimento: las semillas. Como madres amorosas, saben muy bien que sin una reserva de alimento, esos granos no serán jamás capaces de abrir el tegumento y de romper la tierra. Sin proteínas, sin aminoácidos, sin los ladrillos de la existencia, el tallo no podría tener nunca la fuerza para crecer, para ahondar las raíces y cubrirse de hojas, para ir hacia arriba, hacia el cielo y convertirse en un árbol.

Hace demasiado tiempo que nuestras palabras -las palabras de los hombres- no saben enraizarse. Dan vueltas, cansadas, sin encontrar un terreno que les permita abrirse paso en el parloteo cósmico que nos envuelve. Un resquicio de sentido, de verdad, de fundamento.

Son tantas, demasiadas, siempre inútiles. Nos hablamos continuamente, con los medios tecnológicos más avanzados para no decirnos nada. Es más, nos hablamos y más dificultades tenemos para comprendernos.

A propósito de las palabras-semillas, las nuestras son palabras-confeti. Se mueven según el aire y cuando éste se para, se posan en el suelo, a la espera de otro remolino de viento.

Hablamos y hablamos sin tan siquiera dudar de que la palabra, para existir de verdad, debe nutrirse de la escucha.

Sólo escuchándolo a Él, que nos habla con una voz potente o con un suave murmullo, podemos reflexionar sobre nuestra grandeza y escapar a las tentaciones de la ignorancia, de la impaciencia, de la llamada de esa idolatría que, bajo falsa apariencia, como el lobo disfrazado de cordero de la fábula, está devorando la dignidad de las personas.

Sí, cada palabra es una semilla, y el corazón del hombre es el lugar donde debe posarse.

Es ahí, en nuestro interior, donde debe echar raíces, romper el tegumento de la indiferencia, crecer. Ascender hacia el cielo, transformándonos de póngidos a criaturas llenas de sabiduría.

Susana Tamaro, *Cada palabra es una semilla*, Seix Barral, Barcelona, 2005, p. 121-122



Documento de Bolonia sobre Familia Dominicana - 1983

1. Prólogo

Dios llama continuamente a los hombres de las tinieblas a la luz de la Buena Nueva de Jesucristo. Él ha llamado siempre a hombre y mujeres para alabarlo y predicar su nombre. Domingo sintió esta llamada en el grito de los hombres y mujeres de su tiempo y les llevó el mensaje de esperanza y liberación. Desde el mismo principio el pueblo siguió las huellas de Domingo. Hoy, hombres y mujeres dominicos están atentos, como Domingo, a las necesidades de nuestro tiempo.

La Iglesia, el Pueblo de Dios, está abierta a los valores del Evangelio en cualquier lugar donde se halle y proclama estos valores hasta los confines del mundo. Los seguidores de Domingo, a causa de su diversidad, son un microcosmos dentro de la Iglesia en la propagación de la Palabra de Dios. Fieles al ejemplo de Cristo y a la visión de Domingo, nosotros estamos abiertos al Espíritu que llama continuamente a la Iglesia para hacer presente al Resucitado en todas las épocas y culturas.

2. Carisma de Domingo

2.1. Domingo era un hombre del Evangelio en palabras y acción. Tenía una sola pasión: conocer y experimentar la Palabra de Dios en la verdad, y desde esta experiencia, anunciar la compasión de Dios a los hombres y mujeres.

2.2. La Palabra de Dios, que se hizo hombre en el seno de María, ahora se encarna en nosotros como Palabra contemplada, celebrada con alegría, estudiada con atención, vivida y anunciada como Buena Nueva.

2.3. Domingo estaba en el corazón de la Iglesia al servicio del mundo. Era sensible a la Palabra hallada en el corazón de todo hombre y mujer, especialmente de aquellos que estaban esclavizados en la miseria y en la necesidad. Nosotros participamos de este carisma y de su visión profética, proclamando la Palabra que el Señor pone en nuestro corazón.

Nuestra vida apostólica se renueva continuamente en el diálogo con nuestros hermanos y hermanas y desafiada por los valores del Evangelio.

Domingo asoció mujeres a su misión afirmando con esto su puesto en la Iglesia y su misión. Como herederos de Domingo nosotros tenemos obligación de manifestar la igualdad y la complementariedad del hombre y la mujer.

Nosotros estamos abiertos al mundo, celebrando la bondad de la creación y animados a usar nuestra libertad y desarrollar los dones que Dios nos ha dado.

3. Los seguidores de Domingo

3.1. Desde el principio el carisma de Domingo fue realizado por diferentes grupos. Nuevas formas están todavía surgiendo pero todas encuentran sus raíces en Domingo. Él es el Padre Común.

El primer grupo llamado a la existencia por la predicación de Domingo fueron las monjas. En la primera época formaron parte de la *Jesu Christi Praedicatio* (Predicación de Jesucristo) de la que Domingo era el guía. Después que hubo establecido la Orden, estas monjas fueron incorporadas a esta Orden. Ellas estaban profundamente enraizadas en la labor de la predicación de Domingo por su forma de vida totalmente contemplativa. Las monjas conservan su relación original con la Orden a través de su profesión hecha al Maestro de la Orden, el sucesor de Domingo.

En 1215, Domingo fundó su Orden de Hermanos Predicadores cuya finalidad está resumida en estas palabras de Honorio III: "Dios te inspiró el piadoso propósito de abrazar la pobreza y profesar la vida regular para consagrarte a la predicación de la Palabra de Dios dando a conocer el nombre de nuestro Señor Jesucristo en todo el mundo". Los frailes comprenden sacerdotes y hermanos, formando una rama de la Familia Dominicana bajo el Maestro.

Desde el principio grupos de laicos se asociaron a la Orden, algunos de los cuales se comprometieron a su vida y misión de una manera más integral, sea en fraternidades, sea como "Hermanos y Hermanas de la

Penitencia de Santo Domingo”, con su propia regla. El laicado dominicano está directamente bajo la autoridad del Maestro.

De forma similar surgieron fraternidades de sacerdotes que deseaban ser integrados en la vida y el carisma de Domingo y su Orden.

Después de un período, especialmente en el siglo XIX, se formaron diferentes congregaciones de hermanas, las cuales por razón de su misión, participaron directamente en el Carisma de la Predicación de la Orden. Cada Congregación es independiente y la profesión incorpora a las hermanas a su Congregación y a la Orden.

En el siglo XX surgieron los Institutos Seculares. Su vocación a la evangelización es por vía de una presencia en el mundo en que expresan el don total de sí mismos a Dios. Hacen profesión de los consejos evangélicos en el espíritu de Domingo.

Un fenómeno de nuestro tiempo es el nacimiento de grupos con estructuras más flexibles, que miran a Domingo y a la Orden para su inspiración. Estos nuevos grupos, junto con los familiares, amigos y colaboradores, pertenecen a la Familia Dominicana en un sentido amplio.

3.2. Participando del carisma de Domingo, estos diversos grupos participan de la única vocación dominicana. En complementariedad y colaboración mutua, estas ramas constituyen la Familia Dominicana y realizan su misión respetando la autonomía y la vocación de cada una.

El principio y el signo de la unidad de la Familia Dominicana es el Maestro de la Orden, el único que fuera del Capítulo General, garantiza y promueve la fidelidad al espíritu de Santo Domingo.

Sobre la base de su igualdad, las diferentes ramas descubren su mutua responsabilidad. Esta mutua preocupación está expresada por las organizaciones regionales, nacionales e internacionales. Todo esto sirve para una cooperación fraterna a nivel local que es el área fundamental de misión y de unidad.

4. La evangelización como misión común por el Reino

4.1. Los miembros de la Familia Dominicana expresan su consagración bautismal en su especial carisma dominicano. La misión particular que nosotros recibimos es la proclamación de la Palabra de Dios, sobre todo compartiendo, como hizo Domingo, la misericordia de Dios como signo de liberación.

En el espíritu de Domingo esta Palabra está dirigida a todos, a “los pecadores, desamparados y afligidos” (Cf. B. Jordán de Sajonia, Lib. n. 12) y es esperada especialmente por los pobres, ciegos, cautivos, marginados de la sociedad.

Predicar en varias formas, de acuerdo con la tradición dominicana, es la fuerza liberadora indispensable, es muy necesaria para el mundo contemporáneo y, sin esto, no se puede cumplir el mandato de extender el Reino. Abiertos a las necesidades actuales de nuestro tiempo buscamos una vía a los jóvenes y a su mundo.

La Familia Dominicana, especialmente el Laicado Dominicano, muestra a los contemporáneos la riqueza de una espiritualidad laica, auténticamente apostólica.

4.2. El carisma dominicano de la contemplación se nutre continuamente de la Palabra de Dios compartida en comunidad. Así, en la proclamación de la Palabra de Dios, la Familia Dominicana expresa una unidad concentrada en la Palabra de Dios y trata de dar testimonio de la Buena Nueva.

4.3. Para ser predicadores eficientes, consideramos como una tarea central la formación permanente. Nuestro estudio, sobre todo, es estudio de la Palabra de Dios, pero debemos tratar de comprender también el mundo en que esta Palabra debe ser proclamada. En un mundo que cambia rápidamente, los dominicos escuchan y acogen la Palabra de Dios ya presente en las culturas en las que vivimos. Nosotros debemos estar en la vanguardia proclamando la Buena Nueva liberadora en las diversas culturas.

5. Conclusión

La Familia Dominicana está presente con fuerte vitalidad en los cinco continentes. Estamos unidos por los lazos profundos del Amor de Dios. Afirmamos nuestra solidaridad con todos nuestros hermanos y hermanas que sufren, especialmente con aquellos que son perseguidos por proclamar sin miedo el Evangelio de la justicia y de la paz. Apoyados en la profunda paz de nuestra vocación común caminamos llenos de esperanza hacia el futuro. Rogamos al Espíritu Santo para que renueve en nosotros el coraje de seguir en las huellas de Domingo: “HABLANDO SÓLO CON DIOS O DE DIOS”.



Hermanas Predicadoras

Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada Concepción

Actas del Capítulo General Caleruega-Julio 2008

92. La vida de las hermanas en comunión es una proclamación viviente del Reino y el primer medio de evangelización. Por tanto, SE NOS INVITA a vivir la profecía de cara a la situación actual de la humanidad, a ser predicadoras, ser testigos del Evangelio como mujeres consagradas (cf. Const. nº 89).

93. Santo Domingo, movido por la compasión, descubrió el carisma de su vocación apostólica: la predicación. Y éste es el servicio que quiso ofrecer a la Iglesia y a la humanidad a través de la Orden que él fundó. (Const. nº 88 § I)

La Nueva Predicación Profética, a la que estamos llamadas, está fundamentada en la pasión por Cristo y por la humanidad, en la pasión por la Verdad y la Compasión Dominicana.

95. Jesús les dijo: “Como el Padre me envió, así también os envío yo” (Jn 20,21).

El centro del carisma dominicano es la predicación, el anuncio kerigmático de la Palabra de Dios. Ser dominica es ser predicadora. Cada una de nosotras es alguien enviada desde Dios a aquellos con quienes nos encontramos. Cada uno es Palabra de Dios para el otro.

Ser predicadoras es ofrecer a la humanidad:

- ♦ una palabra compasiva,
- ♦ una palabra de vida,
- ♦ una palabra que hemos recibido,
- ♦ una palabra compartida.

Somos dominicas y estamos llamadas a predicar la Palabra. Esta predicación al estilo de Domingo de Guzmán deberíamos realizarla desde:

- ♦ nuestra realidad de mujeres dominicas,
- ♦ una escucha atenta y común de la Palabra,
- ♦ una mirada contemplativa y compasiva,
- ♦ el estudio,
- ♦ la itinerancia,
- ♦ la dignidad de la persona promoviendo la justicia, la libertad y la paz,
- ♦ la fraternidad.

96. QUEREMOS que la Congregación siga ahondando en el carisma de la Predicación.

NOS COMPROMETEMOS a vivir con mayor profundidad el carisma de Domingo, acercándonos a su compasión, a su pobreza, a su fraternidad, a su pasión evangélica.

97. LAS HERMANAS SOMOS PREDICADORAS:

- ♦ si desde un testimonio de vida evangélica anunciamos que otro mundo es posible,
- ♦ si vivimos la fraternidad y somos signo de comunión,
- ♦ si somos buscadoras junto con otros,
- ♦ si nuestras comunidades son más proféticas, más atentas a la realidad, más comprometidas, más ingeniosas para hablar de Jesús con la vida y despertar en otros el deseo de conocerlo.

99. Nuestra vida religiosa es profecía para el mundo. ESTAMOS LLAMADAS:

- ♦ a contemplar y dar lo contemplado,
- ♦ a sintonizar con la pasión y la compasión evangélica de santo Domingo,
- ♦ a reflexionar sobre cómo ser hoy profetas en medio de nuestros distintos ámbitos y presencias,
- ♦ a revisar nuestro estilo evangelizador con la gente y ofrecer un sistema incluyente y fraterno,
- ♦ a responder con sabiduría evangélica a los interrogantes que hoy brotan del corazón humano y de sus necesidades más urgentes, haciendo discernimientos a la luz de la Palabra de Dios y de los signos de los tiempos,
- ♦ a compartir con otros el espacio-mundo de la historia.

Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia

Constitución Fundamental

XIV. Participando del carisma de Domingo de Guzmán nuestra Congregación se constituye miembro de la Familia Dominicana, lo cual nos exige complementariedad y colaboración mutua para llevar a cabo la Predicación de la Palabra dentro de nuestras características congregacionales.

Constituciones DMSF

41. En el seguimiento de Jesús la dimensión esencial es la Misión: la realización del Reino. Así se manifiesta desde la llamada de los primeros discípulos. Somos por tanto, enviadas a participar de la misión de Jesús que se continúa en la Iglesia. Por tanto, nuestra vida debe estar penetrada de espíritu apostólico, y toda nuestra acción apostólica de espíritu religioso.
42. La evangelización la realizamos mediante el anuncio de la Palabra, testimonio de vida, y la actitud de conversión a que nos urge el contenido de la Palabra.
43. Nuestra vida dominicana, fundada en una vocación de fe, se proyecta comunitariamente en la Misión, con el testimonio de la fraternidad, que vivida desde la experiencia del Espíritu debe ser presencia de las características del Reino.

Desde esta vivencia nuestra vida religiosa debe mostrarse como misión profética en constante diálogo con el mundo, celebrando con los hombres la presencia salvadora de Cristo.

44. Como miembros de la familia dominicana participamos de la acción apostólica derivada del carisma de la Orden: "Aquel que no cesa de fundar a su Iglesia con nuevos creyentes, ha querido conformar nuestros tiempos con los de los orígenes y difundir la fe católica. Él nos inspiró, pues, el sentimiento del amor filial, por el cual, abrazando la pobreza, y haciendo profesión de vida regular, consagráis vuestras fuerzas a hacer penetrar la Palabra de Dios, al mismo tiempo que lleváis por el mundo la Buena Nueva del Nombre de Nuestro Señor Jesucristo"

Misioneras de Santo Domingo

Constitución Fundamental

& III: Así pues, la Orden de Predicadores fundada por santo Domingo fue instituida específicamente desde el principio "para la predicación y la Salvación de las almas" por lo cual nuestro Instituto, surgido de una nueva vivencia de la Orden en un momento particularmente marcado por el impulso misionero femenino, contempla el aspecto del carisma misionero de Sto Domingo, y desde su origen se ha orientado hacia las misiones de Extremo Oriente.

Constituciones

- 46.- & I. En nuestra acción apostólica es necesario no solamente atender a las situaciones y aspiraciones de las personas a las que dirigimos nuestra evangelización, sino también establecer con ellas un trato vivo, de forma que permanezca como norma de toda evangelización la transmisión de la palabra revelada, sobre todo, entre quienes están alejados de la fe.

Congregación de Santo Domingo

Actas del XVIII Capítulo General - Agosto 2007

Para nosotras ser dominicas es una invitación constante a hacer memoria y actualizar el espíritu de la madre Teresa Titos y de la comunidad fundante.

[...] Hoy siguen invitándonos a potenciar y revitalizar el estudio que nos lleve a vivir una "espiritualidad de ojos abiertos"; a hacer de la oración diaria el espacio de encuentro con Dios donde presentar las necesidades de la humanidad, y a predicar en toda circunstancia al Dios de la Vida, con palabras creíbles, capaces de generar esperanza.



Características de nuestra predicación¹

Capítulo General de Walberberg

Declaramos y proclamamos nuevamente que nuestra Orden, siendo “partícipe de la misión apostólica” (LCO 1, IV), por su propia naturaleza debe estar siempre en acto de misión. Así pues, fieles al carisma de santo Domingo, “entregados por entero a la evangelización de la palabra de Dios”, (Honorio III), prediquen los frailes el Evangelio de Cristo en toda su amplitud a todas las gentes, “grupos y pueblos, a creyentes y no creyentes y, especialmente, a los pobres” (LCO 98), teniendo siempre presente que la justicia es uno de los elementos constitutivos de la predicación evangélica.

Al examinar las notas específicas del carisma de nuestra predicación a la luz de la vida de santo Domingo y de la tradición de la Orden, y teniendo presentes las reivindicaciones del mundo actual, vemos que nuestro carisma responde óptimamente a las necesidades de nuestro tiempo. Sin embargo, es necesario que busquemos solícitamente nuevos ámbitos y modos de predicar. Queremos, pues, delinear algunas características de nuestra predicación en nuestros días.

Predicación profética:

La mejor tradición de la Orden muestra que nuestra predicación siempre fue profética (LCO 1, V). Una predicación simplemente teórica y abstracta, una exposición meramente intelectual de algún sistema no concuerda con el espíritu de santo Domingo ni es camino válido para proclamar el Evangelio en el mundo actual. La predicación profética es proclamación, no del propio conocimiento, sino de la Palabra del Dios vivo y vivificante, anuncio íntegro del Evangelio revelado, que contiene palabras de vida eterna. Por eso, la predicación no puede consistir en la mera conservación de algunos elementos antiguos, sino que, por lo contrario, debe proponer, con espíritu abierto, nuevas cuestiones propias de estos tiempos, y buscar, a la luz de la verdad eterna, las respuestas que debemos ofrecer. No es posible, pues, omitir el análisis serio de los signos de los tiempos, que procede de principios sobrenaturales y es iluminado por la oración.

En otras épocas, siempre que la Orden supo discernir estos signos de los tiempos en el corazón de períodos conflictivos de la historia, nuestra predicación fue verdaderamente eficaz.

Para discernir los signos de los tiempos debemos atender diligentemente al clamor de los pobres, los oprimidos, los marginados y torturados, y de todos aquellos que, por motivos de raza, religión y denuncia contra la injusticia, sufren persecución. Dios nos habla a través de estos clamores, y también a través del silencio de los que no tienen voz y viven en apatía, soledad y desesperación.

Predicación y pobreza:

Como en la vida de santo Domingo, en nuestra Orden la predicación y la pobreza están íntimamente unidas. La pobreza no es sólo una especie de abnegación de sí mismo, sino también testimonio y medio apropiado para que nuestra predicación sea digna de crédito; es signo de su autenticidad y sinceridad. Esto es hoy en día mucho más necesario y urgente que en otros tiempos.

Vivimos en un mundo en el que aumenta la división entre ricos y pobres, cosa cierta tanto entre naciones pobres y ricas, como entre personas y grupos. Más aún, el pobre tiene hoy mejor conocimiento de las estructuras nacionales e internacionales que son causa de este estado de servilismo y pobreza. Si, en un mundo como éste, nos presentásemos conviviendo más con los ricos que con los pobres, nuestra predicación no sería digna de crédito. ¿Cómo podríamos liberar al rico del dominio de las riquezas y de otros bienes materiales, si nosotros mismos no viviésemos sobria y sencillamente? ¿Y cómo podremos esperar que el pobre acepte seriamente nuestra predicación, si no nos acercamos a él en su modo de vivir? Es de suma importancia que nuestra pobreza sea de verdad y aparezca como nota específica eminente de la predicación de los frailes de nuestra Orden.

Predicación y compasión:

Según el espíritu de santo Domingo, nuestra Predicación debe enraizarse en la compasión -una compasión profunda hacia aquellos que padecen especialmente por el egoísmo y la injusticia provocados por otros. Sólo la compasión puede remediar nuestra ceguera y hacer posible que veamos los signos de los

tiempos. Sólo la compasión puede llevarnos a la humildad en nuestra predicación -humildad por la cual estamos dispuestos a escuchar y a hablar, a recibir y a dar, a dejarnos influir e influenciar, a ser evangelizados y a evangelizar.

Esta especie de compasión y humildad proviene únicamente de una profunda unión con Dios en Cristo. Estamos unidos con Dios cuando imitamos la compasión y el humilde servicio de Cristo. La compasión y la humildad son fuentes de las que mana el conocimiento de los signos de los tiempos, impregnado de oración y contemplación. Contemplamos así a Dios, que se nos ha revelado a través de la Sagrada Escritura y que manifiesta su voluntad en los signos de los tiempos. Este es el fundamento espiritual de toda nuestra predicación.

Predicación y reflexión teológica:

Nuestra predicación siempre se ha cimentado en un profundo y científico estudio de la teología. Las crisis del mundo actual, el escándalo de la creciente pobreza e injusticia, la confrontación de distintas culturas, el contacto con pueblos descristianizados, todo esto es un desafío para nosotros. Nuestra práctica de la reflexión teológica debe prepararnos para penetrar profundamente el significado de estos hechos en el misterio de la Divina Providencia. La contemplación y la reflexión teológica nos capacitan para buscar modos más aptos en la predicación actual del Evangelio. Este es el verdadero camino para que nuestra predicación sea de verdad doctrinal y no exposición abstracta e intelectual de algún sistema. [...]

Catequesis en los medios culturales y lugares ajenos a la fe cristiana:

El mundo “descristianizado», o, como suele decirse, el “post-cristianismo”, vive alejado del conocimiento de Jesucristo muerto y resucitado, y de los criterios evangélicos para los actos y proyectos humanos. Esta situación puede constatarse no sólo en las sociedades donde rige el ateísmo militante, sino también en las que se confiesan cristianas aunque ejercen un ateísmo práctico. Hay también muchos que viven fuera de la comunidad eclesial o son indiferentes y ajenos al Evangelio de Jesucristo. Señalamos también la inmensa muchedumbre de pobres del Tercer Mundo. Aunque Dios, por predilección, escoge en primer lugar a los pobres, aunque los pobres pueden percibir mejor la fuerza del Evangelio, con frecuencia el lenguaje tradicional de nuestra predicación no llega a ellos.

Conocemos estos espacios humanos sólo de lejos, por lo cual debemos buscar nuevos ámbitos y formas de vivir y predicar, más aptas para dar testimonio del Evangelio. [...]

Nota:

Proponemos los siguientes ejemplos de nuevas formas y lugares de predicación para alimentar la imaginación:

- algunos frailes acogen a la gente en sus propios conventos, la escuchan, platican con ella y celebran juntos la eucaristía;
- otros frailes trabajan con obreros en las fábricas, o realizan su ministerio entre los profesores y estudiantes en las universidades, o bien colaboran con los médicos y personal sanitario en los hospitales;
- en otras partes, los frailes y las hermanas, para lograr un método de misión más eficaz en las parroquias visitan a la gente en sus casas, la escuchan, rezan y estudian junto con ella la Sagrada Escritura;
- como nuevos lugares podemos señalar los centros de turismo y otros lugares donde confluyen muchedumbres como los centros comerciales, los aeropuertos, etc.; en esos lugares a veces se construye un lugar apto para la oración;
- en el Tercer Mundo las principales formas nuevas son: la animación de comunidades de base y la formación de ministros y líderes laicos.



Los lugares de evangelización¹

Capítulo General de Roma

Nuevos lugares de evangelización

El término “lugar de evangelización” expresa la realidad de diversos modos: primero, el lugar geográfico donde podemos encontrar auditorio; segundo, las exigencias sociales y psicológicas de los hombres; tercero, los medios de evangelización, v. gr., instrumentos audio-visuales; cuarto, la mentalidad con la que evangelizamos. Ha sido notable el ingenio apostólico de los frailes en muchos lugares y en diversas épocas, pues muchos fueron enviados “oportuna e importunamente” a los varios pueblos y naciones. Hoy, en cambio, en muchas naciones, por la “descristianización”, secularización y otras causas, se hace cada día más difícil llegar a las masas por la predicación, y la acción apostólica individual de los frailes ya no es suficiente. Surge de aquí el problema, cada vez más acuciante en nuestras Provincias, de encontrar nuevos lugares de evangelización (n. 29).

Recomendamos que todos nuestros frailes se interesen por descubrir los lugares, oportunidades y situaciones donde podamos ser testigos del Evangelio por nuestra presencia, nuestra vida y nuestra palabra evangélica (n. 31).

Recomendamos a nuestros frailes que atiendan a los valores verdaderamente humanos que emergen con profusión en nuestras sociedades y traten de vincularlos con la idea cristiana del hombre. Utilicen el estudio de la antropología y las ciencias humanas para hacer, de muchos, oyentes de los hombres y de Dios, que habla por medio de ellos (n. 32).

Exhortamos a nuestros frailes a que consideren los valores y necesidades humanas que se difunden en muchos movimientos espirituales de nuestro tiempo y que para los jóvenes son de máxima importancia (v. gr., la paz, la justicia, la ecología, la carencia de ocupación retribuida) y de ellos se sirvan oportunamente para expresar su testimonio de la verdad del Evangelio y de la tradición cristiana (n. 33).

Teniendo en cuenta que muchos esperan que nuestros conventos sean lugares de diálogo sobre diversos temas, también no teológicos (v. gr., problemas de comunicación y convivencia, cuestiones sociales, cultura humana, etc.), e incluso sobre cuestiones y opiniones de las gentes que vienen a nosotros de diversas culturas, religiones, edades y clases, recomendamos a los hermanos que nuestras comunidades se conviertan en un nuevo lugar de evangelización y se ordene debidamente en ellas el mencionado diálogo (n. 36).

La evangelización en las parroquias

Las parroquias encomendadas a la Orden deben tender a realizar las siguientes notas:

a) Nuestros frailes que trabajan en parroquias ejerzan el ministerio pastoral conforme al espíritu de la Orden, atendiendo sobre todo a una predicación doctrinal acomodada a las circunstancias actuales, fomentando entre los fieles conocimientos bíblicos y una liturgia vivida, a cuya participación sean calurosamente inducidos.

b) Atiendan a que los laicos, tanto hombres como mujeres y sobre todo los jóvenes, sean formados de tal modo que puedan llegar a ser líderes de sus grupos. Y, asimismo, para que participen oportunamente en el ministerio de la evangelización y en otras tareas que no competan exclusivamente al oficio sacerdotal.

c) Esfuércense en dar testimonio, individual y comunitario, de su efectiva solidaridad con los pobres (LCO 31, 11) y con todos cuantos por diversas causas se sientan marginados de la convivencia civil. Y, asimismo, compórtense de un modo evangélico con los que pertenecen a otras iglesias cristianas, militen en religiones no cristianas o hayan abandonado la fe cristiana.

d) Animados con renovado fervor, inspirados en la vida común dominicana, los hermanos se han de dedicar activamente al ministerio pastoral, mostrando con su espíritu de abnegación la imagen auténtica de aquel pluralismo, que parece ser propio del carisma dominicano (n. 39).

Tanto en el ministerio parroquial como en la administración de los sacramentos hagan con empeño los hermanos una verdadera obra de evangelización (n. 40).

La evangelización en los santuarios

El ministerio de la evangelización se encomienda a los frailes de modo especial en circunstancias o ambientes en que se manifiesta particularmente la piedad popular y en donde la acción pastoral de los hermanos alcanza a una multitud de fieles cuya vida cristiana no está en muchos casos suficientemente formada (n. 43).

Recomendamos a los frailes que con solicitud y esmero:

a) Transformen en gradual y ordenado progreso nuestros santuarios, depurándolos de toda especie de manipulación y comercio para que sean de verdad:

- lugares privilegiados en que se ejerza el ministerio de la evangelización y reconciliación;
- signos de la presencia de Dios;
- centros de renovación cristiana a través de la devoción e imitación de la Santísima Virgen;
- testimonios de solidaridad en que las colectas de limosnas sean destinadas, sobre todo, a ayudar a los pobres. [...]

b) Vivifiquen las expresiones de la piedad popular con predicación verdaderamente evangélica, que responda a las expectativas de justicia y fraternidad (n. 44). [...]

La evangelización con el rosario

Sobre la tradición dominicana de la recitación y predicación del Santo Rosario, de nuevo afirmamos lo que el Capítulo General de Quezon City ha declarado (QC IV-58). Por lo cual recomendamos la práctica y difusión del Rosario también según nuevas formas, que ayuden a una más eficaz contemplación de los misterios de salvación, recordando que el Rosario no es sólo una devoción sino también instrumento de predicación (n. 45).



Nuestra predicación¹ *Capítulo General de Ávila*

Siendo el anuncio del Evangelio la vocación fundamental de la Iglesia, su identidad más profunda (*Evangelii Nuntiandi*), invitamos a renovar nuestras estructuras, nuestras comunidades y nuestra personal fidelidad, para experimentar nuevamente el gozo de la evangelización: “qué bellos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz” (Is. 52, 7). Santo Domingo vivió hondamente el conflicto de la inadecuación entre las necesidades de la gente y lo que la Iglesia les ofrecía. Y porque sufrió en su persona ese dolor, es que fue capaz de dar una respuesta creativa, original y eficaz al mundo y a la Iglesia de su tiempo.

La predicación como signo de esperanza

En un mundo que está amenazado por signos de desesperación la predicación es un acto de esperanza. Esperanza que se traduce en la alegría de vivir, comunicada a los demás por nuestra palabra y nuestros gestos. Esperanza en el hombre y en el mundo. No en ellos aislados ni en sus signos de decadencia, sino en su condición de epifanía y de imagen muestran que el mundo y el hombre han sido creados y son guiados por el Señor de la historia (Col. 1).

Pero sobre todo la predicación es un acto de esperanza en la fuerza y la vitalidad de la Palabra de Dios (Hebr. 4). Nuestra palabra no es nuestra sino de Aquél que nos ha enviado, y a pesar de la pobreza de nuestros discursos o la flaqueza de nuestro testimonio, tenemos la seguridad de la fecundidad de nuestro mensaje, ya que es Dios quien da el incremento (1 Cor. 3,6).

Los jóvenes de hoy no son menos generosos que los de siempre, ni nuestro proyecto de vida menos atrayente. Una renovada fidelidad comunitaria seguirá siendo la mejor invitación para abrazar la vida dominicana.

El fundamento de nuestra predicación

Ante todo nuestra predicación es un hecho de fe. Vive de la fe. De una fe personalmente asumida y continuamente reavivada por el constante espíritu de conversión, celebrada en la oración y compartida en la Eucaristía.

No bastan las buenas intenciones, ni aun el movimiento de amor solamente humano, para que exista un predicador. El dominico tiene que tener alma de profeta, y el profeta se forma en el encuentro profundo con el silencio de Dios (Os. 2, 16).

Una de las enfermedades de hoy es la ausencia de Dios en la vida del hombre. Muchas veces también la sustitución de su primacía por otros valores o pseudovalores, que son amados sobre todas las cosas. Este ateísmo práctico puede entrar también en la vida religiosa. Los jóvenes que se allegan a nosotros, más allá de su ingenuidad o de su idealismo, nos interpelan y nos recuerdan que el primer testimonio de nuestra consagración es la primacía del amor a Dios por encima de todo otro amor.

El Evangelio que hemos recibido no es de origen humano (Gal. 1,11) y, como a los profetas, nos puede resultar costoso ser portadores de ese mensaje, pero siempre la Palabra del Señor nos animará: “No temas ... lo que yo te mande dirás” (Jer. 1, 7).

En la iglesia de la caridad

Sin embargo, lo principal es que nuestra predicación es un modo de amar. Nadie puede dar lo que no tiene. Por eso el testimonio del que somos portadores surge de la conciencia gozosa de un Dios que nos ha amado primero (1 Jn. 4, 10). Cada uno de nosotros tiene en el origen de su vocación la seguridad íntima de esa predilección (Is. 49, 1-2). Ese amor no se limita a una experiencia privada, sino que se hace perfecto en la comunidad de convocados, de los que han venido a vivir juntos (*conventus*). De esa experiencia de «*ecclesia*» de nuestras comunidades es que surge la predicación auténtica.

Esa novedad de vida, personal y comunitariamente sentida, ese convencimiento de haber sido elegidos por amor y para amar (Jn. 15, 16) está en la base de nuestra predicación.

Para renovarnos hoy como dominicos tenemos que renovar nuestro amor a Dios. Tenemos que renovarnos desde nuestra oración. Este es el primer gesto que tenemos que emular de santo Domingo, que dedicaba el día a los hombres y la noche a Dios.

Dado que de la abundancia del corazón habla la boca, en nosotros el amor a Dios se hace amor a los hombres, se hace predicación. Este es el sentido siempre válido de la expresión *caritas veritatis*. Amar a los hombres dándoles la Verdad. Amar a los hombres dándoles a Dios.

No ama solamente aquel que da, sino también el que recibe. La predicación también tiene que ser hoy capacidad de escucha, de recibir al otro, de comprenderlo y acompañarlo en silencio. Capacidad de acoger, como Domingo “en el amplio seno de su caridad” en la que todos cabían, sus alegrías y sus esperanzas, sus inquietudes y sus problemas, sus sufrimientos y debilidades.



¿Qué significa predicar hoy en día?¹

Capítulo General de Oakland

El siglo XIII, cuando vivió santo Domingo, era un tiempo de cambios dramáticos. Ordenes más antiguas se echaban hacia atrás, por miedo ante un mundo en transición. Santo Domingo se adelanta para enfrentarse sin miedo al futuro, movido por la compasión para con los hombres y mujeres confusos, y en busca de un nuevo sentido. Como Santo Domingo, no tenemos miedo a escuchar la Palabra de Dios tal como se nos revela en el mundo de hoy que también está en transición. Queremos hacerlo porque la fidelidad a Santo Domingo y a la Iglesia lo demandan. Pero, "¿Qué clase de predicación es aquella que mantiene vivo el fervor de los predicadores y se demuestra irresistible para los oyentes? ¿Qué clase de vida está sosteniéndola, produciendo tales frutos?".

"Nuestra experiencia de escuchar", nuestro compromiso para con las vidas de otros y nuestras reflexiones, nos han abierto los ojos para un mundo de mentiras. Con nuestro carisma de buscar y proclamar la Verdad, este mal constituye para nosotros un particular desafío (Carta de Oct. 88). Somos llamados a ayudar a construir mediante nuestra predicación una cultura de la verdad y de las relaciones humanas, para reemplazar la cultura de la mentira. La compasión de Santo Domingo nos urge a denunciar la injusticia, a leer los signos del futuro que se están realizando y a hacer los proyectos respectivos. En el corazón de estas situaciones muy concretas, con sus implicaciones sociales, políticas y humanas, nuestra predicación, fiel a Dios y a la humanidad, distinguirá entre lo que está muriendo y lo que está naciendo, entre lo que significa salvación y lo que no, entre la verdad y la ilusión o la mentira.

No podemos pasar por alto el rol que los medios internacionales de comunicación tienen respecto a la creación de este mundo de mentiras y al establecimiento de un imperialismo cultural. Confesamos nuestra propia participación al legitimar mediante nuestro silencio el creciente abismo entre el lujo y la miseria, entre los ricos y los pobres. Estamos llamados a responder con creatividad a los problemas contemporáneos del hambre mundial, de los conflictos sociales, del aumento de la violencia contra la naturaleza y contra ciertos sectores de la sociedad, especialmente cuando esta violencia se dirige contra las mujeres. Para nosotros eso no es sólo una cuestión feminista sino una cuestión del conocimiento de Dios y su justicia. Es parte de nuestra tradición y lo ha sido siempre, desde que Santo Domingo recibió primero a mujeres marginadas y las convirtió en la base para su predicación.

Aceptamos las consecuencias de vivir en diálogo con un mundo pluralista. Aceptamos las consecuencias de un proceso inevitable de secularización. Aceptamos las implicaciones sociales y políticas de nuestra fe y de nuestra tarea como predicadores. Muchos de nuestros hermanos y hermanas ya lo han hecho, poniéndose decididamente al lado de los pobres.

Nuestra predicación tiene que dirigirse a este mundo. Tiene que poseer relevancia, porque no podemos predicar hoy en el lenguaje de ayer. Es ésta la actitud que da credibilidad a nuestra predicación. Jamás será una orientación vivencial si los predicadores no la han vivido para su propio bien y su propia felicidad. Los que nos están escuchando, muy pronto se dan cuenta de que algunas de nuestras palabras no son más que palabras, sin raíz, sin ser verdadera fuente de vida para el que está predicando. Por eso es necesario confrontar la situación de injusticia en el mundo: un mundo donde la pregunta por la existencia de Dios es trivial frente a la pregunta por su justicia. Se trata de un mundo donde, para millones de gentes, el problema fundamental no es Dios, sino "¿quién tendrá que comer?", o simplemente "¿quién está muriendo?" Hablar de Dios se hace cada vez más difícil. Esta dificultad no puede justificar una evasión hacia la dimensión meramente horizontal. Tenemos que buscar el necesario equilibrio capaz de garantizar la integridad del Evangelio y su verdad.

El estudio es sumamente necesario para la predicación y la salvación de las almas (Humberto de Romans), pero éste es el mundo que debemos estudiar. Si la predicación se orienta hacia la salvación de la persona entera, entonces es en este mundo en el que debemos ser salvados. Un mundo que nos convoca porque estamos llamados especialmente a aquellas áreas de necesidad en las que la Iglesia tiene dificultades en responder (Carta del Maestro de la Orden sobre la Predicación). Para que nuestra predicación tenga relevancia es urgente que evaluemos nuestra formación intelectual. Tenemos que preguntarnos si es adecuada para el cumplimiento de nuestro rol profético en la Iglesia (Informe del Maestro de la Orden para el Cap. Gen.). La predicación verdaderamente dominicana nos lleva hacia una comprensión intelectual de la fe y

una más profunda reflexión respecto a una visión de la vida que puede ayudarnos a construir el futuro de manera nueva. A diferencia de los fundamentalistas, creemos que la Biblia no es un libro mágico de respuestas preparadas sino, más bien, un camino en la historia, muy concreto, que suscita preguntas y busca vida.

El convento en casa y en camino

Nuestro avance hacia estas áreas nuevas de necesidad requiere que reinterpretemos nuestro espíritu. No es que primero contemplemos para luego salir hacia los otros (*aliis tradere*). *Nosotros, llamados a predicar, somos primeramente convocados a contemplar con los otros, estar a la escucha, a ponernos al lado de los que oyen la palabra de Dios. Nosotros, predicadores, no estamos del lado del misterio, que nunca podemos pretender como nuestro. Para ambos, predicador y pueblo, el misterio se revela en lo nuevo, sorprendiéndonos por caminos impredecibles.*

Tenemos que acompañarnos mutuamente, apoyarnos y atrevernos a compartir nuestras historias personales, para así poder predicarnos los unos a los otros. Nuestra predicación, como nuestra vida, es comunitaria. Si nuestras comunidades son lo que se supone deben ser, es decir, comunidades misioneras, entonces la vida con la gente les ayudará a dar a la comunidad una forma tal que dejará que su presencia no sea sólo física, sino una presencia inspirada por la oración, la contemplación y las reuniones comunitarias, que no son medios de evasión, sino de hacernos presentes entre la gente de forma real y profunda. Esta presencia es nuestra primera manera de predicar. *Escuchar de modo dominicano implica una comunidad de hermanos y hermanas y compartir en la comunión del mismo proyecto de vida.* Esta gente estará entonces presente desde el primer momento en que se prepara la respuesta al mundo.

Hoy día, predicamos siendo fieles a nuestra tradición, recobrando la idea del convento como comunidad, compartiendo la misma misión de ser enviados y de enviar: "Conventos que, sin murallas ni puertas, están abiertos para todos". Ser un convento "en camino" significa redescubrir lo que comporta ser itinerante. Ser un convento en camino significa que hemos de dejar muchas cosas para permanecer movibles. Uno no puede ser itinerante sin ser movable, y uno no puede ser movable sin ser pobre. *Somos llamados a la predicación itinerante.* Somos llamados siempre a buscar nuevos lugares de predicación: nuevos lugares que en realidad no son lugares, sino gente. Tenemos que reinterpretar nuestra itinerancia como una actitud de apertura de nuestras actitudes y mentalidades hacia la calidad de vida en el proceso de nacer y crecer. Es urgente que aprendamos a escuchar, a amar de veras el mundo de nuestro tiempo de tal manera que ello sea reconocible en el modo como el predicador habla y actúa, para que los otros puedan en eso mismo hallar un espacio para saborear la Buena Nueva.

Al servicio de la esperanza

La gente hoy día está esperando un futuro en el que se pueda vivir humanamente; la gente hoy día está sufriendo también una gran angustia respecto a este futuro, ya que la situación de injusticia de la gran mayoría no sólo es escandalosa sino que también constituye un amenaza para el futuro. *Nuestra tarea como predicadores es entrar en este mundo de hoy para fortificar tal esperanza y garantizar ese futuro.*

Nuestra predicación no se justifica si no es capaz de despertar esperanza y comunicar nueva fuerza. Toda nuestra predicación sobre la justicia y la paz tiene que mantenerse fiel a esta invitación ofrecida por el Evangelio; no hemos de juzgar a la gente, sino abrirla a un mundo donde justicia y paz se realizan, aunque en forma humilde, pero capaz todavía de ser una bienaventuranza.

Finalmente, nos damos cuenta de lo frágil que son los vasos en los que llevamos y guardamos el tesoro de la Palabra de Dios. *Es por gracia por lo que se nos ha llamado siempre a este ministerio, algo de lo que hemos de maravillarnos siempre.* En eso vemos que es una fuerza extraordinaria que no podemos reclamar como nuestra (1 Cor 4,7). Tenemos que compartirla de la misma manera que la hemos recibido -libre y gratuitamente. "Porque predicar el Evangelio no es para mí un motivo de orgullo, ésa es mi obligación, ¡pobre de mí si no lo predicara!" (1 Cor 9,16).



La predicación¹ Capítulo General de México

Carta de los capitulares sobre la predicación

Queridos hermanos:

Desde el Capítulo General en la Ciudad de México os escribimos sobre la Sagrada Predicación y el futuro de nuestra Misión común. Hoy estamos viviendo en un mundo de muchas paradojas. Por un lado es un mundo caracterizado por la secularización. Por otro lado, una búsqueda desesperada para dar sentido a la vida ha originado variadas respuestas religiosas. Nos encontramos con un espectro que va desde un fundamentalismo religioso, pasando por el camino de las sectas, hasta encontrarnos con el Movimiento de la Nueva Era. Estas tienen poca relación con una religión profética y verdadera. Ciertamente esta situación toca el corazón de nuestra vocación dominicana. Mientras hay gente que busca la verdad, que añora la mística, que busca un compromiso social más profundo, ¿cómo puede un dominico quedarse de brazos cruzados y, a pesar de ello, reivindicar estar en la tradición de un Tomás de Aquino, una Catalina de Siena, un Eckart o un Bartolomé de las Casas? Estos hermanos nuestros nos han ayudado y nos ayudan a guardar un honesto equilibrio: ser teológicamente reflexivos, místicamente realistas y socialmente conscientes; nunca enfatizando un aspecto a costa de excluir el otro.

¿Y qué de Santo Domingo mismo? ¿No fue él también testigo de los movimientos religiosos que llevaron muchos corazones de buena voluntad a extraviarse? Este hecho y su propio celo fueron factores determinantes en el nacimiento de la Orden de Predicadores. Su inspiración, obviamente, ha tocado a alguno de nuestros hermanos y hermanas, los cuales ya están respondiendo con nuevos proyectos para afrontar esta nueva necesidad. Proyectos que van desde grupos de oración donde se comparte la fe, grupos de educación de adultos, grupos de concientización social, hasta grupos de estudio de la Sagrada Escritura... Nosotros desde el Capítulo les animamos y urgimos a imitarles.

Nuestra voluntad de hacerlo así nace de una confianza que hay en lo más íntimo de nuestro corazón, que es como el requisito para afrontar esta llamada urgente. Las semillas de nuestra tradición están listas para florecer con tal que tengamos coraje y corazones generosos para acogerlas.

Siendo fieles a la intuición de nuestro fundador, necesitamos enfatizar los aspectos positivos de nuestra tradición espiritual:

1. *Movilidad: estar listos para partir sin excesivo equipaje material, cultural e intelectual.*
2. *Preocupación y respeto por la gente, especialmente por aquellos que están alejados de la fe, estar listos para encontrarse con la gente donde está.*
3. *Apertura: ¿a quién acogemos para unirse a nosotros y predicar con nosotros? ¿De quién aprendemos? ¿A quién escuchamos?*

Nunca actuamos solos. Somos personas de comunidad. Poco a poco vamos superando el miedo de comunicarnos unos con otros, al compartir, por ejemplo, la preparación de la homilía en común. Nuestra disposición para afrontar esta preparación comunitaria toca el corazón de la renovación de nuestra predicación.

Aquellos que se autoexcluyen pierden mucho. Un compartir parecido con los laicos ha demostrado ser esperanzador y enriquecedor. Es así como se han ido canalizando las experiencias de hombres y mujeres llamados a proclamar la Palabra, abrimos así la puerta a los hermanos para testimoniar su fe y predicar. Llegamos a ser así la comunidad de la Palabra. Palabra que es escuchada y contemplada juntos, Palabra que alimenta nuestras vidas, impulsándonos a vivir y a actuar de una manera nueva. ¿No es éste nuestro ideal básico que deseamos recuperar con energía y coraje y caminar apoyados en los demás? Con esto y mucho más aun, nos gustaría pensar que tenemos algo más substancial, dador de vida y salvador para ofrecer a aquellas gentes que buscan una senda espiritual.

¿Pero qué pasa con aquellos cuyo entorno secularizado no les ha animado una obvia actividad espiritual en sus vidas? Debe ser ésta una de nuestras mayores preocupaciones hoy. Conscientes de que el compromiso con el mundo no implica en sí mismo un alejamiento de Dios, no nos queda más remedio que constatar que para muchos

el espacio religioso en sus corazones ha sido ya invadido por otros “valores”.

También tenemos que constatar con tristeza que muchos de éstos eran de los que asistían con asiduidad a la Iglesia. Esto hace suscitar preguntas sobre nuestras liturgias, sobre nuestra predicación. Y probablemente también sobre la calidad de nuestra vida comunitaria y, por supuesto, sobre la profundidad de nuestra vida espiritual. Podríamos desanimarnos o podríamos responder a nuestra propia ansia de conversión a este nivel profundo. Puede que no estemos tan lejos de esa pobreza de espíritu experimentada por todo predicador que sabe y ha experimentado lo que significa verdaderamente la esperanza cristiana.

Mientras atendemos con renovado celo a aquellos que aún vienen a nuestras iglesias, nos sentiremos llamados a ir a los senderos y caminos a buscar a aquellos que son inconscientes de sus necesidades reales. Estaremos contentos de encontrarnos con ellos donde están y, si fuera necesario, como Santo Domingo, empleemos toda la noche en diálogo con el posadero. Si hemos crecido acostumbrados a un estilo de vida confortable, eso puede cambiar. En el centro de nuestro corazón queremos ser predicadores efectivos y, por esto, estaremos preparados para perder mucho de nuestras vidas presentes para encontrarlas otra vez. Intentaremos escuchar y en consecuencia nuestra predicación adquirirá formas nuevas.

Nosotros mismos somos los primeros en ser conscientes de los momentos en que no somos auténticos. ¡No es una experiencia agradable! Y sin embargo la autenticidad es el primer requisito que nuestro mundo secularizado espera de nosotros. La humilde verdad que está en nosotros es ya un buen punto de partida. Incluso un vaso de arcilla puede contener ese tesoro como nos recuerda S. Pablo. La gracia y el poder vienen de Dios. Uno siente que una comunidad compasiva y verdadera será realmente bendita.

Nos da ánimos el recordarnos fraternalmente que esta senda ha sido seguida antes, dejándonos una tradición que es nuestra orgullosa herencia. Por tanto, hermanos, el reto de nuestro tiempo, bien sea la mentalidad secular o la aspiración religiosa que se ha desviado, parece ofrecer un reto perfecto a nuestra vocación dominicana.

Diálogo ecuménico e interreligioso

Predicar en orden a las “nuevas fronteras” (Ávila, n. 22) significa predicar el Evangelio de siempre con un nuevo estilo. No podemos acercarnos a los otros hermanos, a las otras Iglesias, a las otras culturas como si estuviesen desprovistas de valores. Nuestra predicación necesita también la experiencia de la escucha, de la acogida y de la compasión.

El diálogo es parte de nuestra predicación. Cuando ofrecemos el Evangelio recibimos una respuesta - positiva o negativa- que si sabemos interpretar nos abre nuevas perspectivas. Los “otros” no son meros receptores o sujetos pasivos. Son sujetos que respondiendo, preguntando o cuestionando nos hacen profundizar nuestra misma comprensión del Evangelio. Tomar en serio y respetar al evangelizado es el signo evidente de que nuestra predicación no es proselitismo.

La Orden de Predicadores asume y reafirma los retos que le dirigen:

- las ideologías seculares desde la frontera de la experiencia religiosa (Ávila, 22, 4),
- las grandes religiones universales desde la frontera cristiana (Ávila, 22,3),
- las confesiones no católicas,
- y las sectas, desde la frontera de la Iglesia (Ávila, 22,5).

Evangelio y culturas

Toda cultura es un proceso social que se reafirma o transforma, crece o se debilita condicionada por su relación a otras culturas y poderes. Cada una tiene valores y deficiencias de los que necesita tener conciencia crítica. Es en íntima relación con la cultura que cada persona desarrolla su identidad.

Todos los miembros de una cultura tienen derecho a ser sujetos de su historia y de su fe; así, han de ser ellos los principales agentes de la inculturación del Evangelio. Cada pueblo tiene derecho de recrear desde sus raíces culturales la Liturgia, la Espiritualidad, la Teología, la Pastoral, la Disciplina Eclesiástica dándoles una nueva expresión por medio de su creatividad y recursos.

Quien aspira a anunciar el Evangelio requiere, ante todo, amar al destinatario, conocerlo con el corazón y confiar plenamente en la fuerza del Evangelio y en la acción del Espíritu, capaces de invitar a los hombres y mujeres de cada cultura a hacer suya la Salvación. Acercarse con actitud de escucha y respeto, despojarse de las ataduras de la propia cultura, sin sobrevalorarla, para evitar todo etnocentrismo y colonialismo. Asumir el

lenguaje y simbolismo del destinatario, partiendo de los valores propios de la otra cultura.

La Evangelización es necesaria para todas las culturas, desde aquellas que no han conocido la Palabra hasta aquellas que son fruto de los Medios de Comunicación Social, desde las que nacieron en la civilización occidental y cristiana hasta las que se consideran fruto de la posmodernidad.

Convocamos a todos los miembros de la Familia Dominicana a crecer en la dimensión misionera de nuestra vocación, que responde a la urgencia de que el Evangelio de Jesucristo sea anunciado en y desde todas las culturas, como Palabra creíble de Salvación.

Justicia y paz

Como en la época en que Europa conquistó la región que después se llamaría América Latina y a sus habitantes, la situación histórica en que vivimos ha colocado a la predicación dominicana ante un reto. Hoy como ayer, se cuentan por millones los hombres y las mujeres que no son reconocidos en su dignidad y su valor humano (Oakland 68.4).

De esta manera toda amenaza sobre el hombre, su vida, su dignidad y su libertad constituyen un desafío para nuestra predicación (Quezon City 19,4). La palabra evangélica anuncia hoy como siempre a Cristo, Hombre Nuevo, que llama a todos los hombres a alzarse, para tomar en sus manos su propio destino y el de las comunidades a las que pertenece, con su originalidad y especificidad.

No obstante todos los fracasos y las desesperanzas, nuestra predicación anuncia que Dios, el Otro por excelencia, se encarnó en Jesús quien es fuente de toda justicia y de toda paz. Superando toda falsa seguridad, nuestra predicación quiere ser portadora de esperanza para el mundo.

Ante los retos actuales, nuestra Orden confirma su opción por los pobres, la justicia y la paz (Roma 234, Ávila 45 y 46). Cada hermano, cada comunidad y provincia, han de asumir la defensa del pobre y del que sufre, conscientes de que está en juego la propia vocación dominicana. La acción por la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio (Sínodo de los Obispos, 1971, Quezon City 19,3, Ávila 45, Oakland 68,7.2). No se trata sólo de una aplicación moral, sino de nuestra misma fe en el Dios de Jesucristo (Quezon City 19,6, Roma 234 B). Por ello, estamos convocados a predicar con verdad la justicia.

Nuestros Capítulos Generales han ofrecido una reflexión válida e iluminadora en el campo de la justicia y de la paz (Quezon City 19-27, Walberberg 17B,3 y 23-25, Roma 234-254, Ávila 45-66, Oakland 68,89-99). Además, en la Orden se han dado avances significativos en ese sentido. Las dificultades que subsisten nos recuerdan la gran riqueza de recursos que posee la familia dominicana y su potencial evangelizador.

Los medios de comunicación

Si la Orden ha hecho de los medios de comunicación una prioridad es por el vínculo esencial que existe entre éstos y la predicación del Evangelio en todas sus formas. Porque nuestro mensaje, como todo mensaje, necesita un soporte: la voz, la escritura, la imagen. Y los medios de comunicación son tanto el altavoz, el ordenador, la radiocassette, los periódicos o los medios audiovisuales, como la televisión por satélite o el cine, medios que no cesan de multiplicarse, de perfeccionarse, al tiempo que se popularizan.

Pero los medios masivos son mucho más que soportes; han conformado una nueva cultura, con un nuevo lenguaje. Si es evidente que para evangelizar los nuevos pueblos es indispensable aprender primero su lengua e iniciarse en su cultura, esta exigencia vale también, de la misma manera, para la nueva cultura de los medios de comunicación (Quezon City 28.5). Cuando se trata de reevangelizar se trata sobre todo de evangelizar una nueva cultura. En particular los jóvenes, nacidos ya en esta cultura, son nuestros nuevos «cumanos». Además, ciertos medios de comunicación permiten llevar el mensaje evangélico a todos sin distinción de clase y alcanzar a aquellos y a aquellas que están lejos de la Iglesia.

Para el predicador o para el teólogo, aprender este nuevo lenguaje a fin de comprender la nueva cultura, es multiplicar casi indefinidamente la eficacia de su labor.

La situación es muy diferente según los diferentes países o regiones y según los medios de comunicación. Pero la importancia del problema es de todas formas la misma. Corresponde a las comunidades o entidades regionales encontrar los mejores medios para enfrentar las necesidades y desafíos de sus regiones.

No podemos estar presentes en todos lados, y tampoco es necesario. Hay límites que difícilmente pueden franquearse, entre otros, los que imponen la legislación o la economía. La comunicación también

puede ser manipulada con fines ideológicos o de poder. Existen, sin embargo, muchos medios pequeños que pueden contribuir con eficacia a la difusión y a la penetración del mensaje que queremos transmitir, y en ellos es fácil saber cómo es recibido dicho mensaje.

La formación en el buen uso de los medios no es solamente una cuestión técnica. Cada uno ha formado su espíritu, su corazón y su juicio a través de las grandes obras de su propia cultura. Nosotros no podemos ignorar la obras maestras de la nueva cultura de los medios de comunicación.

Como las demás, esta cultura crea para el hombre nuevos problemas éticos. Por ello es esencial formar a los hermanos en una aproximación crítica respecto de los medios de comunicación. Pero también es una nueva tarea para los teólogos estudiar estos problemas y contribuir a la elaboración de una deontología de los medios de comunicación, tanto en lo que atañe al receptor como en lo que se refiere al productor-emisor.

En esta nueva cultura las artes tienen un lugar importante. La creación artística de varios hermanos y hermanas, tanto en pintura como en música, en poesía o en escultura, es una auténtica predicación, como todavía lo es el caso de la obra de Fray Angélico.

Los frailes del Capítulo son conscientes de todo lo que se ha realizado desde que los medios de comunicación fueron reconocidos por la Orden como una prioridad. Sin embargo, se han percatado de que muchas de las ordenaciones y recomendaciones hechas por los Capítulos anteriores no han sido aún ejecutadas.

Por esto, el Capítulo hace suyas todas las decisiones de los Capítulos anteriores sobre este asunto e invita a los hermanos a acudir a ellas: Quezon City 28-32; Walberberg 17B 4; Roma 255-268; Ávila 72-11; Oakland 58-61; 68.8; 100-103.

Dado el vínculo entre predicación y medios de comunicación, pedimos que el trabajo de los frailes en los mismos forme parte del proyecto comunitario del convento.

Que a través de los medios de comunicación los frailes ofrezcan ayuda a la educación, a la promoción y a la defensa de los derechos humanos.

Que los medios de comunicación estén al servicio de todos y que sean así un signo profético del espíritu dominicano. Como lo señaló el Capítulo de Oakland (n.68 8.3), que la palabra de los hermanos y hermanas sea una palabra libre, consciente y convincente, portadora de una nueva visión.

La evangelización a través de los medios no puede ser entendida por nosotros si no es comunitariamente. Por ello invitamos a los frailes a una profunda colaboración en el interior de sus comunidades, con las hermanas y los laicos de la Familia Dominicana, y con las instancias concernientes de la iglesia local.

Europa del Oeste

La misión de la Orden consiste en testimoniar a Dios y su Evangelio en una sociedad pluralista e intercultural, muy marcada por la secularización. Por eso debemos:

- ◆ suscitar y alimentar la fe por la predicación de la Palabra de Dios, animar las comunidades cristianas, e ir al encuentro de las aspiraciones espirituales contemporáneas, en el respeto de todas las otras creencias.
- ◆ favorecer el diálogo ecuménico con los cristianos de otras confesiones, a fin de caminar hacia una verdadera comunión.
- ◆ tomar parte positivamente en el debate de la sociedad, reforzando la democracia, la libertad y la participación de todos basados en los derechos del hombre.
- ◆ testimoniar el valor del ser humano en todas sus dimensiones, incluida la espiritual, contra la primacía de lo material y de lo económico.
- ◆ tomar resueltamente partido por todos aquellos que son las víctimas o los excluidos de esta sociedad (pobres bajo todas sus formas, marginación cultural, racismo, etc.)
- ◆ valorar el sentido de universalidad, a través de la apertura, del diálogo y la solidaridad tanto con la parte oriental de Europa como del Tercer Mundo.



Tres dimensiones de la respuesta dominicana a los retos contemporáneos¹

Capítulo General de Caleruega

La pobreza y la predicación de la frontera

"Se vació a sí mismo haciéndose esclavo". Imitando al mismo Jesucristo y a Domingo, que renunció a la opulencia estéril de los cistercienses en la Provenza, hemos sido invitados a dar pasos para realizar nuestra opción por los pobres compartiendo su vida. Como orden, se nos pide hacer un serio esfuerzo en términos de modelo y estilo de vida, reflejado en el vecindario en el que habitamos y en la gente con la que vivimos. Las experiencias de hoy día entre los marginados, inmigrantes y grupos de gente con ingresos bajos, infunden energías a nuestro ministerio de predicación. Aprendemos a hablar su lengua y a reconocer la presencia y acción de Dios en su vida cotidiana. Aprendemos lo que significa estar privado de aquellos bienes que corresponden a la dignidad humana. Y así adquirimos el poder de proclamar la palabra de la compasión, anunciando la presencia de Jesucristo crucificado y resucitado entre su pueblo, proclamando su dignidad y valor como templos del Espíritu, y articulando sus derechos humanos básicos.

Esta es la palabra que tiene el poder de cambiar los corazones, abrir a la gente al diálogo de unos con otros y con el Dios vivo que desea conversar con nosotros en la oración, crear la disposición para una múltiple curación, poner en movimiento el misterioso dinamismo de un mutuo perdón y, finalmente, establecer las bases para una comunidad auténtica en la que la eucaristía sea celebrada como memoria subversiva de Aquel que se entregó a sí mismo para percibir como herencia los primeros frutos del Reino de Dios: vida en abundancia. En este proceso la vida dominicana en comunidad es en sí misma probada y fortalecida, y los mismos dominicos reciben la fuerza para moverse hacia nuevas fronteras.

En la frontera de los marginados la pobreza evangélica es experimentada como una elección voluntaria, elección de vida sencilla desde la que adquirimos una nueva visión de la realidad social y del Reino de Dios, viéndolo todo a través de los ojos de los pobres. Esto nos proporciona un contenido para nuestra predicación sobre los temas de Justicia y Paz. Entre los pobres proclamamos a Jesús, invitando a la gente a vivir su vida y a practicar la clase de diálogo que promueva un nuevo entendimiento y realización del Reino de Dios.

Sobre aquellos bienes que poseemos nos debemos preguntar constantemente: ¿en qué medida nuestras posesiones ayudan a los pobres o a nosotros a predicar la Buena Noticia a los pobres?

Itinerancia

Jesús de Nazaret no tenía dónde reclinar su cabeza. Esta itinerancia fue también la visión central de Domingo. Hemos olvidado ostensiblemente esta característica tradicional dominicana de la itinerancia. Así pues, lo que distinguió a la Orden en sus primeros tiempos no fue solamente su predicación, pues los obispos y sacerdotes ya tenían el mandato de predicar. La aprobación papal fue dada a la Orden en términos de carácter apostólico, la cual debería poseer para poder predicar en cualquier parte libre de las restricciones de las estructuras locales. Finalmente, nuestra profesión ha sido hecha no a un prior o a una provincia, sino a toda la Orden, de tal forma que las necesidades de toda la Orden constituyen la preocupación de cada fraile. Debemos redescubrir todo este valor ya perdido en nuestra tradición.

La itinerancia es, en primer lugar, un concepto espacial que implica una disposición para viajar, pero sugerimos que nuestra predicación pide esta clase de movilidad de otras muchas formas: social, cultural, ideológica y económica. Esta itinerancia no ha de ser entendida como una prioridad adicional, sino como un aspecto de la espiritualidad dominicana que debe informar todos nuestros intentos de seguir las cuatro prioridades de la Orden, que se manifiestan en una cierta movilidad, en no apegarnos demasiado a nuestras formas existentes de vida y trabajo, para así predicar en cualquier parte en la que nuestra predicación sea actualmente necesitada.

En muchos lugares nuestro compromiso con las parroquias es el principal obstáculo para nuestra itinerancia y predicación.

Diálogo

En la larga historia del diálogo de Dios con la humanidad la Palabra encarnada es el paradigma de nuestro entendimiento. Jesús nunca habló hacia el pueblo, sino siempre con él. Ambos, Nicodemo y la mujer samaritana en el pozo, fueron sus compañeros de diálogo. Nuestro mismo padre Domingo renunció a posiciones de poder ansiadas por aquellos que le habían precedido en la campaña contra los albigenses. Su preferencia era la conversación, como de hecho lo fue la del hermano Tomás en su ministerio de predicación mediante la enseñanza. Así pues, cada dominico debería ver el diálogo como la forma de vida que exige apertura y disposición para adaptarse en nuestra búsqueda de la verdad. Como preparación para una vida de diálogo deberíamos evitar todas las tentaciones hacia caminos sectarios del pensamiento, y cultivar un sentido profundo de compasión y de pertenencia a toda persona y situación existente en el mundo. Es en el encuentro con el otro donde el viaje de la vida nos conduce por el camino de la verdad.

El diálogo debe cubrir tres áreas principales que pueden ser descritas como siguen:

- a) diálogo ecuménico,
- b) diálogo interreligioso,
- c) diálogo cultural.

La actividad del diálogo presupone el que nosotros tengamos nuestras propias convicciones y creencias, y el que deseemos compartir nuestra fe con otros. Así pues, el diálogo no significa la rendición de nuestras propias creencias. Debe ser visto como un proceso de mutuo enriquecimiento. Es un modo de existencia necesario en un mundo de diferencias. Sin embargo, en cualquier cultura encontraremos cosas a las que nos oponemos de una manera implacable. Ningún diálogo removerá la necesidad de una predicación de encuentro cultural.

Diálogo ecuménico

Entre los cristianos debemos buscar más oportunidades para crear la unidad que nos permita responder a los retos modernos y mostrar al mundo que la solidaridad puede traer una mayor amistad y paz, en lugar de sospechas y competencias. Acontecimientos tales como la Semana Cristiana por la Unidad ofrecen oportunidades para rezar juntos y expresar nuestro común seguimiento de Jesús. Un reto especial surge para nuestros hermanos en la Europa Central y del Este, los cuales están trabajando en contacto diario con los cristianos ortodoxos.

Diálogo interreligioso

Tenemos que reconocer la presencia de otras religiones del mundo en nuestro entorno, afirmando lo que haya de bueno en ellas. Nuestra apertura a otras religiones importantes puede ayudarnos a armonizar nuestra predicación a sus necesidades. Tenemos que tener presente que nuestro deber no es el de aumentar el número de reclutas cristianos, sino el de hablar y extender el mensaje que Jesús proclamó para todos los pueblos. Antes de que intentemos compartir nuestro mensaje, todos los hermanos deben ser alentados para desarrollar contactos sinceros con hombres y mujeres de otras religiones. Esta relación humana puede conducirnos a un estadio en el que seamos capaces de compartir nuestras riquezas espirituales con mayor libertad y tranquilidad.

El área de Justicia y Paz es un campo en el que podemos cooperar con hombres y mujeres de otras religiones. Trabajar conjuntamente a menudo se manifiesta como un estadio que conduce a la gente a unas formas más profundas de compartir. En años recientes los cristianos han llegado a tener mucho éxito creando plataformas comunes para la gente de diferente creencia al reunirla para tratar problemas que amenazan a la sociedad con la desintegración y para rogar por la paz. Esta dirección debe ser apoyada y perfeccionada en el futuro. El invitar a la gente de otras creencias hacia posiciones más cercanas al cristianismo puede impulsarles a estar más profundamente comprometidos con su propia identidad budista, hinduista, jainista o musulmana.

El diálogo con el judaísmo debe ser desarrollado con el reconocimiento del enraizamiento de nuestra fe en la fe de Israel. A este respecto, encomendamos el establecimiento de una red de comunicación entre los dominicos que trabajan en el diálogo con el judaísmo.

Diálogo cultural

Evangelizar a la gente nos lleva inmediatamente a un cara a cara con su cultura. La cultura es la expresión articulada de la vida en el arte, la música, la literatura y las formas de adoración. Un dominico debe tratar de estar en constante diálogo con una cultura determinada, dándose cuenta de que las formas culturales son los modos a través de los cuales el Evangelio puede penetrar dentro del corazón de la gente.

Como la sociedad está profundamente influenciada por la ciencia y su rápido progreso es un imperativo mantener un diálogo con la comunidad científica y estar atentos a los avances tecnológicos, especialmente en el campo del intercambio de información. Debemos dirigir preguntas que obtengan su fruto en el campo de la bioética desde un punto de vista moral y teológico. La imaginación pseudocientífica de la religión "New Age" necesita también ser entendida si es que queremos decir algo a aquellos que se sienten atraídos por ella.

La actividad del diálogo debe ser tomada por toda la comunidad dominicana y debemos enseñar a nuestra gente cristiana que la actividad del diálogo es una parte integral de la vocación cristiana. Así pues, debemos desechar la falsa noción de que el diálogo es algo que debe ser llevado solamente por personas con autoridad eclesiástica.

Frecuentemente nos encontramos con el hecho de que nuestros intentos de establecer un diálogo son frustrados por el rechazo de la otra parte a oír lo que tenemos que decir. Les recordamos que el diálogo cristiano está fundamentado en el diálogo de Dios con la humanidad, y que nuestra propia respuesta a su Palabra que se nos ofrecía no fue la de una absoluta apertura. Así, Él pagó el precio por nuestro rechazo, y así trajo la Paz. Esto establece el modelo para nuestra aproximación al diálogo: debemos arriesgarnos cuando nos acercamos a otros y confiar incluso arriesgándonos a la posibilidad de que nuestra apertura pueda ser objeto de abuso.

La juventud en Occidente describe más claramente su carácter como poscristiano o descristianizado. Debemos enviar hermanos a este medio y desarrollar más los contactos existentes de los hermanos con los jóvenes en grupos, contactos personales, capellanías y escuelas, o a través de ministerios con los drogadictos, prostitutas y los "sin techo", entre los cuales la gente joven es la que más sufre, como también son los ayudantes más generosos e idealistas cuando son invitados a participar en tales misiones.

En las parroquias no debemos estar satisfechos con predicar a los que vienen a misa. Requerimos de cada provincia el considerar su compromiso presente con las parroquias y preguntarse si éstas son la plataforma más adecuada para la itinerancia en la predicación a los alejados. ¿Una parroquia particular es una base para la nueva evangelización? ¿Puede llegar a serlo? Si no, debemos entregarla a la diócesis.

Sin prejuicio de nuestra llamada a entrar en diálogo con todos los cristianos, pero considerando la influencia proselitista entre los catálogos hecha por varios grupos cristianos de inspiración evangélica, podemos aprender algunos aspectos: predicación centrada en Jesús y bíblicamente fundamentada en el lenguaje de la gente, dando acceso inmediato a los ministerios laicales dentro del contexto de comunidades locales pequeñas.

Debemos tener especial cuidado pastoral con aquellos que se sienten alejados de la enseñanza moral y de la teología dogmática de la Iglesia, y estar dispuestos a estudiar las cuestiones teológicas que subyacen en este alejamiento.



*La misión en la Orden*¹ *Capítulo General de Bolonia*

Libres para la misión

El ministerio de la predicación ha sido confiado a nuestra Orden desde sus orígenes. Al servicio del Evangelio y en unión con toda la Iglesia, nuestra Orden recibió la misión de proclamar el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo siguiendo sus huellas. "Dedicándonos por entero a la evangelización de la Palabra de Dios" (Constituciones primitivas, Prólogo) somos por nuestra profesión, libres para vivir una vida apostólica "en la que la predicación y la enseñanza deben brotar de la abundancia de la contemplación" (Constitución Fundamental IV).

Enviada para predicar a todas las naciones, colaborando con toda la Iglesia, la Orden desempeña una misión universal. Esta misión llama a la Orden a ir con valentía más allá de las fronteras que separan hoy a los pobres de los ricos, a las mujeres de los hombres, a las diferentes confesiones cristianas y las otras religiones.

Situada en las "grietas" de la humanidad ('lignes de fracture' - Fr. Pierre Claverie o.p) que atraviesan nuestro mundo globalizado, y frecuentemente marcado por la injusticia y la violencia de conflictos raciales, sociales y religiosos, nuestra Orden busca descubrir la verdad de la presencia de nuestro Señor Jesucristo en el encuentro con 'el otro'. Nuestra misión al servicio de la 'verdad total', hacia la cual puede conducirnos únicamente el Espíritu enviado desde el Padre por Cristo resucitado, exige de nosotros una actitud dialogal, por la que nos ponemos al servicio del 'otro', dispuestos a escucharle y a dejarnos transformar por él - y a entregar nuestras vidas para que nuestros hermanos, nuestras hermanas, puedan vivir.

La misión de la Orden recibe su libertad del voto de obediencia que nos hace estar disponibles para afrontar juntos nuevos desafíos.

Es una misión **compartida** con nuestros hermanos y hermanas de la Orden que por su bautismo viven el mismo sacerdocio común y que están consagrados por la profesión religiosa y por su compromiso a una misma misión. Esta misión se realiza según la riqueza de nuestro carisma y las prioridades de nuestra Orden; se expresa en el servicio multiforme de la palabra y del sacramento.

Es una misión que **busca el diálogo** con las diferentes culturas y religiones en todos los continentes. En Europa del Este y particularmente en el continente Asiático, la Orden es consciente de que su misión es buscar el diálogo y favorecer sus condiciones. Esto supone una gran coherencia en todas las acciones de la misión.

Es, finalmente, **una misión intelectual** que arraiga en el estudio y la contemplación de la Palabra de Dios y que recibe su dinamismo de la compasión. Humildemente, y sin pretensiones, da razón de la esperanza que habita en nosotros. Proclama y enseña la inteligencia de la Palabra como una fuerza de reconciliación, perdón y alegría.

Hombres y mujeres juntos en la misión

La Orden de Predicadores se siente orgullosa de su tradición y patrimonio que incluye frailes, monjas de clausura, hermanas, hombres y mujeres laicos. Aunque otros Capítulos ya han hablado de la dignidad de la mujer y de nuestra colaboración, tanto con los laicos como con nuestras hermanas, este Capítulo cree importante decir algo más en este preciso momento de nuestra historia. Nuestra Orden entiende que la misión tiene su origen en la vida del Dios Trino. Participando de la misión divina, nuestra Orden en cada una de sus ramas quiere manifestar la comunión y la colaboración en la misión, para llevar a toda la creación a la comunión con la vida divina. Los frailes no tienen ni el monopolio de la vocación, ni del carisma, ni tienen un 'lugar privilegiado' en la Orden fundada por Sto. Domingo. La misión ocupa este 'lugar privilegiado', mientras que cada rama lleva a cabo su vocación según el modo que le es propio. Todos juntos constituimos la Orden y juntos llevamos a cabo toda su misión.

Por tanto, como mejor se manifiesta nuestra identidad global es a través de nuestra colaboración conjunta. Esta colaboración incluye rezar juntos, planificar, tomar decisiones, y llevar a cabo proyectos desde una complementariedad mutua que respete la igualdad. Estos proyectos incluyen campos tan diversos como los ministerios de oración, predicación, enseñanza, animación pastoral, justicia y paz, medios de comunicación, investigación y publicaciones, así como la promoción de vocaciones y la formación.

Somos conscientes de que esto exige un cambio de mentalidad por parte de todos y que sólo se realizará de forma gradual. Con frecuencia los frailes de la Orden han tratado a las hermanas y a los laicos únicamente como objetos de atención pastoral y no como compañeros de la misión apostólica. No haber escuchado a los laicos ha ocasionado que estos grupos de laicos dependan de un fraile particular, lo que ha impedido el desarrollo de su propia autorresponsabilidad.

No haber reconocido la capacidad apostólica de las hermanas dominicas ha afectado también negativamente a la misión de los frailes. Aún más, creemos que es importante que los frailes examinen su imagen de la mujer y lo que comunicamos a los demás sobre ella, a través de nuestras charlas y nuestra conducta. Si escucháramos a los hermanos y analizáramos sus actitudes, reacciones, formas espontáneas de hablar, nos sorprendería darnos cuenta de que nuestro mundo masculino y eclesiástico tiene imágenes contradictorias de la mujer. Pedimos perdón por todos los casos en los que los frailes hemos mostrado actitudes o incurrido en actos de desprecio hacia ellas. A lo largo de muchos Capítulos la Orden nos ha invitado a esta conversión.

Los laicos, hombres y mujeres, tienen una visión peculiar acerca de cómo predicar y vivir el Evangelio, ya que se encuentran inmersos en la sociedad con toda la serie de realidades seculares, económicas y políticas que esta conlleva. Tienen la posibilidad de vivir codo a codo con hombres y mujeres con los que nuestros hermanos y hermanas religiosos difícilmente entran en contacto. Los frailes y las hermanas necesitan de su visión y de su experiencia. Además, las mujeres aportan una visión y una sensibilidad propia de la que podemos aprender y que es esencial para salvar el alma de una época que está en riesgo de perderla. Las mujeres son las principales educadoras y protectoras de los niños del mundo; por tanto hay que agradecer y valorar su papel esencial en la educación. En un mundo caracterizado por la fragmentación social y religiosa, a menudo la mujer es modelo de solidaridad en la familia y en la sociedad, trascendiendo las mismas fuerzas que originan su división.

Nuestras monjas contemplativas están en el centro de la misión de la Orden. Con su forma de vida anuncian a todos que Dios es capaz de cautivar totalmente el corazón humano. Al mismo tiempo su oración es un grito para que la Palabra anunciada por los predicadores sea recibida por el mundo. Su hospitalidad con los hermanos y hermanas de la Orden hace que se refuercen los lazos fraternos y a su vez provocan una fe más profunda y una oración más ferviente. Compartir con el pueblo de Dios su oración litúrgica y ofrecer un oasis para el sosiego y el estudio es fundamental para la misión de la Orden.

Animamos a los dominicos de todas las ramas de la Orden a que reivindiquen su identidad como predicadores. Aún más, pedimos a todos los miembros que se preparen para esta predicación y que hagan uso de todas las oportunidades que se les ofrezcan. Somos conscientes de que excluir a las mujeres del ministerio ordenado y en consecuencia de la predicación de la homilía en la eucaristía, es una experiencia dolorosa para muchas. Al mismo tiempo nos damos cuenta también de que el mismo debate sobre la ordenación de las mujeres es angustioso para muchos. Aún siendo respetuosos con el magisterio de la Iglesia, estamos convencidos que nuestra Orden está llamada a buscar modos creativos que faciliten la totalidad de nuestro carisma de la predicación. Ya que "Veritas" es el lema de nuestra Orden, tenemos que adelantarnos en el estudio de las dimensiones teológicas y eclesiológicas de este problema.

Para nosotros es crucial señalar el hecho de que por nuestro bautismo y de manera muy especial por nuestro compromiso dominicano, todos los miembros de la Orden participan sin distinción en el sacerdocio común de los fieles. Pedimos a todos los hermanos que ejercen el ministerio de ordenados en la Iglesia que lo entiendan como un servicio a este sacerdocio común y que lo vivan en caridad y sin pretensiones de poder.

Mientras nosotros los frailes deseamos hacer todo lo posible por colaborar con otras ramas de la Orden, animamos a que, en cuanto sea posible económicamente, todas las ramas de la Orden se formen sólidamente en la tradición teológica de la Iglesia y de la Orden, pues de lo contrario la colaboración no será equilibrada.

Dicho esto, el gran reto que tenemos frente a nosotros es responder desde nuestra situación concreta a las muchas injusticias que todavía constituyen un problema importante para toda la sociedad, sobre todo aquellas que inciden más sobre las mujeres y los niños: problemas económicos, servicios de salud, violencia, discriminación, pérdida de poder, negación de la dignidad fundamental, igualdad, recursos y oportunidades. Para responder a estos problemas debemos ser solidarios con nuestras hermanas, escuchar sus voces, sus preocupaciones y sus retos, y entrar en un diálogo auténtico y abierto para que juntos podamos entender, responder, y cambiar, actitudes y estructuras machistas, un feudalismo residual y un rechazo sistemático de la capacidad de la mujer y de su liderazgo.



Desafíos actuales para la misión en la Orden¹ *Capítulo General de Providence*

Humanizar la globalización

El fraile predicador, hombre del Evangelio y hombre de su tiempo, es ciudadano de su país, ciudadano de su región y ciudadano del mundo, tal y como, por lo demás, siempre lo fueron los discípulos de Jesucristo, según podemos leer en la Carta a Diogneto: "*Los cristianos no se distinguen de los demás ni por su país, ni por su lengua, ni por su vestido... Obedecen las leyes establecidas, y en su manera de vivir superan las leyes*" (A Diogneto V, 1.10). El propio Jesús fue conciudadano de los hombres de su tiempo, solidario y comprometido, apasionado por el Reino que llega, plenitud del amor de Dios hacia su pueblo y del amor de los hombres hacia sus hermanos y hacia el Padre.

Hoy, lo mismo que ayer, el mundo está por ser construido; es tarea de todos y, por lo tanto, también nuestra. Vivimos dentro de un sistema en el que todo parece previsto, rigurosamente dispuesto, integrado, globalizado hasta el punto de parecer que ya no tenemos control sobre él. ¿Estará el mundo yéndose de nuestras manos?, ¿habrá llegado a resultarnos ajeno?, ¿habrá olvidado al hombre? Pero Dios no lo ha olvidado. "Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su único Hijo" (Jn 3,16). Le confió el mundo para que le diera un rostro humano. Tal es la Buena Nueva, el Evangelio de la Palabra hecha carne, que no podemos anunciar sino estando en el mundo y arriesgando nuestra vida para que el mundo viva.

Humanizar la mundialización

Como testigos y predicadores del Evangelio que somos, no podemos permanecer indiferentes ante esos hechos contradictorios, y menos aún adoptar una actitud de rechazo total o de aceptación ingenua. Si queremos ser eficaces en nuestra misión, se nos impone la necesidad de un análisis objetivo, con el fin de que comprendamos el sentido de la globalización y de que podamos discernir, a partir de los valores del Evangelio (unidad del género humano, dignidad de la persona, participación en el bien común...), su pertinencia y sus riesgos en lo que respecta a la construcción de Reino de Dios.

Cualquiera que sea el tipo de inserción que cada uno de nosotros tenga en la sociedad, participamos en las actividades públicas como cristianos y como ciudadanos. Hoy en día esta participación está acompañada por una nueva exigencia de justicia social en el plano nacional e internacional. Es un asunto evangélico.

En solidaridad con los hombres y mujeres de buena voluntad, debemos cooperar activa y pacíficamente en la construcción de un mundo diferente. Es deseable que participemos en las organizaciones y asociaciones civiles que proponen una alternativa y que luchan contra la injusticia, las desigualdades, los desequilibrios económicos, sociales y culturales. Hemos de combatir, como ciudadanos del mundo que somos, los daños medioambientales provocados por una competencia encarnecida.

Por lo demás, nuestra forma de vida de frailes predicadores puede representar una alternativa crítica a los efectos negativos de la globalización y ser anuncio de una manera de vivir para un mundo diferente. Frente a la competencia y a la rivalidad, nosotros, que somos hermanos, buscamos ser hermanos de todos. Elegimos la pobreza como solidaridad y comunión de bienes frente a la primacía de la economía del beneficio; la comunidad como acogida del otro, responsabilidad y participación; el estudio (la sabiduría) como búsqueda de la verdad y esfuerzo de comprensión del mundo.

Nuestra tradición intelectual y espiritual nos conduce a proponer, hoy como ayer, una nueva experiencia y comprensión de Dios, del hombre y, por consiguiente, del mundo; dicho de otro modo, una antropología cristiana. Para nosotros, predicadores que hemos consagrado nuestra vida a la Palabra, esa antropología subraya la importancia de la inteligencia y de la palabra humanas como lugares y medios del conocimiento de Dios, del mundo por Él creado y del hombre hecho a su imagen y semejanza.

Más aún, la palabra caracteriza y distingue a la persona humana dentro del mundo creado. Promover la capacidad de expresarse, de dialogar, de buscar y decir el sentido de la existencia y sus dificultades, es promover la humanidad y transformar el mundo. Por eso, para nosotros, dominicos, la predicación no consiste únicamente ni en transmitir un saber ni en proponer una nueva visión de Dios, del hombre y del

mundo, sino en ofrecer, en una palabra que deseamos fraterna y profética, la Palabra viva que hace de quien la recibe un sujeto a su vez capaz de tomar la palabra, capaz de responsabilidad, de compromiso y de alianza con otros.

Creemos en un mundo que es "creación de Dios", en un hombre y una mujer que son "imagen de Dios" y en un Dios que entró en nuestra historia y nos habló a través de los profetas y en su Hijo, que se hizo hombre. Eso nos impulsa y obliga en nombre del Evangelio a traducir nuestra condición y misión de predicadores en compromisos concretos orientados a la promoción de la persona y de su dignidad en los campos diversos y complementarios de la vida social, de la vida eclesial y de la propia vida de nuestra Orden.



*Ir a los cumanos*¹ *Capítulo General de Cracovia*

Vicente Couesnongle describió el deseo de Santo Domingo de ir a los cumanos como “un espíritu, una fuerza, una energía en lo más íntimo de nuestro ser, que nos deja siempre insatisfechos con lo que hacemos y con lo que somos”. Preguntaba: “Si este grito de fray Domingo -'voy a los cumanos'- estuviera vivo en nosotros, si nos atormentara sin cesar, nuestras comunidades, nuestra vida con Dios a favor de los demás, ¿no serían totalmente diferentes a lo que son?” Nosotros, como Santo Domingo, hemos de estar dispuestos a llevar nuestra vida con Cristo a un mundo que no tiene fe.

Nuestra visita a Auschwitz nos ofreció un ejemplo de exclusión extrema, que no terminó hace sesenta años. Nuestro mundo ha sido siempre un mundo de conflicto, pero ahora éste es global: un nuevo (des)orden mundial, desigualdades masivas, xenofobia discriminatoria y sanguinaria, ataques frecuentes a los derechos más fundamentales a la vida, riqueza obscena en medio de una miseria extendida, epidemias apenas reconocidas e insuficientemente atendidas. Albert Camus, dirigiéndose a los frailes franceses después de la Segunda Guerra Mundial, les recordaba que “en este mundo hay belleza y están también los humillados. Debemos esforzarnos -decía- por no traicionar ni a la una ni a los otros”. Hay personas tan atormentadas por las injusticias en nuestro mundo, que olvidan que el sol ha salido por la mañana; hay otras tan arrebatadas por la belleza, que se ciegan ante los sufrimientos de los demás. Estos son algunos de los problemas que se nos presentan, que provocan preguntas ante las cuales no tenemos respuestas completas. Con todo, como Orden de Predicadores, debemos responder, no sólo con palabras, sino con la Palabra que vive en nuestras vidas. Debemos esforzarnos por no traicionar ni a la belleza ni a los humillados.

¿Nos atrevemos a imaginar cómo podrían cambiar con ello nuestras vidas? ¿Nos atrevemos a avanzar más allá de nuestros temores en un mundo de alertas terroristas? ¿Nos atrevemos a actuar en una Iglesia que tiene a menudo la tentación de cerrarse ante esa “comprensión más plena y más profunda”, que Juan XXIII, al convocar el Vaticano II en 1959, soñó que vendría con la “discusión” y la “confrontación de las ideas?” ¿Corremos el riesgo de dejarnos llevar más allá de la seguridad de lo que sabemos, de atrevernos a salir de casa y entrar en las de aquellos que no conocemos, de descubrirnos desconcertados y acallados? Porque este silencio es creativo: es el silencio de nuestras monjas; es el silencio de los que no tienen voz, que nos invita a entrar en otro mundo.

Entrar en este otro mundo es descubrir que somos sólo una pequeña parte de un mundo en el que la palabra liberadora viene de otro lado. Viene de quienes están en los márgenes de la sociedad. Viene de quienes en nuestro mundo tienen preocupaciones más grandes que ellos mismos, que cuidan de la creación y el medio ambiente, de los encarcelados y de los que sufren, poniendo a menudo su propia vida en riesgo. Entrar en este mundo es abandonar la ilusión del poder para “dejarse poseer por los otros”. Hacer esto es aprender la humildad, ser dóciles ante la sabiduría y las palabras que vienen de la experiencia de otros, en lo cual nosotros, predicadores, recibimos mucho más de lo que damos.

Como Domingo, no somos sino mendigos que esperan en silencio una palabra de Dios y de los demás.

Es importante que nos atrevamos a aprender con otros cómo Dios se les ha comunicado y aprender de ellos los lenguajes que necesitamos para nuestra predicación. Esto es importante si es que hemos de ser testigos de una vida que no puede ser experimentada sino como don y misterio.

Predicar en este mundo es compartir la vida, la esperanza y la promesa que palpitan en el mundo de los otros. Predicar en este mundo es caminar en la frontera entre compartir la vida de todos ellos y compartir la promesa de la salvación, llevándoles la buena nueva de Jesucristo y descubriendo que Él ya ha ido a Galilea antes que nosotros.

En este mundo tendremos algo que decir, sólo si se trata de una palabra por la que hemos sufrido, una palabra por la que hemos luchado y una palabra por la que hemos orado. Y esta respuesta -como la del centinela de Cracovia, cuyo toque de trompeta se interrumpe abruptamente cada hora- podría ser una palabra que termine en el silencio como única respuesta adecuada ante el sufrimiento de la humanidad o ante la inmensidad del misterio.

Es justamente en esta encrucijada de fronteras, a menudo con temor, pero sostenidos por la promesa del Evangelio, donde creamos el espacio para que los demás compartan sus temores y su esperanza, lo cual nos prepara para la predicación, nos prepara para entregarles una palabra de esperanza.

Somos portadores de la Palabra de Dios hecha carne, un don que expresamos con frágiles palabras. Nosotros hacemos el lenguaje y el lenguaje nos hace a nosotros. Muchas palabras, como 'terrorismo', 'libertad', 'seguridad', 'mal', son hoy retenidas en cautiverio por formadores de opinión, demagogos y fundamentalistas. Las palabras han sido corrompidas para crear un mundo de temor, en orden a legitimar un mundo de poder. Como lo hemos visto por el papel que jugó en la transformación de Europa Central y Oriental, la Iglesia, a la que amamos y somos fieles, es un lugar de la palabra valiente y verdadera.

Pero la Iglesia se halla a veces también herida por el silencio cuando teme enfrentar *quaestiones disputatae*. Nuestra dedicación a la *Veritas* nos impulsa a animarnos a enfrentar esas cuestiones con confianza y humildad. Como predicadores, estamos llamados a buscar con valentía y creatividad las palabras que habrán de romper el silencio. Como predicadores, estamos empeñados en la liberación del lenguaje, a fin de que cumpla su auténtico papel de servir a la verdad y explorar las fronteras. Como predicadores, estamos comprometidos en un ascetismo del cuidado en el uso del lenguaje. Como predicadores estamos entregados a una vigilancia incesante en defensa del lenguaje. Como predicadores, rompemos el silencio para llevar la luz del Evangelio a la experiencia humana.

En Auschwitz-Birkenau los rieles del tren terminan en las ruinas de los hornos: el fin de la esperanza. Pero hubo quienes sobrevivieron al campo de exterminio, y aún hoy hay allí signos de vida: flores y pájaros y un memorial, que es también -como nos lo recordaba nuestra guía- una protesta contra cualquier otra "solución final".

Auschwitz no ofreció ninguna resurrección, pero nuestra predicación ofrece esperanza. La fe, en una sentencia atribuida con frecuencia a San Agustín, sólo nos dice que Dios existe, y la caridad sólo nos dice que Dios es amor. Pero la esperanza nos dice que Dios cumplirá su designio. La esperanza tiene dos amadas hijas, la ira y la valentía: la ira, de modo que lo que no debe ser, no pueda ser; la valentía, de modo que lo que debe ser, sea.

Únicamente en esta esperanza tendremos algo que decir. Sólo así podemos romper con valentía el silencio de una sociedad que no presta atención. Sólo así podemos valernos de esa ira para confrontar la 'conciencia dominante' de quienes nos dicen lo que hay que pensar. Sólo así podemos desafiar los falsos absolutos, enfrentar el futuro sin miedo, y decir la verdad incómoda que a la vez consuela y libera, y que procede de nuestra contemplación de Cristo crucificado y resucitado.



Dimensiones fundamentales para nuestra misión.

Amar al mundo.¹

Capítulo General de Bogotá

El predicador es el hombre del encuentro y del diálogo

Se nos refiere (Gerardo de Frachet, Vida de los hermanos, II, 10) que Domingo, cuando caminaba con unos peregrinos “germanos” y quería responder a sus necesidades espirituales, invitó a su compañero a prepararse para hablarles de Cristo, diciéndole: “Pongámonos de rodillas y oremos para comprenderlos, a fin de que podamos hablar su propia lengua y, así, predicar”. Así quedaban designados los elementos del encuentro apostólico: encontrar, orar, escuchar, dialogar, tratar de comprender las necesidades, y entonces predicar.

El predicador es enviado en misión para amar al mundo siguiendo a Cristo, cuya presencia desea revelar

Desde muchos puntos de vista, el mundo que vemos hoy suscita angustias: conflictos, violencias que se hacen a la humanidad, exclusiones, sufrimientos causados por ciertas migraciones, inseguridad de muchos, nuevos movimientos religiosos que predicán la exclusividad, ciertos efectos perversos de la mundialización, riesgos de trastornos ecológicos, riesgo para la familia humana de las políticas de seguridad nacional. Los miembros de la familia dominicana pueden testificar que de todo ello son los pobres las primeras víctimas. Al mismo tiempo, somos testigos y a veces solidarios de la esperanza inmensa con la cual muchos actúan para que el mundo de hoy y de mañana sea habitable para todos. Testigo, por ejemplo, el *World Social Forum*, en el que es bueno que participe la familia dominicana. Constatamos también ciertos efectos positivos de la mundialización, como la riqueza que puede representar la realidad ya en adelante intercultural de nuestras ciudades, la mejora de las condiciones de vida producida por las ciencias y las técnicas, los esfuerzos por lograr más igualdad entre hombres y mujeres, los beneficios del progreso en materia de comunicación. Es este mundo de contrastes el que debemos amar, en la incertidumbre de estas mutaciones que penetran en nosotros mismos, y en la esperanza de su porvenir.

El predicador tiene por claustro el mundo

Por eso cada uno de nosotros debe asumir su parte de responsabilidad en la misión global de la Orden. El cambio tan rápido de hoy y la intensidad de las expectativas de que se mantenga la esperanza constituyen para nosotros un “*kairós*”: en nombre de la misión común de la Orden, se nos invita a que nos atrevamos a responder a las llamadas que nos conducen más allá de las fronteras de nuestras comunidades y de nuestras Provincias.

El predicador es miembro de la familia dominicana

En virtud de este título, tenemos que desarrollar con determinación la colaboración apostólica entre los frailes, las monjas, las hermanas apostólicas, los laicos y los demás movimientos dominicanos. La complementariedad de cada uno dará una fuerza mayor al testimonio de la esperanza.

1.- Actas del Capítulo General de Bogotá, 2007, p. 39-40